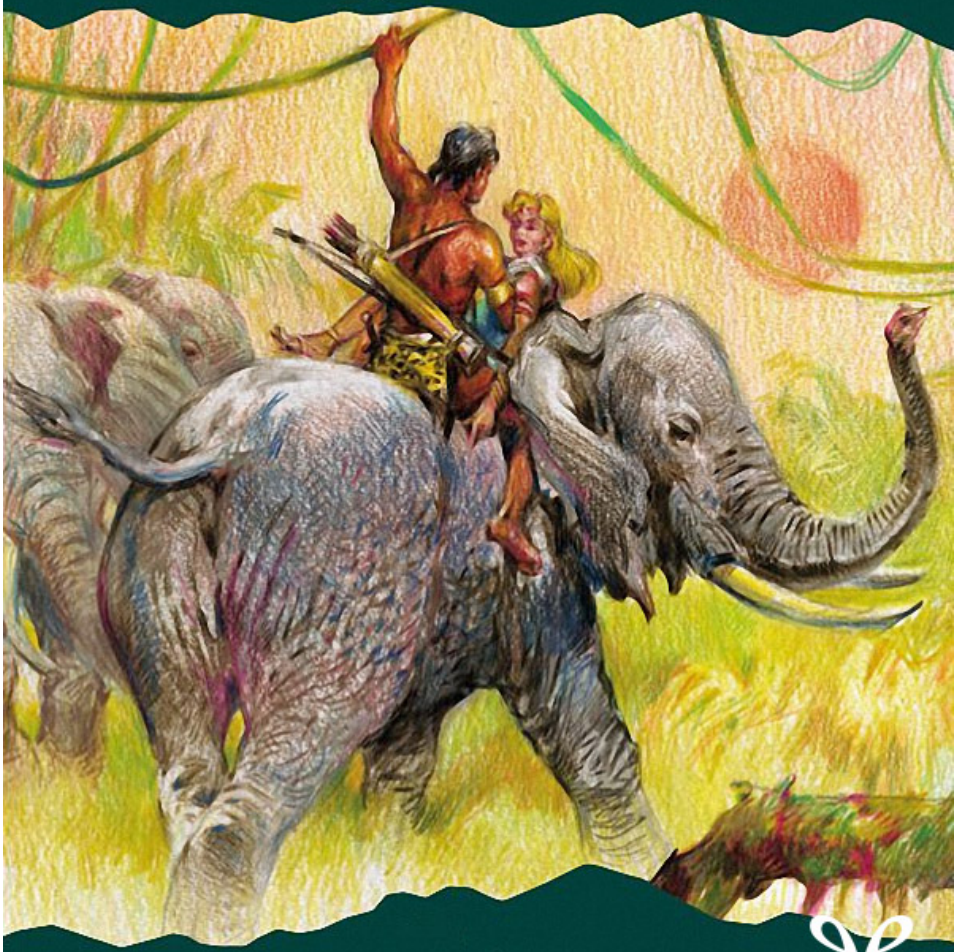
Tarzan®

EDGAR RICE BURROUGHS

Tarzán y los náufragos



No con una, sino con tres emocionantes historias protagonizadas por Tarzán se cierra uno de los ciclos más leídos, versionados, admirados y copiados de la historia de la cultura popular. En la primera de ellas, Tarzán escapa de ser llevado a Estados Unidos como atracción circense; en la segunda, se enfrenta a un famoso boxeador en África en búsqueda de aventuras y a una tribu de caníbales, en la tercera, resuelve un enigmático caso de espionaje durante la segunda guerra mundial. Tres novelas en las que se muestran las diversas facetas de un narrador que ha logrado conectar con varias generaciones de lectores en todo el mundo.

Edgar Rice Burroughs

Tarzán y los náufragos

Tarzán - 24

ePub r1.0
Titivillus 05.01.16

Título original: *Tarzan and the Castaways*
Edgar Rice Burroughs, 1965
Traducción: Carme Camps

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Nota bibliográfica

Este libro podría titularse *Las últimas aventuras de Tarzán*. Es, tal vez, el último libro de Tarzán que jamás se publicará que consiste en historias completas del Hombre Mono escritas totalmente por Edgar Rice Burroughs.

En 1963, trece años después de la muerte de Edgar Rice Burroughs, Cañaveral Press empezó a publicar «nuevos» libros de Burroughs; se trataba de manuscritos inéditos y de relatos publicados en revistas que nunca habían aparecido en forma de libro. El primero de estos volúmenes fue *Pellucidar Salvaje*, el séptimo y último libro de la serie de Burroughs sobre Pellucidar. Siguieron otros (y los hay todavía en imprenta), entre ellos *Tales of Three Planets, Tarzán y el loco*, y *John Carter de Marte*.

La novela *Tarzán y los náufragos* es la versión original de Edgar Rice Burroughs de un relato publicado por capítulos en la revista *Argosy* en 1941 con el título de *The Quest of Tarzan*. Además de cambiar el título de la historia, el editor también revisó un poco el texto. La edición de Cañaveral parte del manuscrito del autor como fuente principal.

Tarzán y el campeón y *Tarzán y los asesinos de la jungla*, los relatos más breves incluidos en este volumen, aparecieron en un principio en las revistas *Blue Book* y *Thrilling Adventures*, ambas en 1940.

Estas tres historias son las aventuras finales de Tarzán que aparecerían en forma de libro. No hay más historias completas de Tarzán, pero en manos de la familia del autor se encuentra un manuscrito fragmentario que dejó inacabado Edgar Rice Burroughs. Tiene casi 25 000 palabras, o más de la mitad de una novela de tamaño medio. Tal vez algún día este fragmento sea completado por algún miembro de la familia Burroughs, o por algún sucesor designado por ella.

Si esto ocurriera, *Tarzán y los náufragos* debería titularse *Las casi últimas aventuras de Tarzán*.

RICHARD A. LUPOFF
Editor jefe, Cañaveral Press
Nueva York
Noviembre de 1964

TARZÁN Y LOS NÁUFRAGOS

Capítulo I

A veces es difícil saber dónde empezar a contar una historia. Recuerdo a un conocido mío que, al contar un accidente en el que una vecina se había caído por las escaleras del sótano y se había roto una pierna, relataba todos los matrimonios y las muertes de una generación o dos de la familia antes de llegar al meollo de la historia.

En el caso presente, podría remontarme a Ah Cuitok Tutul Xiu, el maya que fundó Uxmal, en Yucatán, en el año 1004 de nuestra era; y de él podría pasar a Chab Xib Chac, el Hombre Rojo, que destruyó Mayapán en 1451 y asesinó a toda la familia de tiranos Cocom; pero no lo haré. Me limitaré a mencionar que Chac Tutul Xiu, descendiente de Ah Cuitok Tutul Xiu, movido por esa extraña necesidad migratoria de los mayas y por consejo del Ah Kin Mai, o jefe de los sacerdotes, partió de Uxmal con muchos de sus seguidores, nobles, guerreros, mujeres y esclavos, y se dirigió hacia la costa, donde construyó varias grandes canoas dobles hechas de troncos de árbol vaciados y embarcó en una de ellas para surcar el amplio Pacífico, sin que nunca jamás volviera a saberse nada de él en su tierra natal.

Esto ocurrió en 1452 o 1453. De ahí podría hacer un gran salto en el tiempo, de unos cuatrocientos ochenta y cinco o seis años, hasta los tiempos modernos y hasta la isla de Uxmal, en el Pacífico Sur, donde Cit Cob Xiu es rey; pero tampoco lo haré, ya que si lo hiciera anticiparía mi historia.

Lo que haré será llevarle a usted a la cubierta del *Saigón*, un viejo y desvencijado vapor volandero que aguarda en Mombasa para cargar animales salvajes que serán enviados a Estados Unidos. Se oyen, procedentes de abajo y de jaulas en cubierta, los lamentos

y amenazas de las bestias capturadas; los profundos rugidos de los leones, el barritar de los elefantes, la «risa» escandalosa de las hienas, el parloteo de los monos.

Junto a la barandilla dos hombres están enzarzados en una discusión:

—Pero te digo, Abdullah —decía uno—, que estamos prácticamente a punto de zarpar; la última remesa debería estar aquí esta semana, y cada día mis gastos van en aumento. Podrías tardar un mes en traerle aquí; y podrías no encontrarle…

—No puedo fallar, *sahib* Krause —replicó Abdullah Abu Néjm—. Está herido; lo sé por Ndalo, en cuyo país está ahora, y por tanto podríamos cogerle fácilmente. ¡Piénsalo, *sahib*! Un hombre salvaje real, criado por simios desde la infancia, el compañero de los elefantes, el que mata leones. Bueno, valdría más que todo tu cargamento de bestias salvajes en la tierra de los nasara; te haría un hombre rico, *sahib* Krause.

—Según tengo entendido, ese tipo habla inglés tan bien como los malditos británicos mismos; he oído hablar de él durante años. ¿Cuánto tiempo supones que podría exhibir en una jaula, en Estados Unidos, a un hombre blanco que habla inglés? Abdullah, siempre dices que nosotros los nasara estamos locos, pero creo que el que está loco eres tú.

—No entiendes —repuso el árabe—. Esta herida que ha sufrido le ha privado del habla y del conocimiento del habla; en este aspecto, sería como tus otras bestias. No pueden quejarse, de modo que nadie puede comprender; él tampoco podría.

—Afasia —murmuró Krause.

—¿Qué has dicho, *sahib*?

—Es el nombre de la dolencia que ha causado la pérdida del habla de tu hombre —explicó Krause—. La produce una lesión cerebral. Esto presenta un aspecto diferente del asunto; podría realizarse la acción, y muy provechosamente; pero aun así… —vaciló.

—¿No te gustan los ingleses, *sahib*? —preguntó Abdullah.

—No me gustan —espetó Krause—. ¿Por qué lo preguntas?

—Este hombre es inglés —respondió el árabe en su tono más untuoso.

—¿Qué querrías por traerle aquí?

—Los gastos de mi safari, que serían muy pocos, y el precio de un león.

—No pides mucho por una captura tan importante —comentó Krause—; ¿a qué se debe eso? Esperaba que quisieras robarme, como de costumbre.

El árabe entornó los ojos y su rostro siniestro parecía una máscara de odio.

—Es mi enemigo —dijo.

—¿Cuánto tardarás?

—Menos de un mes —respondió Abdullah.

—Esperaré treinta días —dijo Krause—, y después zarparé, hayas regresado o no.

* * *

—Me aburro —dijo la muchacha—. ¡Mombasa! Lo odio.

—Siempre te estás quejando —gruñó Krause—. No sé por qué diablos te traje conmigo; de todos modos, zarparemos dentro de tres días, tanto si ese árabe ha regresado como si no. Entonces supongo que encontrarás alguna otra cosa de la que quejarte.

—Debe de ser un espécimen muy valioso el que te traerá Abdullah —dijo la muchacha.

—Lo es.

—¿Qué es, Fritz, un elefante rosa o un león carmesí?

—Es un hombre salvaje, pero no lo digas a nadie; los cerdos ingleses jamás me permitirían subirlo a bordo, si lo supieran.

—¡Un hombre salvaje! ¿Uno de esos cuyas cabezas tienen la parte superior puntiaguda, como un cono? Debe de tener un pequeño mechón de pelo justo en la punta del cono, y su nariz debe de ser ancha, de lado a lado de la cara, y no debe de tener barbilla. ¿Es así, Fritz?

—Nunca lo he visto, pero supongo que es así; ha sido lo ortodoxo desde el *Qué es qué* de Barnum.

—¡Mira, Fritz! Ahí llega Abdullah.

El moreno árabe se acercó a ellos; su rostro no revelaba nada del resultado de su misión, ni éxito ni fracaso.

—*¡Marhaba!* —le saludó Krause—. *¿Ey cavar?*

—La mejor de las noticias, *sahib* —respondió Abdullah—. Lo

tengo, justo fuera de la ciudad, en una jaula de madera cubierta con estera, para que nadie pueda ver lo que hay dentro; pero ¡caramba!, ¡lo que nos ha costado capturarle! Le atrapamos en una red, pero mató a tres guerreros de Ndalo antes de que pudieran atarle las manos a la espalda. Es fuerte como
el-fil
, es mejor que le dejes con las manos atadas.

—Mi jaula no soportaría un elefante —dijo Krause—, pero, si pudiera, sería muy fuerte.

—Aun así, yo le dejaría las manos atadas —insistió Abdullah.

—¿Ha hablado? —preguntó Krause.

—No, no ha dicho ni una palabra; solo está sentado y mira. No hay odio ni miedo en su mirada, me recuerda al *adrea*; siempre estoy esperando oírle rugir. Tenemos que alimentarle a mano, y cuando se come su carne, gruñe como el *adrea*.

—¡Magnífico! —exclamó Krause—. Causará sensación. Ya veo a esos necios americanos rogando pagar un buen dinero para verlo. Ahora escucha: esta tarde me iré y me quedaré más arriba en la costa; regresaré cuando haya anochecido. Carga la jaula en un *dhow* más abajo de la ciudad y quédate fuera h asta que veas mi señal: encenderé y apagaré mi linterna tres veces en rápida sucesión con intervalos; después tú enciendes una luz. ¿Entendido?

—Ya está hecho —dijo Abdullah Abu Néjm.

* * *

Se había levantado viento y el mar estaba revuelto cuando Abdullah vio la señal del *Saigón*. Maniobró el *dhow* hasta colocarlo a sotavento del vapor. Hicieron bajar la polea y se apresuraron a subir la jaula que contenía al hombre salvaje. Abdullah guiaba la jaula mientras era izada desde el *dhow*, cuando de pronto el *Saigón* se apartó de la embarcación más pequeña: la jaula sufrió de repente un fuerte tirón hacia arriba; y Abdullah, temiendo ser lanzado al mar, se agarró a ella. La jaula se estrelló contra el costado del vapor; los hombres que estaban arriba siguieron izando; luego el *Saigón* retrocedió y se estrelló contra el dhow, hundiéndolo.

Toda la tripulación del *dhow* desapareció y Abdullah se hallaba a bordo del vapor rumbo a América. Llenó el aire con «*¡billahs!*» y

«*¡Hulla-bullash!*», e invocó a Alá para que cuidara de él.

—Tienes suerte de estar vivo —le dijo Krause—. Ganarás mucho dinero en América. También te exhibiré a ti, como el jeque que capturó al hombre salvaje; pagarán mucho por ver a un auténtico jeque venido directamente del desierto. Te compraré un camello, y puedes ir montado por las calles con un cartel anunciando el espectáculo.

—¡Yo, Abdullah Abu Néjm, exhibido como una bestia salvaje! —exclamó el árabe—. ¡Jamás! Krause se encogió de hombros.

—Haz lo que quieras —dijo—, pero no olvides que tienes que comer, y no encontrarás muchos árboles con dátiles en América. Yo te alimentaré hasta que lleguemos allí, pero después tendrás que espabilarte.

—¡Perro de nasrany! —masculló el árabe.

Capítulo II

La mañana siguiente hacía buen tiempo, con un viento recio, mientras el *Saigón* navegaba echando vapor en dirección nordeste por el océano Índico. Los animales que iban en cubierta estaban tranquilos. En medio del barco iba atada una jaula de madera, completamente cubierta con esteras. Tampoco de ahí salía ningún ruido.

Janette Laon siguió a Krause a cubierta; su cabello negro ondeaba al viento, que le apretaba al cuerpo su ligero vestido, revelando una figura de excepcional encanto. Wilhelm Schmidt, el segundo de a bordo del *Saigón*, apoyando la espalda contra la barandilla, la observaba con los ojos entornados.

—¿Puedo ver ya a tu hombre salvaje, Fritz? —preguntó la muchacha.

—Espero que todavía esté vivo —respondió el hombre—; debió de darse muchos golpes anoche mientras era izado a bordo.

—¿No has intentado averiguarlo? —preguntó ella.

—De todas maneras, no podría haber hecho nada por él —replicó Krause—. Por lo que me dijo Abdullah, es difícil de manejar. Vamos; echaremos un vistazo. ¡Eh, tú —llamó a un marinero lascar —, quita las esteras de la jaula!

Mientras observaban al hombre realizar su tarea, Schmidt se acercó y se unió a ellos.

—¿Qué tiene ahí, míster Krause? —preguntó.

—Un hombre salvaje; ¿alguna vez has visto alguno?

—En una ocasión vi a un franchute cuya esposa se había fugado con el chófer —respondió Schmidt—; seguro que era un hombre salvaje.

El marinero había retirado las ataduras y apartó las esteras. En

el interior de la jaula se encontraba una figura gigantesca en cuclillas, mirándoles a los ojos.

—¡Vaya, es un hombre blanco! —exclamó la muchacha.

—Así es —dijo Krause.

—¿Vas a tener a un hombre enjaulado como una bestia? —preguntó Schmidt.

—Solo es blanco por fuera —respondió Krause—; es un inglés.

Schmidt escupió a la jaula. La muchacha pateó el suelo con fuerza, enojada.

—No vuelvas a hacer eso nunca más —dijo.

—¿Qué es para ti? —preguntó Krause—. ¿No me has oído decir que no es más que un sucio cerdo inglés?

—Es un ser humano y un hombre blanco —declaró la muchacha.

—Es un tonto —replicó Krause—; no sabe decir ni comprender una sola palabra. Para él es un honor que un alemán le escupa.

—No obstante, no permitas que Schmidt vuelva a hacerlo.

Sonó la campana del barco y Schmidt fue a relevar al primer oficial en el puente.

—El cerdo es él —dijo la muchacha, mirando a Schmidt cuando se alejaba.

Los dos permanecieron mirando al hombre salvaje mientras Hans de Groote bajaba del puente y se reunía con ellos. El holandés era un joven apuesto de poco más de veinte años; le habían contratado como primer oficial en Batavia, en el viaje de ida, después de que su predecesor se hubiera «caído por la borda» misteriosamente. Schmidt, que creía que el cargo habría tenido que corresponderle a él, le odiaba y no hacía ningún esfuerzo por ocultarlo. Que había mala sangre entre ellos no era algo que provocara comentarios a bordo del *Saigón*, pues la mala sangre era más la norma que la excepción.

Larsen, el capitán, que ahora estaba recluido en su camarote con un fuerte ataque de fiebre, no se hablaba con Krause, que había alquilado el barco; mientras que la tripulación, formada principalmente por marineros de las Indias Orientales y chinos, siempre estaba al borde del caos violento. En conjunto, las bestias cautivas eran las criaturas más admirables que había a bordo.

De Groote se quedó unos segundos mirando al hombre de la jaula antes de hablar. Su reacción fue casi idéntica a la de la

muchacha y Schmidt.

—¡Es un hombre blanco! —exclamó—. ¡Supongo que no lo tendrás en la jaula como a una bestia salvaje!

—Eso es exactamente lo que voy a hacer —espetó Krause—, y no es asunto tuyo, ni de nadie más —y miró ceñudo a la muchacha.

—Es tu hombre salvaje —dijo De Groote—, pero al menos desátale las manos; es una crueldad innecesaria mantenerle atado de esta forma.

—Le desataré las manos —replicó Krause de mala gana—, en cuanto pueda conseguir una jaula de hierro de abajo; sería demasiado trabajo tener que alimentarle así.

—No ha comido ni bebido nada desde ayer —dijo la muchacha —. No me importa lo que sea, Fritz; yo no trataría a un perro del modo en que tú estás tratando a este pobre hombre.

—Yo tampoco —añadió Krause.

—Es menos que un perro —dijo una voz detrás de ellos. Era la voz de Abdullah Abu Néjm. Se acercó a la jaula y escupió al hombre que estaba dentro, y la muchacha le dio una bofetada a Abdullah Abu Néjm con todas sus fuerzas. La mano del árabe voló a su daga, pero De Groote se interpuso entre los dos y agarró la muñeca del hombre.

—No deberías haber hecho eso, Janette —dijo Krause.

La muchacha echaba fuego por los ojos y la sangre había abandonado su rostro.

—No me quedaré aquí quieta a ver cómo insulta a ese hombre —dijo—, y eso va para todos los demás también —y miró directamente a los ojos de Krause.

—Y yo la respaldaré —dijo De Groote—. Tal vez no sea asunto mío el que lo tengan en una jaula, pero sí haré que sea asunto mío si no lo tratan con decencia. ¿Has ordenado ya que suban la jaula de hierro?

—Lo trataré como me plazca —dijo Krause—; ¿y qué harás para impedirlo?

—Te daré una paliza, una de aúpa —respondió De Groote—, y después te entregaré a las autoridades en el primer puerto al que lleguemos.

—Ahí está ya la jaula de hierro —dijo Janette—. Metedle dentro y quitadle las cuerdas de las muñecas.

Krause estaba asustado por la amenaza de De Groote de notificar el hecho a las autoridades; eso le hizo retorcerse.

—Oh, vamos —dijo en tono suave—, lo trataré bien. Invertí mucho dinero en él y espero sacarle un buen rendimiento; sería tonto si no lo tratara bien.

—Procura hacerlo —insistió De Groote.

Se izó de la bodega una gran jaula de hierro y la colocaron cerca de la jaula de madera, con las dos puertas juntas. Krause sacó un revólver; entonces levantaron ambas puertas. El hombre que estaba en la jaula de madera no se movió.

—¡Entra ahí, imbécil! —gritó Krause, apuntando al hombre con el revólver. El hombre ni siquiera miró a Krause—. Que alguno de los hombres coja una barra del cabestrante —ordenó Krause— y le empuje por detrás.

—Espera —dijo la muchacha—, déjame probar a mí. —Se acercó al lado opuesto de la jaula de hierro e hizo señas al cautivo. Él la miró—. Ven aquí un momento —dijo a De Groote—; déjame coger tu cuchillo; ahora junta las muñecas, como si las tuvieras atadas; sí, eso es. —Cogió el cuchillo y fingió cortar unas cuerdas imaginarias que ataban las muñecas de De Groote; luego volvió a hacer señas al hombre que estaba en la jaula de madera. Este se levantó, pero encorvado, pues no podía permanecer erguido en la pequeña jaula de madera, y entró en la jaula más grande.

La muchacha estaba de pie junto a los barrotes, con el cuchillo en la mano; un marinero dejó caer la puerta de la jaula de hierro; el cautivo se aproximó a la muchacha y, poniéndose de espaldas a ella, apretó las muñecas contra los barrotes.

—Decías que era estúpido —dijo Janette a Krause—, pero no es estúpido; lo he comprendido solo mirándole. —Cortó las ataduras de las muñecas del hombre, que estaban manchadas e hinchadas. El hombre se volvió y la miró. No dijo nada, pero con los ojos parecía darle las gracias.

De Groote estaba de pie al lado de Janette.

—Es un buen espécimen, ¿verdad? —dijo.

—Y guapo —añadió la muchacha, que se volvió a Krause—. Haz que traigan un poco de agua y comida —ordenó.

—¿Vas a ser su enfermera-criada? —preguntó Krause con una sonrisa irónica.

—Voy a ocuparme de que le traten decentemente —respondió ella—. ¿Qué come?

—No lo sé —respondió Krause—. ¿Qué come, Abdullah?

—El perro hace dos días que no come —declaró el árabe—; así que supongo que se comerá cualquier cosa. En la jungla come carne cruda de los animales que mata, como una bestia.

—Lo probaremos —dijo Krause—. Será una buena manera de deshacernos de los animales que mueran. —Envió un marinero a la cocina a buscar carne y agua.

El hombre que estaba en la jaula de hierro estuvo observando un buen rato a Abdullah Abu Néjm; tanto rato, que el árabe escupió en la cubierta y se alejó.

—No me gustaría estar en tu piel si alguna vez sale de esa jaula —dijo Krause.

—No deberíais haberle soltado las manos —replicó Abdullah—; es más peligroso que el león.

Cuando el marinero regresó con la carne y el agua, Janette lo cogió y se lo pasó al hombre salvaje. Este tomó un sorbito de agua; luego se fue a un rincón del otro lado de su jaula, se sentó en cuclillas y desgarró la carne con sus fuertes y blancos dientes; y mientras comía, gruñía.

La muchacha sintió un escalofrío, y los hombres empezaron a rondar cerca con curiosidad e inquietud.

—El *adrea* de la cabeza ancha come esto —dijo Abdullah.

—Emite el mismo ruido que un león —observó Krause—. ¿Qué nombre le han puesto los nativos, Abdullah?

—Se llama Tarzán de los Monos —respondió el árabe.

Capítulo III

El *Saigón* atravesó el océano Índico hasta Sumatra, donde Krause subió a bordo dos elefantes, un rinoceronte, tres orangutanes, dos tigres, una pantera y un tapir. Temiendo que De Groote hiciera efectiva su amenaza de denunciar ante las autoridades de Batavia que llevaban un cautivo humano, Krause no hizo escala allí como tenía previsto, sino que prosiguió hasta Singapur a por monos, otro tigre y varias boas constrictor; luego el *Saigón* navegó por el mar de la China Meridional hacia Manila, su última parada en el largo avance hasta el canal de Panamá.

Krause estaba encantado; hasta ahora todos sus planes habían salido a las mil maravillas; y si llevaba su carga a Nueva York, esperaba sacar unos beneficios excelentes. Tal vez no habría estado tan satisfecho si hubiera sabido todo lo que ocurría a bordo del *Saigón*. Larsen seguía confinado en su camarote, y aunque De Groote era un buen oficial, era joven; y nuevo a bordo del barco. Igual que Krause, no conocía todo lo que se hablaba en el camarote de la tripulación y en cubierta, por la noche, cuando Schmidt hacía guardia. En estas ocasiones, el segundo de a bordo hablaba mucho y con impaciencia con Jabu Singh, el lascar; y hablaba en susurros. Después, Jabu Singh hablaba mucho y con impaciencia con los otros lascares del camarote de la tripulación.

—Pero ¿y las bestias salvajes? —preguntó Chand a su compañero lascar, Jabu Singh—; ¿qué les ocurrirá?

—Schmidt dice que las arrojemos por la borda junto con De Groote, Krause y los otros.

—Valen mucho dinero —objetó Chand—; deberíamos conservarlos y venderlos.

—Nos atraparían y nos colgarían —intervino otro lascar.

—No —replicó Jabu Singh—. Mientras estábamos en Singapur, Schmidt se enteró de que Alemania e Inglaterra han entrado en guerra. Este es un barco inglés; Schmidt dice que un alemán tiene derecho a capturarlo. Asegura que le darían una recompensa, pero cree que los animales no tendrían valor alguno y son un estorbo.

—Conozco a un hombre en la isla de Illili que los compraría —dijo Chand—. No permitiremos que Schmidt los arroje por la borda.

El hombre habló en su dialecto nativo, seguro de que los marineros chinos no les entenderían; pero en eso se equivocaban; Lum Kip había navegado en una ocasión por el mar de China a bordo de una faluca capitaneada y tripulada por lascares y había aprendido su lengua. También había aprendido a odiar a los lascares, pues a bordo de la faluca le habían tratado muy mal y no le habían dado nada de los botines que obtenían de sus viles operaciones. Sin embargo, el rostro de Lum Kip no dejó traslucir que entendía lo que oía; tenía su habitual expresión de gran distanciamiento, mientras fumaba su larga pipa de cazoleta de latón.

El hombre que estaba en la gran jaula de hierro en cubierta a menudo paseaba de un lado a otro durante horas y horas. A menudo daba un salto y se agarraba de las barras de la parte superior de la jaula, e iba de un lado a otro avanzando con las manos. Cuando alguien se acercaba a su jaula se paraba; no hacía estas cosas para divertirse, ni para divertir a nadie, sino para impedir que la inactividad menoscabara su extraordinaria fuerza física durante su reclusión.

Janette Laon se acercaba con frecuencia a su jaula; se ocupaba de que le dieran de comer con regularidad y de que siempre dispusiera de agua; e intentaba enseñarle su lengua, el francés; pero en esto no hacía progresos. Tarzán sabía lo que le ocurría; y aunque no pudiera hablar ni comprender lo que se decía, sus pensamientos eran tan coherentes e inteligentes como siempre. Se preguntaba si alguna vez se recuperaría, pero no le preocupaba mucho no poder conversar con seres humanos; lo que más le molestaba era que ya no podía comunicarse con manu, el mono, o los mangani, los grandes simios, entre los que clasificaba a los orangutanes que iban a bordo confinados en jaulas cerca de la suya. Al ver la carga que transportaba el *Saigón*, supo la vida que le aguardaba; pero también

sabía que, tarde o temprano, se escaparía. Lo pensaba más a menudo cuando veía a Abdullah Abu Néjm en cubierta.

Había probado los barrotes de la jaula por la noche, cuando nadie se hallaba cerca; y estaba seguro de que podría separarlos lo suficiente para que su cuerpo pasara entre ellos; pero suponía que, si lo hacía mientras estuvieran en alta mar, solo lograría que le dispararan; pues no le cabía duda de que le tenían miedo. Con la paciencia de una bestia salvaje, esperaba la hora propicia.

Cuando Abdullah Abu Néjm o Schmidt estaban en cubierta, les seguía con la mirada; pues estos dos le habían escupido. Abdullah Abu Néjm tenía motivos para odiarle, ya que Tarzán había terminado con su lucrativa carrera como comerciante de esclavos y cazador furtivo de marfil; pero al segundo de a bordo le movían solo las reacciones naturales de un matón y un cobarde que descubre a alguien al que considera su enemigo racial impotente para vengarse.

Abdullah Abu Néjm, que odiaba a Krause y a la muchacha y hacía caso omiso de De Groote, se llevaba muy bien con Schmidt, hasta el punto que los dos hombres, al ver que tenían tantas cosas en común, se hicieron compañeros inseparables. Abdullah, satisfecho con cualquier oportunidad de vengarse de Krause, accedió de buen grado a ayudar a Schmidt en la aventura que el segundo de a bordo estaba planeando.

—Los lascares están todos conmigo —dijo Schmidt a Abdullah —, pero no hemos dicho nada a los chinos; hay cuentas pendientes entre ellos y los lascares en este barco, y Jabu Singh dice que sus hombres no entrarán en el juego si los chinos participan y sacan tajada.

—No son muchos —dijo Abdullah—. Si causan problemas, también podemos echarlos por la borda.

—El problema es que los necesitamos para tripular el barco —explicó Schmidt—, y en cuanto a echarlos por la borda, he cambiado de idea; nadie irá por la borda. Todos serán prisioneros de guerra; entonces, si algo va mal, no habrá ningún cargo de asesinato contra nosotros.

—¿Puedes tripular el barco sin Larsen y De Groote? —preguntó el árabe.

—Claro que puedo —respondió Schmidt—. Tengo a

Oubanovitch de mi parte. Como es ruso rojo, odia a Krause; odia a todo el que tenga un penique más que él. Le nombraré primero de a bordo, pero también tendrá que mantener la sala de máquinas en marcha. Jabu Singh será el segundo de a bordo. Lo tengo todo previsto.

—¿Y tú serás el capitán? —preguntó el árabe.

—Por supuesto.

—¿Y yo qué voy a ser?

—¿Tú? Bueno, puedes ser almirante.

Aquella misma tarde Lum Kip se acercó a De Groote.

—Es posible que esta noche estés muerto —dijo Lum Kip en un susurro.

—¿Adónde quieres ir a parar, Lum? —preguntó De Groote.

—¿Tú entiendes a Schmidt?

—Desde luego; ¿qué le pasa?

—Esta noche toma barco; los lascares toman barco; *banovitchee* toma barco; el hombre del vestido blanco y largo toma barco. Matan a Larsen; matan a ti; matan a Klause; matan a todos. El chico chino no toma barco; no mata. ¿Entiendes?

—¿Has fumado en pipa, Lum? —preguntó De Groote.

—No es un sueño provocado por la pipa; espera y verás.

—¿Y los muchachos chinos? —preguntó De Groote, que ahora estaba de veras preocupado.

—Ellos no te matan.

—¿Pelearán con los chicos lascares?

—Puedes apostar; les das armas.

—No tengo armas —dijo De Groote—; diles que cojan barras de cabestrante, clavijas de amarre, cuchillos. ¿Entiendes?

—Entiendo.

—Y cuando empiecen los problemas, vosotros atacáis a los lascares.

—Hecho.

—Y gracias. Lum; no olvidaré esto.

De Groote fue enseguida a buscar a Larsen, pero le encontró dando vueltas en su litera, delirando a causa de la fiebre; entonces fue al camarote de Krause, donde encontró a Krause y a Janette Laon y les explicó la situación.

—¿Tú crees al chino? —preguntó Krause.

—No tiene ningún motivo para inventar semejante historia —respondió De Groote—; sí, le creo; es una de las mejores manos del barco: un tipo tranquilo que siempre hace bien su trabajo y se ocupa solo de sus asuntos.

—¿Qué sería mejor que hiciéramos? —preguntó Krause.

—Arrestaré a Schmidt inmediatamente —anunció De Groote.

La puerta del camarote se abrió; y en el umbral se encontraba Schmidt, con una automática en la mano.

—Ni lo sueñes, que me arrestarás, maldito holandés —dijo—. Hemos visto a ese sucio chinito hablando contigo y estábamos bastante seguros de lo que te estaba contando.

Media docena de lascares se agolpaban detrás de Schmidt, fuera del umbral.

—Atadles —ordenó.

Los marineros apartaron a Schmidt para entrar en el camarote; De Groote se colocó frente a la muchacha.

—Apartad vuestras sucias manos de ella —dijo a los lascares.

Uno de ellos intentó empujarle a un lado y alcanzar a Janette, y De Groote le dio un puñetazo que le hizo caer al suelo. Al instante se produjo una pelea, pero solo De Groote y Janette participaron en su bando; Krause se acurrucó acobardado en un rincón y aceptó temeroso que le ataran las manos a la espalda. Janette cogió unos pesados binoculares y derribó a uno de los lascares, mientras De Groote enviaba a otros dos al suelo; pero todo estaba en su contra. Cuando la pelea terminó, ambos fueron atados con cuerdas y De Groote recibió un golpe en la cabeza que le dejó inconsciente.

—Esto es un motín, Schmidt —dijo Krause—; te colgarán por esto si no me sueltas.

—Pero soy alemán —replicó Krause—; yo alquilé este barco: es un barco alemán.

—Oh, no —dijo Schmidt—; está registrado en Inglaterra, y navegas bajo los colores ingleses. Si eres alemán, entonces eres un traidor, y en Alemania sabemos qué hacer con los traidores.

Capítulo IV

Tarzán sabía que algo había ocurrido a bordo del barco, pero no sabía qué. Vio a un marinero chino colgado por los pulgares y cómo era azotado. Durante dos días no vio ni a la muchacha ni al joven primero de a bordo, y ahora no le alimentaban con regularidad ni le suministraban agua. Vio que el segundo de a bordo, que le había escupido, estaba al mando del barco; y por lo tanto, aunque no lo sabía, dedujo lo que había sucedido. De vez en cuando Abdullah Abu Néjm pasaba junto a su jaula, pero sin molestarle; y Tarzán sabía por qué: el árabe le temía, aunque estuviera encerrado en una jaula de hierro. No siempre estaría en una jaula: Tarzán lo sabía y Abdullah Abu Néjm lo temía.

Ahora, los lascares haraganeaban de un lado a otro por el barco y los chinos hacían casi todo el trabajo. Schmidt les había puesto esposas y les daba patadas a la más mínima provocación o aunque no hubiera ninguna. Tarzán había visto que al hombre al que habían colgado por los pulgares y azotado lo habían bajado al cabo de una hora y se lo habían llevado al castillo de proa. La crueldad del castigo le repugnó, pero, por supuesto, no sabía que el hombre se lo merecía.

El segundo de a bordo jamás pasaba por delante de la jaula de Tarzán sin pararse a maldecirle. Al parecer, el simple hecho de ver a Tarzán le provocaba un ataque de rabia incontrolada, como hacía cualquier cosa que estimulara su complejo de inferioridad. Tarzán no podía entender por qué aquel hombre le odiaba; no sabía que Schmidt, como psicópata que era, no necesitaba tener un motivo para nada de lo que hacía.

En una ocasión, se acercó a la jaula con un arpón en las manos y lo metió a través de los barrotes para pinchar al hombre mono

mientras Abdullah Abu Néjm lo miraba con aprobación. Tarzán agarró el mango y arrancó el objeto de las manos de Schmidt con el mismo esfuerzo que habría hecho para arrebatárselo a un bebé. Ahora que el hombre salvaje estaba armado, Schmidt ya no se acercaba a la jaula.

El tercer día después de haber visto por última vez a la muchacha, Tarzán vio que izaban a la cubierta su jaula de madera y una jaula de hierro más grande y las soltaron cerca de la suya; un poco más tarde, vio que un par de marineros lascares la llevaban hasta la jaula de madera y la metían en ella; después trajeron a De Groote y a Krause y los encerraron en la jaula de hierro, y después apareció Schmidt desde el puente y se detuvo frente a ellos.

—¿Qué significa esto, Schmidt? —preguntó De Groote.

—Te quejabas de estar encerrado abajo, ¿no es cierto? Deberías darme las gracias por haberte subido a cubierta en lugar de lamentarte. Aquí disfrutarás de mucho aire fresco y conseguirás un buen bronceado; quiero que todos tengáis el mejor de los aspectos cuando os exhiba con los otros especímenes de las órdenes inferiores en Berlín —y Schmidt soltó una carcajada.

—Si quieres divertirte manteniéndonos a Krause y a mí aquí encerrados como bestias salvajes, adelante; pero no puedes pretender dejar aquí a *miss* Laon, una mujer blanca a la vista de un montón de marineros lascares.

De Groote había tenido que hacer muchos esfuerzos para impedir que su ira y su desprecio se le notaran en la voz, pero hacía mucho tiempo que había llegado a la conclusión de que estaban en manos de un loco y que oponerse más a él no haría sino añadir indignidades a las que ya habían sufrido.

—Si *miss* Laon lo desea, puede compartir conmigo el camarote del capitán —replicó jocoso Schmidt—; he hecho llevar a Larsen a otro sitio.

—*Miss* Laon prefiere la jaula de un animal salvaje —declaró la muchacha.

Schmidt se encogió de hombros.

—Es buena idea —dijo—. Me ocuparé de que te pongan en la jaula de uno de los leones de *herr* Krause, o tal vez prefieras un tigre…

—Cualquiera de los dos antes que a ti —replicó la muchacha.

—O tal vez en la jaula con el hombre salvaje al que tanto cariño le tienes —sugirió Schmidt—; eso podría proporcionar un espectáculo con el que todo el mundo disfrutaría. Por lo que Abdullah me ha dicho, este hombre probablemente sea un caníbal. No le daré de comer después de ponerte con él.

Schmidt se alejó riéndose.

—Ese hombre está absolutamente loco —dijo De Groote—. Desde el principio supe que estaba un poco chiflado, pero nunca sospeché que estuviera loco de remate.

—¿Crees que cumplirá su amenaza? —preguntó Janette.

Ni De Groote ni Krause respondieron, y su silencio contestó a sus preguntas y confirmó sus propios temores. Había estado bien dar de comer al hombre salvaje y preocuparse de que tuviera agua, pero siempre había estado lista para alejarse a todo correr de su jaula si intentaba agarrarla. En realidad, le había inspirado mucho miedo, pero su bondad natural la había impulsado a tratarle de forma amistosa. Además, sabía que eso molestaba a Krause, a quien en secreto detestaba.

Varada en Batavia, Janette había aprovechado la oferta de Krause para poder huir, a cualquier parte; y la idea de Nueva York también le había atraído mucho. Había oído hablar a menudo de la gran metrópolis americana e historias fabulosas de la facilidad con que una chica guapa podía adquirir allí pieles y joyas, y Janette Laon sabía que ella sería guapa en cualquier país.

Aunque ni De Groote ni Krause habían respondido a la pregunta de Janette, pronto obtuvo respuesta. Schmidt regresó con varios marineros; él y dos de los lascares iban armados con pistolas y los otros llevaban palos largos como los que utilizaban al manejar los animales salvajes.

Los marineros abrieron la jaula de Janette y la empujaron contra la de Tarzán, con las dos puertas en contacto; a continuación levantaron ambas puertas.

—Entra ahí con tu hombre salvaje —ordenó Schmidt.

—No puedes hacer eso, Schmidt —gritó De Groote—. ¡Por el amor de Dios, no hagas una cosa así!

—¡Cierra el pico! —espetó Schmidt—. ¡Entra ahí, zorra! ¡Y vosotros, empujadla con esos palos! Uno de los lascares empujó a Janette con el palo y Tarzán rugió y avanzó. Al instante tres pistolas

le cubrieron, y un palo con la punta muy afilada le impidió el paso. El rugido aterró a la muchacha; pero, al darse cuenta de que podían obligarla a entrar en la jaula, de pronto entró con osadía, la cabeza bien alta. La puerta de hierro de la jaula se cerró tras ella, el sello final a su fatal destino.

De Groote, Krause, Schmidt y los lascares esperaban en absoluto silencio, conteniendo la respiración, la tragedia que preveían con emociones diversas: Schmidt con agrado, los lascares con indiferencia, Krause nervioso y De Groote con tantas emociones como su flemática psique holandesa jamás hasta entonces había experimentado. Si hubiera sido francés o italiano, probablemente habría gritado y se habría arrancado el pelo; pero como era holandés, mantuvo sus emociones bajo control.

Janette Laon se quedó de pie junto a la puerta de la jaula, aguardando; miró a Tarzán y Tarzán la miró a ella. Sabía que tenía miedo, y deseaba poder hablarle y tranquilizarla; entonces hizo lo único que pudo: le sonrió. Era la primera vez que ella le veía sonreír. Quería creer que era una sonrisa tranquilizadora, una sonrisa amistosa; pero le habían contado tantas historias terribles sobre su ferocidad que no conseguía abandonar sus recelos; podía ser una sonrisa de expectación. Para poder estar segura, hizo un esfuerzo y le devolvió la sonrisa.

Tarzán cogió el arpón que le había quitado a Schmidt y cruzó la jaula hacia ella.

—¡Dispárale, Schmidt! —gritó De Groote—. ¡Va a matarla!

—¿Crees que estoy loco?, ¡matar a un ejemplar como ese! —respondió Schmidt—. Ahora vamos a divertirnos un poco.

Tarzán le entregó el arpón a la muchacha y se dio la vuelta para ir a sentarse en el otro extremo de la jaula. El significado del gesto era inequívoco. Janette notó que le flaqueaban las piernas y se sentó rápidamente, para no caer. El alivio súbito después de una terrible tensión nerviosa provoca semejante reacción. De Groote empezó a sudar.

Schmidt casi dio saltos de rabia y decepción.

—¡Hombre salvaje! —chilló—. Creía que habías dicho que eso era un hombre salvaje, Abdullah. ¡Eres un tramposo! ¡Eres un mentiroso!

—Si no crees que sea un hombre salvaje, *nasrany* —replicó el

árabe—, entra tú mismo en su jaula.

Tarzán permanecía sentado con los ojos fijos en Schmidt. No había entendido nada de lo que el hombre había dicho; pero, por sus expresiones faciales, sus gestos, sus actos, y por todo lo que había ocurrido, se había hecho una idea de cómo era aquel hombre; otra falta contra *herr* Schmidt quedó registrada; otro clavo se había clavado en su féretro.

Capítulo V

Al día siguiente los dos cautivos que estaban en la gran jaula de hierro estaban muy contentos. Janette estaba contenta porque se encontraba a salvo y no había sufrido ningún daño después de una noche pasada con una criatura que se comía la carne cruda y gruñía al mismo tiempo; un hombre salvaje que había matado a tres guerreros africanos solo con sus manos antes de que pudieran vencerle, y al que Abdullah acusaba de ser caníbal. Sentía tal alivio que canturreó una estrofa de una canción francesa muy popular cuando ella se marchó de París. Y Tarzán estaba contento porque comprendía las palabras; mientras dormía, su dolencia se le había pasado tan de repente como le había sobrevenido.

—Buenos días —dijo en francés, la primera lengua humana que había aprendido; se la había enseñado el teniente francés al que había salvado de la muerte un día muy lejano.

La muchacha le miró muy asombrada.

—Bu… buenos días —balbuceó—. Yo… Yo…, ellos me dijeron que no podías hablar.

—Sufrí un accidente —explicó—; ahora estoy perfectamente.

—Me alegro —dijo ella—; Yo… —vaciló.

—Lo sé —la interrumpió Tarzán—; tenías miedo de mí. No debes tenerlo.

—Me dijeron cosas terribles de ti, pero seguro que las has oído.

—No solo no podía hablar —explicó Tarzán—, sino que tampoco podía entender. ¿Qué decían?

—Decían que eras muy feroz y que…, que comías personas.

Una vez más, Tarzán esbozó una de sus raras sonrisas.

—¿Y por eso te pusieron aquí, para que te comiera? ¿Quién lo hizo?

—Schmidt, el hombre que dirigía el motín y se apoderó del barco.

—El hombre que me escupió —dijo Tarzán, y a la muchacha le pareció percibir la sombra de un gruñido en su voz. Abdullah tenía razón; aquel hombre recordaba un león. Pero ahora ella no tenía miedo.

—Defraudaste a Schmidt —le explicó—. Estaba furioso cuando me entregaste el arpón y fuiste a sentarte al otro extremo de la jaula. En ningún lenguaje hablado habrías podido asegurarle de forma más explícita que me encontraba a salvo.

—¿Por qué te odia?

—No lo sé; es un sádico maníaco. Debiste de ver lo que le hizo al pobre Lum Kip y cómo da patadas y pega a los marineros chinos.

—Me gustaría que me contaras lo que ha ocurrido a bordo del barco que no he podido entender y qué pretenden hacer conmigo, si lo sabes.

—Krause iba a llevarte a Estados Unidos para exhibirte como un hombre salvaje junto con los otros; quiero decir, junto con sus animales salvajes.

Tarzán sonrió de nuevo.

—¿Krause es el hombre que está en la jaula con el primero de a bordo?

—Sí.

—Ahora, háblame del motín y lo que sepas de los planes de Schmidt.

Cuando hubo terminado, Tarzán tenía situados a la perfección a todos los protagonistas principales del drama del *Saigón*; y le parecía que solo la muchacha, De Groote y los marineros chinos merecían alguna consideración; ellos y las bestias enjauladas.

De Groote despertó, y lo primero que hizo fue llamar a Janette desde su jaula.

—¿Estás bien? —preguntó—. ¿No te ha hecho daño?

—No, en absoluto —le tranquilizó ella.

—Hoy voy a tener una charla con Schmidt para ver si puedo persuadirle de que te saque de esa jaula. Creo que si Krause y yo acordamos no presentar cargos contra él si te deja salir, es posible que lo haga.

—Estoy en el lugar más seguro del barco para mí; no quiero salir

mientras Schmidt tenga el control.

De Groote la miró con asombro.

—Pero ese tipo es medio bestia —exclamó—. Puede que no te haya hecho daño todavía; pero nunca puedes saber lo que podría hacerte, en particular si, como ha amenazado con hacer, Schmidt no le da de comer.

Janette se rio.

—Será mejor que vayas con cuidado con lo que dices de él si crees que es un hombre salvaje tan feroz; en algún momento podría salir de esta jaula.

—¡Bah!, no me entiende —replicó De Groote—; y no puede salir de la jaula.

La conversación despertó a Krause, que se acercó y se quedó al lado De Groote.

—Yo también creo que no puede salir de esa jaula —dijo—, y Schmidt se ocupará de que nunca tenga oportunidad de hacerlo; Schmidt sabe lo que le pasaría, y no tienes que preocuparte por si entiende algo de lo que decimos; es rematadamente tonto.

Janette se volvió para mirar a Tarzán y ver el efecto que producían en él las palabras de Krause y De Groote, preguntándose si les haría saber que comprendía y que estaba disfrutando enormemente de la situación. Para su sorpresa, vio que el hombre se había tumbado cerca de los barrotes y aparentaba dormir; entonces vio a Schmidt que se aproximaba y reprimió su deseo de comunicar a De Groote y a Krause que su hombre salvaje podía haber entendido todo lo que decían, si les había oído.

Schmidt se acercó a la jaula.

—Así que todavía estás viva —dijo—. Espero que disfrutaras de tu noche con el hombre mono. Si le enseñas algunos trucos, te exhibiré a ti como su entrenadora. —Se acercó más a la jaula y miró a Tarzán—. Está dormido, ¿o has tenido que matarle?

De pronto Tarzán sacó una mano entre los barrotes y agarró un tobillo de Schmidt; luego el hombre mono tiró de la pierna hacia el interior de la jaula en toda su longitud, haciendo caer a Schmidt de espalda, y con la otra mano Tarzán le quitó la pistola que llevaba en la pistolera.

—¡Socorro! —gritó Schmidt—. ¡Abdullah! ¡Ja bu Singh! ¡Chand! ¡Socorro!

Tarzán le retorció la pierna hasta que el hombre volvió a gritar, esta vez de dolor. Abdullah, Jabu Singh y Chand llegaron corriendo como respuesta a los gritos de Schmidt; pero cuando vieron que el hombre salvaje apuntaba con una pistola en su dirección, se detuvieron.

—Ordena que traigan comida y agua o te retorceré la pierna hasta arrancártela —le amenazó Tarzán.

—¡Ese perro de inglés habla! —murmuró Abdullah.

De Groote y Krause le miraron con perplejidad.

—Si habla, tiene que haber entendido lo que hemos dicho —dijo Krause—. Tal vez lo ha entendido todo. —Krause trató de recordar lo que podía haber dicho que algún día pudiera lamentar, pues sabía que aquel hombre no podría estar encerrado en una jaula para siempre; a menos que… Pero ahora tenía un arma; no sería fácil matarle. Hablaría de ello con Schmidt; ahora a Schmidt le interesaba tanto como a él quitar de en medio a aquel hombre.

Schmidt había pedido a gritos comida y agua. De pronto De Groote exclamó:

—¡Mira, amigo! ¡Mira! ¡Detrás dé ti!

Pero fue demasiado tarde; una pistola habló y Tarzán se desplomó en el suelo de la jaula: Jabu Singh se había arrastrado por detrás de la jaula, sin que su presencia se advirtiera hasta que ocurrió el hecho.

Schmidt se apartó gateando, pero Janette recuperó la pistola; y, volviéndose, disparó a Jabu Singh cuando estaba a punto de disparar de nuevo al hombre que yacía en el suelo. Su disparo dio al lascar en el brazo derecho, lo que le hizo soltar el arma; entonces, apuntándole, la muchacha cruzó la jaula, se acercó a los barrotes y a través de ellos le arrebató la pistola a Jabu Singh. Luego, volvió junto a Tarzán, se arrodilló a su lado y pegó el oído a su corazón.

Mientras Schmidt permanecía de pie, temblando y maldiciendo con furia impotente, avistaron un barco desde el puente y se alejó cojeando para echarle un vistazo. El *Saigón* navegaba sin bandera, listo para adoptar cualquier nacionalidad que Schmidt pudiera elegir cuando surgiera una emergencia.

El barco resultó ser un yate inglés; por lo que Schmidt corrió a buscar una bandera británica; luego habló por radio, para preguntar si llevaban un médico a bordo, ya que tenía a dos hombres heridos,

lo que era cierto; al menos Jabu Singh estaba sufriendo, con acompañamiento vocal; Tarzán seguía quieto donde había caído.

El yate llevaba un médico a bordo, y Schmidt dijo que enviaría un bote a por él. Él mismo fue con el bote, que iba lleno de lascares armados con todo lo que pudieron encontrar, un extraño surtido de pistolas, rifles, ganchos de barco, cuchillos y palos para los animales, todo ello bien oculto a la vista.

El bote se colocó junto al yate, echaron hacia arriba una escalerilla y subieron a cubierta antes de que los atónitos hombres que iban en el yate se dieran cuenta de que estaban siendo abordados con siniestras intenciones. Al mismo tiempo, el *Saigón* arrió la bandera británica e izó la alemana.

Unos veinticinco o treinta hombres y una muchacha en la cubierta del yate miraban con asombro la compañía salvaje y de aspecto de pirata que se enfrentaba a ellos.

—¿Qué significa esto? —preguntó el capitán del barco.

Schmídt señaló la bandera alemana que ondeaba sobre el *Saigón*.

—Significa que os hago prisioneros en nombre del Gobierno alemán —respondió Schmidt—; no os cojo como trofeo, y pondré precio a la tripulación. Tu ingeniero y oficial de navegación se quedarán a bordo. Mi primero de a bordo, Jabu Singh, estará al mando. Ha sufrido un ligero accidente; tu médico le curará la herida, y el resto vendréis conmigo a mi barco. Tenéis que consideraros prisioneros de guerra y comportaros conforme a ello.

—Pero este barco no va armado —replicó el capitán—, no es un buque de guerra, ni siquiera es un buque mercante; es un yate privado que realiza una expedición científica. Tú, que llevas un barco de mercancías, no puedes pensar siquiera en apresarnos.

—¡Pero, oigan! —protestó un joven alto con pantalones de franela—, no pueden…

—¡Cierra el pico! —espetó Schmidt—. Sois ingleses, y esa es razón suficiente. ¡Vamos! ¿Dónde está el médico? Moveos.

Mientras el médico curaba la herida de Jabu Singh, Schmidt hizo que sus hombres registraran el barco en busca de armas y munición. Encontraron varias pistolas y rifles deportivos; y, cuando el médico hubo terminado con Jabu Singh, Schmidt eligió a algunos de sus hombres y dejó a unos cuantos marineros del yate para que se hicieran cargo de la embarcación; luego llevó al resto al bote del

Saigón y regresó con ellos al vapor.

—Caramba —exclamó el joven de los pantalones de franela blancos—, esto es un ultraje bestial.

—Habría podido ser peor, Algy —dijo la muchacha—; tal vez ahora no tengas que casarte conmigo.

—Oh, caramba —protestó el joven—; esto podría ser todavía peor.

Capítulo VI

La bala que había alcanzado a Tarzán solo le había rozado la cabeza, infligiéndole una herida superficial y dejándole aturdido unos minutos; pero pronto se recuperó y ahora él y Janette Laon observaban a los prisioneros mientras se acercaban al *Saigón*.

—Schmidt se ha vuelto pirata —observó la muchacha—. ¡Me pregunto qué hará con toda esa gente! Por lo menos son quince.

No tuvo que esperar mucho para obtener respuesta a su pregunta. Schmidt hizo adelantar a los ocho miembros de la tripulación cuando accedieron a ayudar a tripular el *Saigón*; después hizo que izaran otras dos jaulas de hierro a cubierta y las alineó junto a las que ya estaban allí.

—Ahora —dijo—, sé que no debería hacerlo, pero os voy a dejar elegir a vuestros compañeros de jaula.

—¡Carámbanos! —exclamó Algernon Wright-Smith—; ¡no pretenderá meter a las mujeres en una de esas cosas!

—Lo que es bueno para un cerdo inglés, es bueno para una puerca inglesa —gruñó Schmidt—; daos prisa y decidid qué queréis hacer.

Un hombre mayor con bigote de foca se quejó airado, y su rostro enrojecido se volvió de color púrpura.

—¡Maldito sinvergüenza! —resopló—; no puede hacer una cosa así a las mujeres inglesas.

—No te excites, por favor, tío —dijo la muchacha—. Tendremos que hacer lo que dice este tipo.

—No pondré un pie en una de esas cosas, William —dijo la segunda mujer del grupo, una dama que llevaba cincuenta años de más que pesaban bastante alrededor de su cintura—. Ni Patricia —añadió.

—Vamos, vamos —dijo la muchacha—; estamos absolutamente indefensos —y dicho esto entró en la más pequeña de las dos cajas; y después su tío y su tía, comprendiendo al fin que era inútil resistirse, se reunieron con ella. El capitán Bolton, Tibbet (el segundo de a bordo del barco), el doctor Crouch y Algy fueron conducidos a la segunda jaula.

Schmidt paseaba arriba y abajo por delante de las jaulas, regocijándose.

—Estoy obteniendo una buena colección de fieras —dijo—. Una chica francesa, un traidor alemán, un perro holandés y siete cerdos ingleses, junto con mis simios, monos, leones, tigres y elefantes causaremos sensación en Berlín.

La jaula en la que se encontraban recluidos los Leigh y su sobrina estaba al lado de la que ocupaban Tarzán y Janette Laon; y más allá de la jaula de los Leigh estaba la otra con los otros cuatro ingleses prisioneros.

Penelope Leigh miró a Tarzán de reojo y con aversión.

—¡Qué escándalo! —susurró a su sobrina, Patricia—; ese tipo prácticamente va desnudo.

—Es muy apuesto, tita —sugirió Patricia Leigh-Burden.

—No le mires —espetó Penelope Leigh—; y esa mujer…, ¿crees que puede ser su esposa?

—No, no parece una mujer salvaje —respondió Patricia.

—Entonces, ¿qué hace sola en esa jaula con ese hombre? —preguntó *miss* Leigh.

—Tal vez la han metido ahí por lo mismo que nos han puesto a nosotros aquí.

—¡Bueno! —resopló Penelope Leigh—; a mí me parece una mujer ligera.

—Ahora —gritó Schmidt—, estamos a punto de alimentar a los animales; todo el que no esté de guardia puede venir y observar.

Lascares y chinos, y varios tripulantes del yate, se agruparon frente a las jaulas cuando traían comida y agua; lo primero una mezcla indescriptible de aspecto poco apetitoso, cuyo contenido habría sido difícil de determinar, ya fuese por la vista o por el gusto. A Tarzán le dieron un trozo de carne cruda.

—Repugnante —resopló de nuevo Penelope Leigh, mientras apartaba aquella bazofia. Un momento después, llamaron su

atención los rugidos que procedían de la jaula contigua; y cuando miró, ahogó un grito, horrorizada—. ¡Mirad! —susurró con voz temblorosa—; esa criatura está rugiendo, y come carne cruda; ¡qué horrible!

—Lo encuentro fascinante —dijo Patricia.

El coronel William Cecil Hugh Percival Leigh gruñó:

—Sucio canalla.

—¡Canalla! —espetó *miss* Leigh.

Tarzán levantó la mirada a Janette Laon, con aquella sombra de sonrisa asomando a sus labios, y le hizo un guiño.

—¿También entiendes inglés? —le preguntó ella. Tarzán asintió —. ¿Te importa si me divierto un poco con ellos? —prosiguió.

—No —respondió Tarzán—; llega hasta donde quieras.

Habían hablado en francés en susurros.

—¿Encuentras apetitoso al capitán? —preguntó en inglés, lo suficientemente alto para que los de la jaula de al lado lo oyeran.

—No es tan bueno como el sueco que nos dieron la semana pasada —respondió Tarzán.

Miss Leigh se puso pálida y tuvo unas violentas náuseas; se sentó de pronto y pesadamente. Al coronel, propenso a tener los ojos desorbitados, se le desorbitaron todavía más mientras miraba con incredulidad la jaula contigua. Su sobrina se acercó a él y susurró:

—Me parece que nos están tomando el pelo, tío; he visto que él le guiñaba un ojo a la muchacha.

—¡Mis sales! —dijo entre jadeos *miss* Leigh.

—¿Qué ocurre, coronel? —preguntó Algernon Wright-Smith desde la jaula del otro lado.

—Ese diablo se está comiendo al capitán —respondió el coronel en un susurro que podía haberse oído a media manzana de distancia.

De Groote sonrió.

—¡Dios mío! —exclamó Algy.

Janette Laon volvió la cabeza para ocultar su risa, y Tarzán siguió desgarrando la carne con sus fuertes y blancos dientes.

—Te digo que nos están tomando el pelo —dijo Patricia Leigh-Burden—. No puedes hacerme creer que seres humanos civilizados permitirían que ese hombre comiera carne humana, aunque él lo deseara, cosa que dudo. Cuando la chica se ha vuelto, he visto que

le temblaban los hombros: se estaba riendo.

—¿Qué es eso, William? —gritó *miss* Leigh cuando se oyó el rugido de un león procedente de la bodega.

Los animales habían estado inusualmente callados durante algún tiempo; pero ahora empezaban a tener hambre, y la queja del león incitó a los demás, con el resultado de que en unos momentos ascendió desde la bodega un diapasón de gritos salvajes que helaban la sangre: los fuertes rugidos de los leones, los gruñidos como tos de los tigres, la espantosa risa de las hienas, el barritar de los elefantes mezclados con el caos de sonidos de las bestias inferiores.

—¡Oh-h-h! —gritó *miss* Leigh—. ¡Qué horror! Haz que se pare ese ruido enseguida, William.

El coronel emitió un sonido gutural para demostrar su desaprobación, pero sin su vigor habitual. Después, sin embargo, mientras los cuidadores chinos e indios daban de comer a los animales, el ruido fue bajando de volumen y de nuevo reinó el silencio.

A medida que se acercaba la noche, el cielo se puso nublado y el viento arreció, y con el balanceo del barco los animales se pusieron inquietos de nuevo. Los lascares pasaron cu bos de agua a todas las jaulas excepto en la que se hallaba confinado Tarzán. Para ello tuvo que levantar las puertas de las jaulas lo suficiente para pasar los cubos; luego pasó una escoba, con la que se suponía que los que estaban allí encerrados debían limpiar su jaula. Aunque le acompañaban otros dos marineros armados con rifles, no abrió la jaula de Tarzán, pues Schmidt tenía miedo de que el hombre salvaje aprovechara la oportunidad para escaparse.

Tarzán había estudiado este procedimiento, que se había desarrollado a diario desde que le habían subido a bordo del Saigón. Sabía que siempre traían el agua los mismos lascares y que volvían de nuevo aproximadamente a las cuatro llamadas de la primera guardia nocturna para realizar una inspección final de los cautivos. En esta ronda venía solo, ya que no tenía que abrir las jaulas; pero Schmidt, con el fin de tener mayor protección, le había armado con una pistola.

Esa tarde, cuando estaba pasando el agua a la jaula que ocupaban los Leigh, el coronel le pidió:

—Mozo —dijo—, tráenos cuatro sillas de barco y alfombras —y entregó al lascar un billete de cinco libras.

El marinero cogió el billete, se lo miró y se lo metió en su sucio taparrabos.

—No sillas; no alfombras —dijo, y se dirigió hacia la siguiente jaula.

—¡Eh, tú! —gritó el coronel—; ¡vuelve aquí! ¿Quién es el capitán de este barco? Quiero ver al capitán.

—*Sahib* Schmidt ahora capitán —respondió el lascar—. Capitán Larsen enfermo; no ver en tres, cuatro días; tal vez muerto. —Luego siguió con su tarea y el coronel no hizo ningún esfuerzo para detenerle.

Miss Leigh se estremeció.

—«Era» el capitán —dijo en un susurro ahogado por el horror, su mirada aterrorizada fija en un hueso de la jaula de Tarzán.

Capítulo VII

Llovía a cántaros y el viento silbaba a través de las jaulas, arrastrando una miríada de puntas de alfiler hasta los que estaban encerrados sin protección alguna. El mar empezó a agitarse y el *Saigón* navegaba subiendo y bajando con fuerza; los destellos de los relámpagos iluminaban por un momento el barco y anunciaban el profundo rugir del trueno que seguiría, que por unos instantes ahogaba los rugidos y gruñidos y el barritar de las aterrorizadas bestias.

Tarzán permaneció erguido en su jaula disfrutando de la lluvia, el trueno y el rayo. Cada nítido destello dejaba ver a los ocupantes de las jaulas contiguas, y durante uno de ellos vio que el inglés había puesto el abrigo sobre los hombros de su esposa e intentaba proteger su cuerpo de la tormenta con el suyo. La muchacha inglesa permanecía de pie, igual que Tarzán, disfrutando al parecer de esta batalla con la tempestad. Fue entonces cuando el hombre mono decidió que le gustaban estas dos cosas.

La furia de la tormenta aumentó; el *Saigón* navegaba ahora delante de ella con grandes mares que lo seguían y amenazaban con romper en la popa. El viento aullaba con ronca angustia y lanzaba espuma para unirse a la lluvia para inundar a los desdichados prisioneros enjaulados. Janette Laon yacía y trataba de dormir. La muchacha inglesa se paseaba arriba y abajo en los estrechos límites de su jaula. Tarzán la observaba; conocía ese tipo de mujer; una muchacha acostumbrada a la vida al aire libre; el libre balanceo de su paso lo proclamaba. Sería eficiente en cualquier cosa que emprendiera, y podría soportar penalidades sin quejarse. Tarzán estaba seguro de ello, pues la había observado desde que la habían subido a bordo del *Saigón*, la había oído hablar y se había fijado en

que aceptaba lo inevitable con un espíritu similar al suyo. Supuso que esperaría con paciencia hasta que llegara su oportunidad y entonces actuaría con valor e inteligencia.

Mientras la miraba, aceptando la lluvia y el viento y el movimiento del barco como si fueran lo más normal del mundo, ella se detuvo al costado de su jaula, que se encontraba junto a la de él y le miró.

—¿Disfrutó del capitán? —le preguntó con una sonrisa rápida.

—Estaba un poquito demasiado salado —respondió Tarzán.

—Tal vez el sueco era mejor… —sugirió ella.

—Mucho mejor; en particular los menudillos.

—¿Por qué intentasteis asustarnos? —preguntó la muchacha.

—Tus tíos no nos dedicaron muchos cumplidos en sus comentarios sobre nosotros.

—Lo sé —aceptó ella—. Lo siento, pero estaban muy alterados. Ha sido una experiencia terrible para ellos. Estoy muy preocupada por ellos; son viejos y no podrán soportar esto mucho tiempo. ¿Qué crees que pretende hacer con nosotros este hombre, Schmidt?

—No se puede saber; ese hombre está loco. Su plan de exhibirnos en Berlín es ridículo, desde luego. Si nos lleva a Berlín, sin duda a los ingleses nos recluirán.

—¿Eres inglés?

—Mis padres eran ingleses.

—Me llamo Burden; Patricia Leigh-Burden —dijo la muchacha —. ¿Puedo preguntarte cómo te llamas tú?

—Tarzán —respondió el hombre mono.

—¿Solo Tarzán?

—Eso es todo.

—¿Te importa contarme qué ocurrió para que estés en esa jaula, míster Tarzán?

—Solo Tarzán —le corrigió—; nada de señor. Estoy en esta jaula porque Abdullah Abu Néjm quería vengarse; de modo que me hizo capturar por un jefe africano que también tenía motivos para querer deshacerse de mí. Abdullah me vendió a un hombre, cuyo nombre es Krause, que recoge animales para venderlos en América. Krause está en la jaula al otro lado de la mía. Schmidt, que era el segundo de a bordo, se apoderó del barco de Krause, su hombre salvaje y todos sus animales. También encerró a Krause.

—No tendrá a ninguno de nosotros mucho tiempo si esta tormenta empeora mucho —dijo la muchacha. Ahora estaba agarrada a los barrotes de la jaula, cuando el barco penetró en una depresión del mar, subiendo y bajando como si fuera elevado a la cresta de la siguiente ola.

—El *Saigón* no parece gran cosa —intervino Janette Laon, que se había acercado a Tarzán—, pero creo que resistirá bien esta tormenta. Nos encontramos con una peor al salir. Claro que entonces estaba el capitán Larsen al mando, y míster De Groote era el primer oficial; tal vez la cosa sea un poco diferente con Schmidt al mando.

De pronto el barco se balanceó, ladeándose, y cayó en la depresión, escorando sobre las cabezas de los baos. Se oyó un grito de terror cuando un relámpago reveló que el coronel y su esposa habían sido arrojados pesadamente contra los barrotes de su jaula.

—¡Pobre tía Penelope! —exclamó la muchacha inglesa—. No soportará esto mucho más. —Fue al otro lado de la jaula junto a su tía—. ¿Te has hecho daño, tita? —preguntó.

—Me he roto todos los huesos del cuerpo —respondió *miss* Leigh —. Nunca aprobé esa boba expedición. A quién le importa saber qué es lo que vive en el fondo del océano; bueno, nunca habríamos conocido a ninguno de estos en Londres. Ahora hemos perdido el *Naiad* y de paso estamos a punto de perder nuestras vidas. Espero que tu tío esté satisfecho.

Patricia exhaló un suspiro de alivio, pues ahora sabía que su tía estaba bien. El coronel mantenía un discreto silencio; veinticinco años de experiencia le habían enseñado cuándo era mejor callar.

Pasó la larga noche, pero la tormenta no amainó. El *Saigón* aún navegaba delante de ella, reducida su velocidad a unos cinco nudos y recibiéndola por la popa. Una ola ocasional rompió en la popa, inundando las cubiertas, y casi sumergió a los que estaban encerrados en las jaulas, que solo podían agarrarse a los barrotes y esperar que no ocurriera lo peor.

Según su propia declaración, *miss* Leigh fue tragada por las olas tres veces.

—A partir de ahora, William —dijo—, deberías conformarte con *The Times*, las campañas de Napoleón y la Roma de Gibbons; en el momento en que lees alguna otra cosa pierdes la cabeza. Si no

hubieras leído esa *Aventura del Arcturus* de ese tal Beebe, sin duda en estos momentos estaríamos en casa, en Inglaterra, sanos y salvos. Solo porque él pescó un montón de espantosas criaturas equipadas con luces eléctricas, tú tenías que venir y probarlo; simplemente, no puedo entenderlo, William.

—No seas demasiado dura con el tío —intercedió Patricia—; podría haber encontrado algunos con agua del grifo fría y caliente y hacerse famoso.

—¡Bah! —resopló *miss* Leigh.

Aquel día nadie se acercó a las jaulas, y tampoco les dieron agua ni comida a los cautivos. Bajo la cubierta, los animales se encontraban en la misma situación, y sus quejas se elevaban y se oían por encima de la tormenta. Hasta bien entrada la tarde del tercer día no les llevaron comida, dos marineros chinos, y para entonces los cautivos estaban tan hambrientos que la engulleron con avidez, a pesar de que solo se trataba de una masa fría y revenida de galletas.

Miss Leigh se había sumido en un silencio absoluto; y tanto su sobrina como su esposo estaban preocupados, pues sabían que cuando Penelope Leigh no se quejaba era porque le ocurría algo extraordinariamente malo.

Hacia las nueve de la noche, el viento se paró de repente; la calma que siguió no presagiaba nada bueno.

—Hemos llegado al centro de la tormenta —dijo Janette Laon.

—Pronto volverá a ser horrible —añadió Tarzán.

—Ese idiota debería haber salido de la tormenta, no meterse en ella —repuso Janette.

Tarzán esperaba con paciencia, como un león ante un charco…, aguardando a que llegue su presa.

—Es mejor así —dijo a la muchacha.

—No lo entiendo —replicó ella—. No veo cómo podría ser peor.

—Espera —dijo él— y creo que después lo entenderás.

Aunque la mar aún estaba alta, el *Saigón* parecía ahora llevarles mejor, y después apareció Schmidt en cubierta y se acercó a las jaulas.

—¿Cómo está el ganado? —preguntó.

—Estas mujeres morirán si sigues dejándolas ahí, Schmidt —se quejó De Groote—. ¿Por qué no puedes otorgarles un camarote, o al

menos ponerlas abajo, donde estarían protegidas de la tormenta?

—Si oigo alguna queja más —dijo Schmidt—, os arrojaré a todos por la borda, con la jaula incluida. ¿Qué queréis? Tenéis transporte gratis, comida gratis y habitaciones privadas. Habéis recibido duchas gratis también durante los últimos tres días.

—Pero, hombre, mi esposa morirá si está expuesta al aire libre mucho más tiempo —intervino el coronel Leigh.

—Que se muera —replicó Schmidt—, necesito carne fresca para el hombre salvaje y los otros animales. —Dicha esta lindeza, Schmidt regresó al puente.

Miss Leigh sollozaba, y el coronel profería escabrosas maldiciones. Tarzán esperaba, y después ocurrió lo que estaba esperando; Asoka, el lascar, se acercaba para llevar a cabo la inspección, esta vez con retraso. Caminaba con aire arrogante, sintiendo la importancia de ser cuidador de los *sahibs* ingleses y sus señoras.

Las luces del barco aliviaron la oscuridad lo suficiente para poder discernir los objetos a cierta distancia, y Tarzán, cuyos ojos estaban entrenados por la costumbre de ver de noche, había reconocido de inmediato a Asoka en cuanto puso los pies en cubierta.

El hombre mono se quedó parado agarrando dos barrotes juntos de su jaula mientras Asoka pasaba manteniendo los brazos fuera del alcance del hombre salvaje. Janette Laon estaba al lado de Tarzán; percibía de forma intuitiva que algo importante estaba a punto de ocurrir.

Tenía la mirada fija en su compañero de jaula; vio que los músculos de sus hombros y de sus brazos se tensaban mientras aplicaba toda su tremenda fuerza a los barrotes de su jaula. Y luego vio que aquellos barrotes, poco a poco, se separaban y entonces vio a Tarzán de los Monos salir a través de ellos a la libertad.

Capítulo VIII

Asoka, el lascar, pasó con arrogancia por delante de la jaula de los Leigh, y cuando estuvo delante de la de los ingleses, unos dedos de acero se cerraron en torno a su garganta por detrás, y su arma le fue rápidamente arrebatada de la pistolera.

Janette Laon había observado con asombro la aparente facilidad con la que aquellos músculos hercúleos habían separado los barrotes. Tarzán había cogido desprevenido al lascar y le había desarmado; y entonces ella salió por la abertura detrás de él, con las pistolas que habían cogido a Schmidt y a Jabu Sing.

Asoka forcejeó e intentó gritar, hasta que una voz torva le susurró al oído:

—Calla o te mataré. —Entonces se sometió.

Tarzán miró atrás y vio a Janette Laon detrás de él. Luego cogió la llave de las jaulas, que colgaban del cuello de Asoka en un cordel, y se la entregó a la muchacha.

—Ven conmigo y ábreles —dijo, y rodeó la última jaula hasta las puertas, que estaban en el otro lado.

—Vosotros, los hombres, venid conmigo —dijo Tarzán en un susurro—; el coronel y las mujeres se quedarán aquí.

Cuando Tarzán llegó al otro lado de la jaula de los Leigh, *miss* Leigh, que había estado dormitando durante el balanceo provocado por la tormenta, despertó y le vio. Lanzó un gritito y exclamó:

—¡El hombre salvaje se ha escapado!

—Cállate, Penelope —gruñó el coronel—; va a sacarnos de esta maldita jaula.

—No te atrevas a maldecirme, William Cecil Hugh Percival Leigh —replicó Penelope.

—Silencio —gruñó Tarzán, y Penelope Leigh se quedó en

silencio, aterrada.

—Pueden salir —dijo Tarzán—, pero quédense cerca de las jaulas hasta que regresemos.

Entonces siguió a Janette a la jaula en la que estaban encerrados De Groote y Krause y esperó a que hubiera quitado el candado.

—De Groote puede salir —dijo Tarzán—; Krause se quedará. Asoka, tú entra aquí. —Se volvió a Janette—. Cierra con llave —dijo—. Dame una de las pistolas y quédate la otra; si alguno de estos dos intenta dar la voz de alarma, dispárale. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Disparé a Jabu Sing —le recordó ella.

Tarzán asintió y luego se volvió a los hombres que estaban a sus espaldas; entregó la pistola de Asoka a De Groote. Había estado examinando al otro hombre desde que habían subido a bordo, y ahora le dijo a Janette que le diera su segunda pistola a Tibbet, el segundo de a bordo del *Naiad*.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Tibbet —respondió el oficial.

—Tú vendrás conmigo. Nos haremos con el mando en el puente. De Groote conoce el barco. Él y los demás buscarán armas. Entretanto, coge cualquier cosa con la que puedas pelear, porque es posible que haya lucha.

El barco había atravesado el centro de la tormenta, y el viento aullaba con renovada violencia. El *Saigón* subía y bajaba violentamente mientras Tarzán y Tibbet ascendían por la escalerilla que conducía al puente, donde el lascar, Chand, se encontraba al timón y Schmidt hacía guardia. Dio la casualidad de que Schmidt se volvió precisamente cuando Tarzán entraba, y al verle hizo ademán de coger su pistola y al mismo tiempo avisó a gritos a Chand. Tarzán dio un salto hacia delante, veloz como *Ara*, el rayo, y golpeó la mano de Schmidt en el preciso momento en que este apretaba el gatillo. La bala se alojó en el techo, y un instante después Schmidt estaba desarmado. Entretanto, Tibbet había cubierto a Chand y le había desarmado.

—Coge el timón —dijo Tarzán—, y dame la otra pistola. Vigila detrás de ti y dispara a cualquiera que intente acercarse. Vosotros dos bajad a las jaulas —ordenó a Schmidt y a Chand.

Él les siguió por la escalerilla hasta la cubierta y les acompañó a

la jaula en la que estaban confinados Krause y Asoka.

—Abre, Janette —dijo—; tengo otros dos animales para nuestra colección de fieras.

—Esto es un motín —fanfarroneó Schmidt—, y cuando lleguemos a Berlín, te castigarán por ello.

—Entra ahí —ordenó Tarzán, y empujó a Schmidt con tanta violencia que cuando chocó con Krause ambos hombres cayeron al suelo.

Por encima del estrépito de la tormenta, oyeron un disparo procedente de abajo. Tarzán se precipitó en dirección al ruido. Mientras descendía la escalerilla, oyó otros dos disparos y voces de hombres que maldecían y gritaban de dolor.

Cuando llegó al lugar de la pelea, vio que sus hombres habían sido cogidos por detrás por lascares armados, pero daba la impresión de que se había producido más ruido que daño. Uno de los lascares estaba herido. Era el que estaba gritando. Pero aparte de esta única víctima, no parecía haber daños en ninguno de los dos bandos. Tres de los cuatro lascares permanecían en pie y disparaban como salvajes, de forma indiscriminada, cuando Tarzán apareció detrás de ellos con una arma en cada mano.

—Soltad las pistolas —dijo—, de lo contrario os mataré.

Los tres hombres se giraron en redondo, casi simultáneamente. Al ver las bocas de las dos pistolas de Tarzán, dos de los lascares soltaron las suyas, pero el tercero apuntó con calma y disparó. Tarzán disparó en el mismo instante. El lascar se llevó la mano al pecho y cayó de bruces.

El resto fue fácil. De Groote encontró las pistolas, los rifles y la munición que habían cogido del *Naiad* en el camarote de Schmidt y, al estar el resto del grupo desarmado, Oubanovitch y los restantes lascares no opusieron resistencia. Los chinos y los impresionados miembros de la tripulación del *Naiad* nunca se habían resistido, ya que estaban más que satisfechos de verse libres de tener que trabajar a las órdenes de semejante loco.

Tarzán, con el barco a salvo en sus manos, reunió a su grupo en el pequeño salón del barco. Penelope Leigh todavía le miraba con repugnancia mezclada con terror; para ella seguía siendo un hombre salvaje, un caníbal que se había comido al capitán y al sueco y, sin duda, tarde o temprano se los comería a todos. Los

demás, por el contrario, agradecían la fuerza, el valor y la inteligencia que les había liberado de tan peligrosa situación.

—Bolton —dijo Tarzán al capitán del *Naiad*—, tú tomarás el mando del barco; De Groote será tu primer oficial y Tibbet el segundo. De Groote me ha dicho que en el *Saigón* solo hay dos camarotes. El coronel y *miss* Leigh ocuparán el del capitán; las dos muchachas, el de los oficiales.

—Nos está dando órdenes —susurró Penelope Leigh a su esposo —. Deberías hacer algo al respecto, William; tú deberías estar al mando.

—No seas boba, tita —espetó Patricia Leigh-Burden en un susurro—; para este hombre no somos nada. Ha estado magnífico. ¡Si le hubieras visto separar esos barrotes como si fueran de plomo!

—No puedo evitarlo —dijo *miss* Leigh—; no estoy acostumbrada a recibir órdenes de un hombre salvaje que va desnudo; ¿por qué no le presta alguien unos pantalones?

—Vamos, vamos, Penelope —dijo el coronel—, si opinas así le prestaré los míos, ¡ja, ja! Entonces yo no llevaré nada, ¡ja, ja!

—No seas vulgar, William —le censuró *miss* Leigh.

Tarzán fue al puente y explicó a De Groote cómo lo había organizado.

—Me alegro de que no me pusieras a mí al mando —dijo el holandés—; no tengo suficiente experiencia. Bolton debe de ser un buen hombre. Estuvo en la Royal Navy. ¿Y Oubanovitch?

—He enviado a buscarle —respondió Tarzán—; debería estar aquí enseguida.

—Él está en contra de todo el mundo —dijo De Groote—; es un comunista redomado. Ahí viene.

Oubanovitch entró con gesto desgarbado, hosco y receloso.

—¿Qué hacéis aquí arriba? —preguntó—. ¿Dónde está Schmidt?

—Está donde tú estarás si no quieres seguir con nosotros —respondió Tarzán.

—¿Dónde está eso? —preguntó Oubanovitch.

—En una jaula con Krause y un par de lascares —respondió el hombre mono—. No sé si tú tuviste algo que ver con el motín o no, Oubanovitch, pero si quieres seguir como ingeniero, nadie te hará preguntas.

El ruso asintió con el entrecejo fruncido.

—De acuerdo —dijo—; no podéis ser peores que ese loco de Schmidt.

—El capitán Bolton está al mando. Preséntate a él y dile que eres el ingeniero. ¿Sabes qué se ha hecho del árabe? Hace varios días que no le veo.

—Siempre está en la sala de máquinas para estar caliente.

—Dile que venga a verme aquí en el puente y pídele al capitán Bolton que nos envíe un par de hombres.

Los dos hombres aguzaron la vista en la oscuridad que se extendía ante ellos. Vieron que la proa del barco penetraba en un gran mar en el que se balanceaba perezosamente.

—Cada vez es peor —observó De Groote.

—¿El barco puede aguantar mucho más? —preguntó Tarzán.

—Creo que sí —dijo De Groote—, mientras pueda mantenerlo por la parte de atrás, tendremos suficiente velocidad mínima para maniobrar.

Se oyó un disparo a sus espaldas, y el cristal de la ventana delante de ellos se hizo añicos. Ambos hombres se giraron en redondo y vieron a Abdullah Abu Néjm de pie en lo alto de la escalerilla con una humeante pistola en la mano.

Capítulo IX

El árabe volvió a disparar, pero el movimiento del barco arriba y abajo le estropeó la puntería y falló en el momento en que Tarzán se abalanzó sobre él.

El impacto del cuerpo del hombre mono hizo caer hacia atrás a Abdullah, que estaba en la escalerilla, y ambos hombres se estrellaron pesadamente en la cubierta, el árabe debajo: una masa inerte, aturdida.

Los dos marineros a los que el capitán Bolton había enviado al puente llegaron a cubierta justo a tiempo de ver lo que había ocurrido; ambos se acercaron corriendo, esperando encontrar un par de hombres inconscientes y llenos de fracturas, pero solo había uno en tal estado.

Tarzán se puso en pie de un salto, pero Abdullah Abu Néjm se quedó tendido donde había caído.

—Que uno de sus hombres vaya abajo y pida a *miss* Laon las llaves de las jaulas —ordenó Tarzán; luego cogió al árabe por los brazos y lo arrastró hasta la jaula en la que estaban recluidos Krause y Schmidt, y cuando llegó la llave, abrió la puerta y arrojó dentro al árabe. Si el hombre estaba vivo o muerto, Tarzán ni lo sabía ni le importaba.

La furia de la tormenta fue en aumento, y poco antes de que amaneciera el vapor cayó en la depresión del mar, escorando peligrosamente y quedándose así por un instante, como si estuviera a punto de volcar; luego escoraría hacia el otro lado y, durante otro espantoso instante, el fin pareció inevitable. El cambio en el movimiento del barco despertó a Tarzán los sentidos, y se encaminó hacia el puente, hazaña que no era demasiado difícil para un hombre que había sido criado en una selva por simios y saltado de

árbol en árbol más a menudo de lo que había caminado. Encontró a los dos marineros aferrados al timón y el capitán a un puntal.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—El timón no responde —dijo Bolton—. Si pudiéramos echar un ancla, tal vez tendríamos una probabilidad de resistir; pero en este mar eso es imposible. ¿Cómo demonios has subido hasta aquí, con el barco escorando de un lado a otro todo lo que puede?

—He trepado —respondió Tarzán.

Bolton gruñó algo como «sumamente extraordinario»; luego dijo:

—Me parece que está amainando; si el barco puede resistir, deberíamos poder salir de esta, aunque aun entonces nos encontraremos en un buen apuro, ya que si no he entendido mal a uno de estos hombres, ese tipo, Schmidt, destruyó la radio.

Como para demostrar lo que podría o no podría hacer, el *Saigón* se puso boca arriba hasta que las cubiertas estuvieron verticales… y se quedó así.

—¡Dios mío! —exclamó uno de los marineros—; ¡se pone en pie!

Pero no se puso en pie; se fue hacia atrás, pero esta vez no tanto. El viento era ahora racheado; la tormenta definitivamente se estaba extinguiendo.

Justo antes del amanecer, el capitán dijo:

—Escuchad, ¿oís eso?

—Sí —dijo Tarzán—. Hace rato ya que lo oigo.

—¿Sabes lo que es? —preguntó Bolton.

—Sí —respondió el hombre mono.

—Olas grandes —dijo Bolton—; es lo único que faltaba para acabar con nosotros de una vez por todas.

Poco a poco y de mala gana llegó el amanecer, como si hubiera estado reprimido por el mismo genio maligno que había dirigido todo el viaje del malhadado *Saigón*. Y en la dirección de sotavento los hombres que estaban en el puente vieron una isla volcánica, cubiertas sus montañas con follaje tropical, sus cimas ocultas entre nubes bajas. El mar iba a romper en un arrecife de coral situado a unos cuatrocientos kilómetros de la orilla, y hacia este arrecife se dirigía el *Saigón* a la deriva.

—En ese arrecife hay una brecha, a la derecha, allí —anunció Bolton—. Creo que podríamos bajar botes ahora y conseguir que la mayoría llegaran a la orilla.

—Tú eres el capitán —dijo Tarzán.

Bolton ordenó que todos los marineros acudieran a cubierta, y los hombres a sus puestos en los botes, pero varios lascares cogieron el primer bote y empezaron a bajarlo. De Groote se precipitó con la pistola a punto en un esfuerzo por detenerles; pero era demasiado tarde, ya que se habían alejado. Su primer instinto fue dispararles como ejemplo para los demás, pero en lugar de ello se volvió y separó a los restantes lascares, que estaban a punto de coger un segundo bote. Bolton y Tibbet se unieron a él apuntando con sus pistolas, y los lascares se echaron atrás.

—Disparad al primero que desobedezca una orden —dijo Bolton —. Ahora —prosiguió—, esperaremos a ver cómo le va a ese bote antes de bajar otro.

El *Saigón* iba a la deriva hacia el arrecife, mientras los pasajeros y la tripulación se alineaban junto a la barandilla observando a la tripulación del bote salvavidas que luchaba contra el violento mar en un esfuerzo por llegar hasta la brecha del arrecife.

—Si lo consiguen, será por los pelos —dijo el doctor Crouch.

—Y cuanto más a la deriva vaya el Saigón, más difícil será para los botes siguientes —añadió el coronel Leigh.

—Esos granujas jamás lo conseguirán —terció Algy—, y les estará bien empleado.

—Yo creo que sí lo conseguirán —dijo Patricia—. ¿Qué crees tú, Tarzán?

—Lo dudo —respondió el hombre mono—, y si no puede llegar utilizando todos los remos y sin pasajeros, los otros botes no tendrán la más mínima posibilidad.

—Pero ¿no vale la pena probarlo? —preguntó la muchacha—. Si el *Saigón* choca con ese arrecife estamos todos perdidos; en el bote al menos tendría la oportunidad de luchar.

—El viento y el mar están amainando —dijo Tarzán—, justo debajo del arrecife hay aguas tranquilas, y como el Saigón no zozobraría de inmediato, creo que tendríamos más probabilidades así que en los botes, que se desfondarían y se hundirían en cuanto chocaran contra el arrecife.

—Creo que tienes razón —coincidió Bolton—; pero en una emergencia como esta, en la que todas nuestras vidas están en juego, solo puedo hablar por mí; yo me quedaría en el barco, pero si

hay suficientes que deseen coger un bote para tripularlo como es debido, haré que desciendan el bote número cuatro. —Miró a los compañeros del barco que le rodeaban, pero todos los ojos estaban fijos en el bote que se dirigía hacia el arrecife y nadie parecía inclinado a arriesgarse.

—No van a conseguirlo —declaró Tibbet.

—No llegarán muy lejos —coincidió el doctor Crouch.

—¡Mirad! —exclamó Janette Laon—, ahora van a toda velocidad directamente hacia el arrecife.

—Esos granujas tienen más sentido común de lo que creía —gruñó el coronel Leigh—; ven que no pueden llegar a la brecha y ahora intentan montar una ola por encima del arrecife.

—Con suerte, puede que lo consigan —dijo Bolton.

—Necesitarán la suerte del irlandés —añadió Crouch.

—¡Allá van! —gritó Algy—. Mirad cómo reman esos malditos canallas.

—Han cogido la ola en el momento oportuno —dijo Tibbet—; la están surcando deprisa.

—¡Allá van! —gritó Janette.

El bote salvavidas se precipitaba hacia el arrecife justo por debajo de la cresta de una gran ola, empujando con furia los lascares para mantener su posición.

—¡Han pasado! —exclamó Patricia.

Pero no era así; la proa chocó con una protuberancia de coral y la fuerte ola elevó el bote y arrojó a los lascares a la laguna.

—Bueno, los hombres pasarán al otro lado aunque el bote no lo haya hecho —señaló Crouch.

—Espero que sepan nadar —dijo Janette.

—Pues yo espero que no sepan —gruñó el coronel.

Observaron a los hombres flotando en el agua durante uno o dos minutos, mientras empezaban a nadar hacia la orilla, y después Janette exclamó:

—¡Vaya!, se están poniendo de pie; ¡están caminando!

—No es de sorprender —dijo Bolton—; muchas de esas lagunas de coral son poco profundas.

Pero el viento y el mar se estaban calmando rápidamente y el *Saigón* iba a la deriva, aunque despacio, hacia el arrecife; sin embargo, no tardaría en zozobrar. El *Saigón*, mal equipado, disponía

de pocos salvavidas. Tres de ellos se entregaron a las mujeres, y los otros a miembros de la tripulación que dijeron no saber nadar.

—¿Qué probabilidades crees que tenemos, capitán? —preguntó el coronel Leigh.

—Si el agua nos lleva sobre el arrecife, podemos tener alguna probabilidad, si el barco se queda allí aunque solo sean unos minutos —añadió Bolton—, pero si se desfonda antes de quedarse allí, se hundirá en las aguas profundas en este lado del arrecife, y…, bueno…, supone usted lo mismo que yo, señor. Voy a tener que hacer desembarcar las balsas, descender los botes a cubierta y soltarlos… Y coger tanto material como pueda flotar y transportar gente —y ordenó a la tripulación de que llevaran a cabo estas tareas.

Mientras los hombres estaban ocupados con su trabajo, llegó un grito procedente del centro del barco:

—¡Eh, De Groote! —gritó Krause—; ¿vais a dejarnos aquí para que nos ahoguemos como ratas en una ratonera?

De Groote miró a Tarzán con aire interrogador, y el hombre mono se volvió a Janette.

—Dame la llave de las jaulas —dijo él, y cuando ella se la entregó, fue a la jaula en la que estaban encerrados Krause y los otros.

—Os dejaré salir —dijo—, pero procurad portaros bien; tengo más de una razón para mataros a todos vosotros, hombres blancos, y no necesitaré una gran excusa.

Abdullah era un árabe con aspecto enfermizo, y los tres hombres blancos tenían expresión hosca y fruncían el entrecejo cuando salieron de la jaula.

Cuando se acercaron a la barandilla, Bolton gritó:

—¡Quedaos junto a los botes y balsas; vamos a estrellarnos!

Capítulo X

Los que estaban en el barco permanecieron en tensa expectativa cuando una ola elevó el *Saigón* por encima de un torbellino de agua que se levantó sobre el arrecife.

Cuando el mar les dejó caer con un terrible impacto sobre las desiguales rocas de coral, el ruido de la madera que se astillaba y se trituraba anunció su muerte. El barco retrocedió como ebrio hacia las aguas profundas apartadas del acantilado. Más de un corazón se detuvo un instante en aquel tenso momento; si retrocedía hasta el mar se perderían muchos, y ahora no cabía duda de que estaba deslizándose.

—Percy —dijo *miss* Leigh al coronel (siempre le llamaba Percy cuando se sentía blanda)—, Percy, si a veces he sido pesada, espero que me perdones ahora que vamos a enfrentarnos con nuestro creador.

—¡Caray! —gruñó el coronel—. Todo es culpa mía; jamás debería haber leído esa historia de Beebe.

Cuando el Saigón se deslizó hacia atrás hasta el agua profunda, una ola que siguió, más grande que la que la había precedido, levantó el barco de nuevo y lo dejó caer pesadamente sobre el arrecife. Esta vez se quedó encallado con firmeza, y cuando la ola retrocedió, se quedó quieta, con la cubierta casi a ras del agua.

—Vaya —dijo Algy—, esto está bastante bien, ¿no? Como el arca de Noé: una puñetera vieja bañera llena de animales salvajes sentados secos y elevados en el monte Ararat.

Una sucesión de olas más pequeñas golpeó de nuevo el *Saigón* mientras los hombres trabajaban para colocar los botes y las balsas en la laguna; y entonces, otra gran ola rompió de lleno en el barco, pero este no se movió de donde estaba.

Los cabos amarrados al barco impedían que los botes y las balsas se alejaran, pero entonces surgió la cuestión de cómo bajarían hasta ellas las mujeres. El arrecife era estrecho, y el *Saigón* estaba a menos de un metro del lado de la costa. Un hombre atlético habría podido saltar desde la barandilla, saltar el arrecife y aterrizar en la laguna; pero *miss* Leigh no era precisamente un hombre atlético, y ella era el auténtico problema.

La mujer miró por encima de la barandilla del barco hacia las aguas, que aún eran violentas y saltaban hasta el otro lado del arrecife.

—Jamás podré bajar ahí, William —dijo—; ve tú. No te preocupes por mí; tal vez nos encontraremos en un mundo más feliz.

—¡Tonterías! —exclamó el coronel—. Te bajaremos de una manera u otra.

—Bajaré yo —propuso Tarzán—, y tú las haces bajar desde el pescante del barco. Me ocuparé de que llegue a salvo a una de las balsas.

—Jamás —dijo *miss* Leigh con énfasis.

Tarzán se volvió hacia el capitán Bolton.

—Espero que la descienda inmediatamente —dijo—, y nada de tonterías. Voy a bajar para ver la profundidad del agua en el interior del arrecife. Los que sepan nadar pueden saltar, Y les ayudaré a subir a uno de los botes o a una balsa.

Se subió a la barandilla, se quedó inmóvil un instante y luego saltó lejos y se zambulló en dirección a la laguna.

Todos los marineros se dirigieron hacia la barandilla para observarle. Le vieron zambullirse a poca profundidad y luego dar la vuelta y desaparecer bajo la superficie. Después su cabeza salió del agua y miró hacia arriba:

—Aquí es muy profundo —dijo.

Patricia Leigh se quitó el salvavidas, se subió a la barandilla y se zambulló. Cuando salió a la superficie, Tarzán estaba a su lado.

—No tengo que preguntarte si sabes nadar —dijo él.

Ella sonrió.

—Me quedaré aquí y te ayudaré con los demás —dijo.

Janette Laon fue la siguiente en saltar. Ella no se zambulló y simplemente saltó el arrecife.

Tarzán la había sujetado antes de que llegara a la superficie. Siguió sujetándola cuando sus cabezas estaban fuera del agua.

—¿Sabes nadar? —preguntó él.

—No —respondió ella.

—Eres una muchacha muy valiente —dijo, mientras la arrastraba hacia uno de los botes y la ayudaba a subir.

Para entonces habían preparado una silla de contramaestre y estaban descendiendo a una *miss* Leigh sumamente airada que protestaba desde el costado del barco. Cuando llegó a la superficie de la laguna, Tarzán la estaba esperando.

—Joven —le espetó—, sepa que, si me ocurre algo, le haré responsable de ello.

—Cállese —dijo Tarzán— y bájese de esa silla.

Probablemente en toda su vida Penelope Leigh jamás había oído a nadie que le hablara con auténtica autoridad; no solo la dejó sin aliento, sino que la intimidó. Bajó mansamente de la silla de contramaestre y saltó a los brazos de Tarzán. Este nadó con ella hasta una de las balsas y la ayudó a subir, pues subir a ellas era más fácil que a los botes salvavidas.

Tarzán volvió nadando al barco. La silla del contramaestre todavía colgaba, balanceándose sobre el agua. La cogió y trepó por la cuerda hasta la cubierta. Uno a uno los hombres fueron saltando y zambulléndose desde la barandilla cuando les detuvo.

—Quiero diez o doce voluntarios para un trabajo muy peligroso —dijo—; tienen que tener lo que los americanos llaman «agallas».

—¿Qué pretendes hacer? —preguntó Bolton.

—Ahora que todos los demás están a salvo en la orilla, voy a liberar a los animales —dijo el hombre mono— y hacer que lleguen al agua.

—Pero, amigo —exclamó el coronel Leigh—, muchos de ellos son peligrosas bestias de caza.

—Sus vidas son tan importantes para ellos como las nuestras para nosotros —replicó Tarzán—, y no voy a dejarlas aquí para que mueran de inanición.

—Está bien, está bien —dijo el coronel—, pero ¿por qué no las destruimos? Sería la forma más humanitaria.

—Nadie ha sugerido que matemos a tu esposa o a tus amigos —dijo Tarzán—, y no vamos a destruir a mis amigos.

—¿Tus amigos? —preguntó incrédulo el coronel.

—Sí, mis amigos —respondió el Señor de la Jungla—, o tal vez debería decir mi gente. Nací y crecí entre ellos; no vi un ser humano hasta que era mayor, ni vi a ningún hombre blanco hasta que tuve veinte años.

—¡Por Júpiter! —exclamó el coronel—, sin duda se trata de una proposición muy caballerosa; estoy contigo, joven.

De Groote, Bolton, Tibbet, Crouch, varios miembros de la tripulación del *Naiad* y varios chinos se ofrecieron voluntarios para ayudarle, así como los tres cuidadores indios, que habían sido contratados por Krause para cuidar de los animales.

Mientras los que no se habían ofrecido voluntarios para quedarse con él abandonaban el barco, Tarzán liberó a los orangutanes. Les habló en su propia lengua, y ellos se aferraron a él como niños asustados; luego llevó a sus hombres abajo, a la bodega de los animales, y abrió las grandes puertas dobles del costado del barco, a través de las cuales habían sido cargados los animales más grandes.

Había tres elefantes indios, y los liberó primero, ya que eran dóciles y estaban bien entrenados. Hizo que uno de los mahuts indios montara al mejor de ellos y le pidió que lo condujera a la laguna en el momento en que una ola cubriera el arrecife. Hubo una breve batalla con el animal antes de poder ser obligado a sumergirse; pero una vez estuvo nadando, fue relativamente fácil hacer que los otros dos elefantes le siguieran, y después fueron liberados los elefantes africanos. Estas eran bestias salvajes y mucho más peligrosas y difíciles, pero una vez su jefe vio que los elefantes indios se alejaban nadando, se metió en la laguna y siguió, y sus compañeros fueron detrás de él.

Las jaulas de los leones y los tigres fueron arrastradas una a una hasta la puerta, les abrieron las puertas y las inclinaron un poco para que las bestias salieran. Los animales inferiores desembarcaron del mismo modo.

Fue una tarea larga y ardua, pero por fin se terminó, y solo quedaban las serpientes.

—¿Qué vas a hacer con ellas? —preguntó Bolton.

—*Histah*, la serpiente, siempre ha sido mi enemiga —respondió Tarzán—; a ella la destruiremos.

Se quedaron en el umbral de la puerta del barco observando a las bestias que se dirigían hacia la orilla, desde la cual los botes y balsas vacías estaban ya regresando al barco siguiendo las instrucciones de Bolton.

Junto a la línea de la costa había una playa estrecha, y más allá una densa jungla que ascendía gradualmente hasta el pie de las montañas volcánicas, cubiertas de verde, que formaban un fondo adecuado para el salvaje y desolado escenario.

El grupo que llegó a tierra se acurrucó en la playa mientras las criaturas salvajes nadaban o caminaban por el agua hacia la orilla. Pero los animales penetraron en la jungla en cuanto salieron del agua. Un solo elefante se volvió y barritó, y un león rugió, ya fuera como desafío, ya fuera como agradecimiento, ¿quién puede saberlo? Y después, la espesura de la jungla los devoró y emprendieron una nueva vida en un mundo extraño.

La mayor parte de los marineros habían regresado al barco con las balsas y botes, y pasaron el resto del día transportando las provisiones del barco a la playa.

Trabajaron durante dos días, despojando el barco de todo lo que pudiera darles algo de comodidad o les fuera conveniente, y mientras la mita de los hombres trabajaban en esto, la otra mitad abrió un claro en la jungla, para montar un campamento permanente. Habían elegido este lugar porque por él discurría un pequeño riachuelo de agua fresca.

La tarde del tercer día, cuando el trabajo casi estaba terminado, un grupito de apenas una docena de hombres contempló el campamento desde la cima del acantilado que bordeaba la playa situada al sur. Ocultos por la vegetación que allí había, observaron a los primeros extranjeros que habían llegado a su isla desde hacía muchísimos años.

Capítulo XI

Los hombres que observaban a los náufragos del *Saigón* eran guerreros. Llevaban cinturones que les pasaban por entre las piernas, cuyos extremos colgaban por la espalda, y tenían complicados bordados con hilos de colores o mosaico de plumas; se cubrían los hombros con una capa cuadrada y calzaban sandalias de piel de animal. Sus cabezas estaban adornadas con tocados de plumas y uno de entre ellos llevaba un mosaico de plumas; los adornos de su vestimenta eran de jade y su cinturón y sandalias llevaban incrustaciones de jade y oro, así como sus brazales y perneras; en la nariz lucían un adorno tallado, que pasaba por un agujero hecho en el septo nasal; asimismo, eran de jade los aros de las orejas y el labio. Todos los adornos de aquel hombre eran más espléndidos que los de sus compañeros, porque Xatl Din era un noble.

Todos llevaban el rostro moreno tatuado, pero el tatuaje de Xatl Din era con mucho el más elaborado. Iban armados con arcos y flechas, y cada uno llevaba dos carcajs; asimismo, cada uno portaba una lanza y una honda para lanzar piedras. Además de estas armas, cada guerrero llevaba una larga espada hecha de recia madera, en cuyos lados estaban incrustadas hojas de obsidiana. Como protección llevaban escudos de madera cubiertos con pieles de animales. Observaron a los extranjeros durante un rato y después se alejaron, fundiéndose en la jungla.

Habían llevado a la orilla las cartas marinas y los instrumentos del barco, y a mediodía el capitán Bolton había intentado calcular su posición; pero cuando lo hubo hecho y hubo consultado la carta marina, descubrió que no había tierra en centenares de kilómetros a la redonda.

—Debo de haberme equivocado en mis cálculos —dijo a De Groote; así que lo verificaron y volvieron a verificar, pero el resultado siempre era el mismo: se hallaban en algún lugar en medio del Pacífico sur, a centenares de kilómetros de tierra.

—No puede ser posible que exista una isla sin descubrir —dijo Bolton— y sin que ni siquiera esté señalada en el mapa en ningún lugar del mundo.

—Yo habría dicho lo mismo —coincidió De Groote—, hasta ahora; sus cálculos son absolutamente correctos, señor, y nos encontramos en una isla desconocida.

—Con las mismas probabilidades de que nos rescaten —dijo Bolton— que tendríamos si estuviéramos en la luna. Si ningún barco ha llegado aquí desde la época de Vasco da Gama, es de suponer que no llegará ningún barco en toda nuestra vida.

—Si ningún barco ha llegado aquí en cuatrocientos años —dijo De Groote—, nuestras probabilidades realmente son excelentes, pues tiene que haber una primera vez que se conozca; y la ley de las probabilidades de que esta isla siga sin ser descubierta está a punto de extinguirse.

—Quiere decir que los estatutos de las prescripciones obrarán en nuestro favor —dijo Bolton riendo—. Bueno, espero que tenga razón.

Tarzán había trabajado con los otros. Habían erigido conforta bles refugios para el coronel y su esposa y para las dos muchachas.

Entonces, Tarzán convocó a todo el grupo:

—Os he llamado a todos —dijo— para deciros que formaremos dos campamentos. No quiero tener a Abdullah, Krause, Schmidt, Oubanovitch o a los lascares en este campamento. Ellos son los causantes de todo el problema. Por su culpa somos náufragos en una isla desconocida, en la que, según el capitán Bolton, podemos tener que pasar el resto de nuestra vida. Si les permitimos que se queden en nuestro campamento, volverán a causar problemas; conozco el tipo de hombres que son. —Se volvió a Krause—. Te llevarás a tu grupo al norte, al menos a dos largas marchas, y ninguno de vosotros se acercará a menos de dieciséis kilómetros de este campamento. Al que lo haga, lo mataré. Eso es todo. Marchaos.

—Nos iremos, de acuerdo —dijo Oubanovitch—, pero nos llevaremos nuestra parte de las provisiones, armas y munición.

—Os llevaréis vuestra vida y nada más —replicó Tarzán.

—No pretenderá enviarles a que se adentren en esta extraña jungla sin comida ni armas —protestó el coronel.

—Eso es exactamente lo que pretendo hacer —dijo Tarzán—, y tienen suerte de que no sea peor.

—No puedes hacernos esto —gritó Oubanovitch—, no puedes quedarte con un montón de sucios capitalistas opulentos y machacar a los pobres obreros. Conozco a los de tu clase, un adulador que espera ganarse el favor de los ricos y los poderosos.

—¡Dios mío! —exclamó Algy—, ese canalla está dando un discurso.

—Como si esto fuera Hyde Park… —dijo Patricia.

—Eso es —gritó Oubanovitch—; la perspicaz burguesía ridiculizando al honesto trabajador.

—Largaos —gruñó Tarzán.

Abdullah tiró de la manga de Oubanovitch.

—Será mejor que nos vayamos —susurró—; conozco a ese tipo; es un diablo, no dudaría en matarnos.

Los otros echaron a andar hacia el norte y arrastraron a Oubanovitch con ellos; pero este se volvió y aún gritó:

—Me marcho, pero volveré cuando los pobres esclavos que trabajan para vosotros se den cuenta de que ellos deberían ser los amos, y no vosotros.

—¡Bien! —exclamó Penelope Leigh—, me alegro de que se hayan ido; ya es algo, por lo menos. —Y lanzó una mirada significativa a Tarzán.

En la jungla que rodeaba el campamento crecían en abundancia cocoteros y bananos, y había árboles del fruto del pan y tubérculos comestibles, así como algunos árboles de la papaya, mientras que en la laguna abundaba el pescado; de modo que no era muy probable que murieran de hambre, pero Tarzán ardía en deseos de comer carne.

Cuando el campamento estuvo terminado, se puso a trabajar para hacer las armas de caza que más le gustaba utilizar. Su arco, flechas y carcaj tuvo que hacérselos él mismo; pero entre las provisiones del barco encontró un cuchillo adecuado y una cuerda, y convirtió un arpón en una lanza. Esto último era un reconocimiento tácito de la presencia de los grandes carnívoros que

había soltado en la isla. Y entonces, una mañana, Tarzán desapareció del campamento antes de que los demás despertaran. Siguió el curso del riachuelo que discurría desde las colinas cubiertas de vegetación, pero, para evitar la maraña de maleza, se subió a un árbol y avanzó a través de ellos.

Tarzán había salido del campamento antes de que los demás despertaran, o eso es lo que él creía, pero después advirtió que le estaban siguiendo y miró atrás: vio a los dos orangutanes avanzando por los árboles detrás de él.

—Tarzán caza —dijo en la lengua de los grandes simios, cuando le hubieron alcanzado—; no hagáis ruido.

—Tarzán caza, mangani no hacen ruido —le aseguró uno de ellos.

Y así, los tres fueron avanzando a través de los árboles de la silenciosa jungla.

En las laderas inferiores de las montañas, Tarzán encontró a los elefantes comiendo brotes tiernos. Les habló y ellos le saludaron con un gruñido. No tenían miedo, y no se apartaron. Tarzán pensó que tenía que saber hasta qué punto podían llegar a ser amistosos, y para ello saltó cerca de un gran macho africano y le habló en la lengua que había utilizado toda su vida para conversar con su amado *Tantor*.

En realidad no es un lenguaje, y no sé cómo llamarlo, pero utilizándolo Tarzán pudo transmitir sus sentimientos más que sus deseos a las grandes bestias que habían sido sus compañeros de juegos desde su infancia.

—Tantor —dijo, y puso una mano sobre el hombro de la gran bestia. El enorme macho se balanceó hacia delante y hacia atrás, y tocó al hombre mono con su trompa, un toque interrogador, inquisitivo; y, mientras Tarzán le hablaba con suavidad, el toque se convirtió en una caricia. Y entonces el hombre mono dio la vuelta a la gran bestia por delante y le puso una mano sobre la trompa y dijo:

—*¡Nala!* La trompa le pasó suavemente por el cuerpo y Tarzán repitió: —*¡Nala! ¡Tantor. Nala!* Y entonces el elefante le rodeó con la trompa y lo levantó en el aire.

—*¡B'yat, Tantor!* —ordenó Tarzán—. *¡Tand b'yat!* El macho bajó a Tarzán sobre su cabeza.

—*¡Vando!* —dijo Tarzán, y rascó a la gran bestia detrás de las orejas.

Los otros elefantes siguieron alimentándose, sin prestar mayor atención al hombre mono, pero los orangutanes permanecían sentados en un árbol cercano y riñeron, pues Tantor les producía mucho miedo.

Tarzán decidió hacer un experimento, y saltó del lomo del elefante a un árbol cercano y se alejó un poco, adentrándose en la jungla; entonces gritó:

—*¡Yud, Tantor, yud b'yat!*

A través de la jungla y la maleza, llegó la respuesta en forma de retumbo procedente de la garganta del macho. Tarzán escuchó; oyó el ruido de ramitas que se rompían y de maleza que se aplastaba, y después la gran mole de Tantor se cernió sobre él.

—*Vando, Tantor* —dijo Tarzán, y se alejó por los árboles, para gran alivio de los orangutanes, que habían observado con disgusto toda la escena.

La montaña que ahora se alzaba ante ellos estaba cortada a pico, y con frecuencia había lugares a los que solo Tarzán o sus amigos simios podían acceder. Al fin llegaron a un saliente que discurría hacia el sur. Sin embargo, se alejaba del riachuelo desde el que Tarzán había partido, al pie de una cascada que se derramaba sobre un acantilado cuyas paredes resbaladizas solo podían ser salvadas por una mosca o un lagarto pero por pocos seres más.

Siguieron el saliente que rodeaba un lomo de la montaña y salieron a una gran colina baja con un denso bosque. A Tarzán le pareció un buen terreno de caza y aquí volvió a subirse a los árboles.

Después, *Usha*, el viento, llevó hasta su olfato un olor conocido: el olor de *Horta*, el verraco. Allí había carne, y al instante Tarzán se convirtió en la bestia salvaje acechando su presa.

Sin embargo, no había ido muy lejos cuando otros dos olores impregnaron su sensible olfato: el rastro de olor de *Numa*, el león, y, mezclado con este, el del hombre.

Estos dos rastros de olor podían mezclarse, pero solo por una de dos razones: o el hombre estaba cazando el león, o el león estaba cazando al hombre. Y cuando Tarzán captó el olor de un solo hombre, supuso que el león era el cazador, y por eso atravesó los

árboles en la dirección de la que procedía el olor.

Capítulo XII

Thak Chan no cazaba ningún león. Era imposible que intentara siquiera cazar ningún león, pues jamás había visto u oído uno en toda su vida; tampoco lo habían hecho ninguno de sus antepasados en todo el tiempo del que se tenía constancia. Mucho tiempo atrás, antes de que Chac Tutul Xiu hubiera emigrado de Yucatán, el pueblo de Thak Chan había conocido el jaguar, y su recuerdo les había acompañado a través de las grandes aguas hasta esta distante isla y preservado en duradera piedra en los templos y en las estelas que habían construido allí. Thak Chan era un cazador de la ciudad de Chichén Itzá, que Chac Tutul Xiu había fundado en esta isla que había encontrado y llamado Uxal en recuerdo a la ciudad en la que él había nacido.

Thak Chan estaba cazando el jabalí, el cual, si se le excitaba, podía ser tan peligroso como *Numa*, el león; pero, hasta ahora, Thak Chan no había tenido suerte.

Thak Chan entró en un pequeño claro natural del bosque, y cuando lo hizo le llamó la atención y sorprendió un amenazador gruñido procedente del lado opuesto. Frente a él se encontraba el rostro de la bestia más aterradora que jamás hubiera visto.

El gran león avanzó lentamente en el calor, y Thak Chan dio media vuelta y huyó. El espantoso rugido que le seguía casi le paralizaba de terror mientras corría como un diablo a través de los conocidos laberintos del bosque, mientras cerca, detrás de él, el hambriento león corría con grandes zancadas persiguiendo a su presa. No podía haber esperanza alguna para Thak Chan en esa desigual carrera aunque hubiera permanecido en pie, pero cuando tropezó y se cayó aceptó con resignación que aquello era el fin. Se volvió para mirar a aquella desconocida y temible criatura; pero no

sé levantó, y, sentado en el suelo, aguardó el ataque con la lanza preparada.

El león apareció entonces de un recodo del sendero de la jungla. Sus ojos verde amarillentos eran redondos y le miraban fijamente. Para Thak Chan era como si ardieran con fuego de furia. La bestia mostró los grandes colmillos amarillos con un rugido tan malvado que Thak Chan se puso a temblar de nuevo. El león no atacó; se limitó a acercarse trotando hacia su presa, pues solo se trataba de un enclenque hombre-bestia; no era un antagonista que valiera la pena para el Rey de las Bestias.

Thak Chan rogó a dioses extraños cuando vio acercarse la muerte; y entonces, como si fuera una respuesta a sus plegarias, ocurrió algo asombroso: un hombre desnudo, un gigante para Thak Cha, saltó desde un árbol al camino sobre el lomo de aquella bestia salvaje para la que Thak Chan ni siquiera tenía nombre. Un poderoso brazo rodeó el cuello de la bestia, y sus fuertes piernas envolvieron la zona lumbar de su cuerpo. La bestia se levantó sobre sus dos patas traseras rugiendo de un modo horrible, e intentó alcanzar a la cosa que tenía en la espalda con los colmillos y con las garras. Saltó en el aire, retorciéndose y dando vueltas; se arrojó al suelo y rodó sobre sí mismo en un esfuerzo frenético por liberarse; pero la silenciosa criatura se aferraba a la bestia con tenacidad, y con su mano libre clavó un largo cuchillo una y otra vez en el ambarino costado del animal, hasta que, con un estrepitoso rugido final, la bestia cayó de lado, tuvo unas convulsiones por unos instantes y se quedó inmóvil.

Thak Chan había observado esta asombrosa batalla con sentimientos mezclados de terror y esperanza, medio convencido de que en verdad era un dios que había acudido a salvarle, pero casi era tan temible aquel dios como la bestia.

Cuando la gran bestia murió, Thak Chan vio al hombre, o al dios, o a lo que fuera, ponerse en pie y poner uno de ellos sobre el cuerpo de su presa, y entonces elevó su rostro al cielo y lanzó un largo grito tan aterrador que Thak Chan se estremeció y se tapó los oídos con las manos.

Por primera vez desde que había surgido del lecho del océano, la isla de Uxmal oyó el grito de victoria de un primate macho que había matado a su presa.

Capítulo XIII

Thak Chan conocía a muchos dioses, y trató de identificar a este. Los conocía como los poderosos, los capitanes que van antes y los viejos. Estaba Huitz-Hok, Señor de las Colinas y los Valles; Che, Señor del Bosque; e innumerables dioses terrenales; después estaban, por supuesto, Itzamma, que gobernaba el cielo, hijo de Hunab Kuh, el primer dios, y Hun Ahau, dios del submundo, Metnal, un lugar frío, húmedo y lúgubre bajo tierra, adonde iban a parar las masas del pueblo y los que llevaban una mala vida; y también estaba Aychuykak, dios de la guerra, al que siempre se llevaban a la batalla cuatro capitanes en una litera especial.

Tal vez este era Che, Señor del Bosque, y por eso Thak Chan decidió dirigirse a él así, y como era educado, le dio las gracias por salvarle de la extraña bestia. Sin embargo, cuando Che respondió, lo hizo en una lengua que Thak Chan jamás había oído y que pensó que quizás era la lengua de los dioses.

Tarzán miró al extraño hombrecillo moreno que hablaba ese asombroso lenguaje que él no podía entender; entonces dijo:

—*Dako-zan* —que en el lenguaje de los grandes simios significa «comida»; pero Thak Chan se limitó a menear la cabeza y se disculpó por ser tan estúpido.

Al ver que por aquel camino no iba a ninguna parte, Tarzán cogió una flecha de su carcaj y con la punta dibujó a *Horta*, el verraco, en la tierra bien apretada del sendero; entonces puso la flecha en su arco y dirigió la flecha hacia el dibujo, detrás del hombro izquierdo.

Thak Chan sonrió e hizo gestos de asentimiento con gran excitación; entonces hizo señas a Tarzán de que le siguiera. A medida que se alejaba por el sendero, se atrevió a levantar la

mirada y vio a los dos orangutanes posados en un árbol y mirándole. Esto fue demasiado para la mente simple de Thak Chan; primero la extraña y horrible bestia, después un dios, y ahora esas dos espantosas criaturas. Temblando, Thak Chan puso un flecha en su arco, pero cuando apuntó a los simios. Tarzán le arrebató el arma y llamó a los orangutanes, que bajaron y se quedaron a su lado.

Thak Chan estaba ahora convencido de que estos también eran dioses y estaba bastante sobrecogido por la idea de que estaba asociándose con tres de ellos. Quería darse prisa en regresar a Chichén Itzá y contar a todo el mundo los milagrosos sucesos del día, pero luego se le ocurrió que nadie le creería y que podría despertar la ira de los sacerdotes. También recordó que por mucho menos que eso se habían elegido hombres como víctimas de los ritos de sacrificio en el templo.

Tenía que haber alguna manera. Thak Chan pensó y pensó mientras conducía a Tarzán de los Monos a través del bosque en busca del jabalí; y al fin se le ocurrió un magnífico plan: llevaría a los tres dioses a Chichén Itzá para que todos los hombres pudieran ver por sí mismos que Thak Chan no mentía.

Tarzán creía que era conducido en busca de *Horta*, el verraco; y cuando una curva en el sendero les llevó al linde de la jungla y vio una ciudad asombrosa, se quedó tan sorprendido como Thak Chan se había quedado cuando se dio cuenta de que sus tres compañeros eran dioses. Tarzán vio que la parte central de la ciudad estaba construida sobre un montículo en cuya cima se elevaba una pirámide coronada por lo que parecía ser un templo. La pirámide estaba construida con bloques de lava que formaban empinados escalones que llevaban hasta la cumbre. Rodeaban la pirámide otros edificios que ocultaban su base a la vista de Tarzán; y en torno a toda esta parte central de la ciudad se hallaba una muralla, horadada de vez en cuando por puertas. Extramuros había endebles moradas de techo de paja, sin duda las viviendas de los habitantes más pobres de la ciudad.

—Chichén Itzá —dijo Thak Chan, señalando y haciendo señas a Tarzán de que le siguiera.

Con el recelo natural de la bestia salvaje que casi era inherente en él, el hombre mono vaciló. No le gustaban las ciudades, y

siempre había recelado de los extranjeros, pero después la curiosidad se impuso a su criterio y siguió a Thak Chan hacia la ciudad. Pasaron junto a hombres y mujeres que trabajaban en campos donde se cultivaba maíz, alubias y tubérculos: un monumento a la perspicacia de Chac Tutul Xiu, quien, más de cuatrocientos años antes, había tenido la previsión de traerse semillas y bulbos desde Yucatán.

Los hombres y las mujeres que estaban en los campos levantaban la mirada atónitos cuando veían a los compañeros de Thak Chan, pero aún se quedaron más atónitos cuando Thak Chan anunció con orgullo que eran Che, Señor del Bosque, y dos dioses de la tierra.

Para entonces, sin embargo, los nervios de los dos dioses de la tierra habían soportado ya todo lo que podían resistir; y estas deidades se volvieron y salieron corriendo hacia la jungla, avanzando pesadamente en la postura medio encorvada de los grandes simios. Thak Chan les llamó suplicante, pero de nada sirvió, y un momento después les vio subirse a los árboles y desaparecer.

Los guerreros que protegían las puertas a las que se estaban acercando estaban muy interesados y no poco excitados. Habían hecho venir a un oficial, y este esperaba a Thak Chan y a su compañero cuando llegaron a la puerta. El oficial era Xatl Din, que había estado al mando del grupo de guerreros que descubrió a los náufragos en la playa.

—¿Quién eres? —preguntó—, ¿y a quién traes a Chichén Itzá?

—Soy Thak Chan, el cazador —respondió el compañero de Tarzán—, y este es Che, Señor del Bosque, que me ha salvado de una terrible bestia que a punto estuvo de devorarme. Los dos que se han ido corriendo eran dioses terrenales. El pueblo de Chichén Itzá debe de haberles ofendido o habrían entrado en la ciudad. Xatl Din nunca había visto a ningún dios, pero se dio cuenta enseguida de que había algo impresionante en aquel extranjero semidesnudo que era muchísimo más alto que él y sus compañeros, pues la altura de Tarzán quedaba acentuada por el hecho de que los mayas son gente de baja estatura; y en comparación con ellos, tenía todo el aspecto de ser un dios. Sin embargo, Xatl Din no estaba completamente convencido, pues había visto extraños en la playa y adivinaba que este podría ser uno de ellos.

—¿Quién eres tú que vienes a Chichén Itzá? —preguntó a Tarzán—. Si en verdad eres Che, Señor del Bosque, dame alguna prueba de ello, para que Cit Coh Xiu, el rey, y Chal Yip Xiu, el ah kin mai, puedan prepararse para darte la bienvenida como es debido.

—Che, Señor del Bosque, no entiende nuestra lengua, la más noble —interpuso Thak Cha—; solo comprende el lenguaje de los dioses.

—Los dioses pueden entender todas las lenguas —dijo Xatl Din.

—Debería haber dicho que no se rebaja a hablarlo —se corrigió Thak Chan—. Indudablemente, entiende lodo lo que decimos, pero no sería propio de un dios hablar la lengua de los mortales.

—Sabes mucho para ser un simple cazador —dijo Xatl Din receloso.

—Los que hacen amistad con los dioses deben ser muy sabios —replicó Thak Chan con arrogancia.

Thak Chan se había ido sintiendo cada vez más importante a medida que se desarrollaba la conversación. Hasta entonces, nunca había tenido una conversación prolongada con un noble; en realidad, raras veces decía algo más que: «Sí, noble señor», o «No, noble señor». La seguridad en sí mismo de Thak Chan y el impresionante aspecto del extranjero resultaron al fin demasiado para Xatl Din, y les dejó entrar en la ciudad, acompañándoles él mismo hacia el templo que formaba parte del palacio del rey.

Allí había guerreros, sacerdotes y nobles espléndidos con plumas y jade; y a uno de los nobles que también era sacerdote Xatl Din repitió la historia que Thak Chan le había contado.

Tarzán, que se encontraba rodeado de hombres armados, volvió a recelar, preguntándose si había sido prudente entrar en aquella ciudad, que bien podría resultar una trampa de la que tal vez le costara mucho escapar.

Un noble había ido a informar a Chal Yip Xiu, el sumo sacerdote, de que alguien que afirmaba ser Che, Señor del Bosque, acudía a visitarle a su templo.

Igual que la mayoría de sumos sacerdotes, Chal Yip Xiu era un poquito escéptico respecto a la existencia de los dioses; estos estaban muy bien para la gente común, pero un sumo sacerdote no los necesitaba. En realidad, él mismo se consideraba la

personificación de todos los dioses, y su poder en Chichén Itzá prestaba color a su creencia.

—Ve a buscar al cazador y a su compañero —ordenó al noble que le había traído el mensaje.

Poco después, Tarzán de los Monos llegó con grandes pasos ante Chal Yip Xiu, el sumo sacerdote de Chichén Itzá. y con él iban Thak Cha, el cazador, y Xatl Din, el noble, con varios de sus compañeros y una veintena de guerreros y sacerdotes menores.

Cuando Chal Yip Xiu vio al extranjero, quedó impresionado; y, para mantenerse a salvo, se dirigió a él con respeto; pero cuando Xatl Din le dijo que el dios se negaba a hablar la lengua de los mortales, el sumo sacerdote desconfió.

—Informaste de la presencia de extranjeros en la playa —dijo a Xatl Din—; ¿no podría ser este uno de ellos?

—Podría serlo, hombre sagrado —respondió el noble.

—Si es un dios —dijo Chal Yip Xiu—. entonces los otros deben de ser todos dioses. Pero tú me dijiste que su barco había zozobrado y que ellos habían sido arrojados a la orilla.

—Así es, hombre sagrado —respondió Xatl Din.

—Entonces, no son más que mortales —concluyó el sumo sacerdote—, pues los dioses habrían controlado los vientos y las olas, y su barco no habría naufragado.

—Eso también es cierto, el más sabio de los hombres —coincidió Xatl Din.

—Luego este hombre no es ningún dios —declaró Chal Yip Xiu —, pero servirá como excelente sacrificio para los verdaderos dioses. Lleváoslo.

Capítulo XIV

Ante este giro inesperado de los acontecimientos, Thak Chan se quedó tan consternado y perplejo que, aun cuando no era más que un pobre cazador, se atrevió a alzar la voz para protestar ante Chal Yip Xiu, el ah kin mai.

—Pero, el más sagrado de los hombres —dijo—, deberías haber visto las cosas que ha hecho. Deberías haber visto la gran bestia que estaba a punto de devorarme y cómo él ha saltado sobre su lomo y la ha matado; nadie más que un dios habría podido llevar a cabo semejante acción. Si hubieras visto esto y los dos dioses terrenales que le acompañaban, sabrías que en verdad ha de ser Che, Señor del Bosque.

—¿Quién eres tú? —preguntó Chal Yip Xiu con una voz terrible.

—Soy Thak Chan, el cazador —respondió mansamente el ahora asustado hombre.

—Entonces, limítate a cazar, Thak Chan —le advirtió Chal Yip Xiu—, o acabarás en el bloque de los sacrificios o en las aguas del pozo sagrado. Vete.

Thak Chan se marchó; se escabulló como un perro con el rabo entre las patas.

Sin embargo, cuando los guerreros pusieron las manos sobre Tarzán, eso fue harina de otro costal. Aunque no había entendido las palabras de Chal Yip Xiu, había colegido por el tono y la conducta del hombre de que no todo iba bien, y cuando vio a Thak Chan escabullirse, se convenció doblemente de ello; y entonces los guerreros le rodearon y le pusieron las manos encima.

El sumo sacerdote le había recibido en una columnata sobre un lado de un peristilo, y la aguzada vista de Tarzán enseguida había visto toda la escena inmediatamente posterior a ser llevado ante la

presencia del sumo sacerdote. Había visto el jardín que había detrás de la hilera de columnas y los edificios bajos más allá del peristilo. Lo que había inmediatamente después de estos edificios no lo sabía, pero sabía que la muralla de la ciudad no quedaba lejos, y detrás de la muralla y los campos estaba la jungla.

Se deshizo de las manos de los guerreros sacudiéndose y dio un salto hasta la plataforma baja donde estaba sentado Chal Yip Xiu; y, apartando de un golpe al sumo sacerdote, saltó al jardín, cruzó el peristilo a todo correr y trepó por la pared del edificio que había detrás.

Los guerreros le persiguieron por el peristilo con imprecaciones, pero también con flechas y piedras que le lanzaban con las hondas que llevaban; sin embargo, solo le alcanzaron las imprecaciones, y estas eran inofensivas.

Cruzó el tejado del edificio y saltó a la calle que había detrás. En la calle había gente, pero se apartaban con terror a medida que aquel bronceado gigante les apartaba y corría hacia la muralla de la ciudad. Al final de esa calle había una puerta, pero no era la puerta por la que habían entrado en la ciudad, y los soldados allí estacionados no sabían nada de él; para ellos no era más que un extranjero semidesnudo, evidentemente un hombre de extraña raza, y por lo tanto un enemigo que no tenía nada que hacer en el interior de las murallas de Chichén Itzá; de modo que intentaron cortarle el paso y arrestarle, pero Tarzán agarró a uno de ellos y, sujetándole por los tobillos, lo utilizó como molinete para abrirse paso a través de los otros guerreros y franquear la puerta.

Al fin era libre, pero nunca había tenido ninguna duda de que sería libre, pues miraba con desprecio a aquellos hombrecillos armados de forma primitiva. ¡Cómo podían esperar retener a Tarzán, Señor de la Jungla! En aquel preciso instante, una piedra procedente de una de las hondas impactó en la parte posterior de su cabeza; y él cayó de bruces, inconsciente.

Cuando Tarzán recobró el conocimiento, se encontró en una jaula de madera en una habitación apenas iluminada por una sola ventana. Las paredes de la habitación eran bloques de lava encajados y bellamente adornados. La ventana tenía unos sesenta centímetros cuadrados y estaba cerca del techo; también había en la habitación una puerta de robusta madera, que Tarzán supuso

cerrada con un cerrojo por fuera. No podía deducir qué destino le aguardaba, pero imaginaba que sería de lo más desagradable, pues el rostro de Chal Yip Xiu era cruel, sin duda, como los rostros de muchos sacerdotes y nobles.

Tarzán probó los barrotes de su jaula de madera y sonrió. Sabía que podría salir de allí cuando le viniera en gana, pero salir de la habitación sería otra cosa; la ventana habría s ido lo bastante grande para salir, pero tenía dos barrotes de piedra; y la puerta parecía muy resistente.

La pared trasera de la jaula estaba a unos sesenta centímetros de la pared trasera de la habitación. En este lado, Tarzán apartó dos barrotes y salió de la jaula. Se dirigió enseguida a la puerta, pero no pudo ni abrirla ni forzarla; sin embargo, esperó con paciencia ante ella con uno de los barrotes rotos de su jaula; sabía que alguien, en algún momento, abriría aquella puerta.

No sabía que había estado inconsciente mucho rato y que había pasado la noche y volvía a ser de día. Entonces oyó voces en el exterior de su celda; aumentaron en número y volumen hasta que supo que allí había una gran cantidad de gente, y entonces oyó el resonar de tambores y el fragor de trompetas y unos cánticos.

Cuando se estaba preguntando qué estaba pasando en el exterior, en la ciudad, oyó el chirriar del cerrojo de la puerta. Esperó, con el barrote roto sujetado con fuerza en una mano; y entonces se abrió la puerta y entró un guerrero; un guerrero al que la muerte le llegó rápida y sin dolor.

Tarzán asomó la cabeza por la puerta. Casi directamente frente a él, se encontraba un sacerdote ante un altar sobre el que estaba tumbada de espaldas una muchacha; cuatro hombres con largas túnicas bordadas y tocados de plumas la sujetaban allí, cada uno por una extremidad. El sacerdote se cernía sobre ella con un cuchillo de obsidiana levantado sobre el pecho de la joven.

Tarzán comprendió la situación al instante. La muchacha no significaba nada para él; la muerte de un ser humano no significaba mucho para él, que había visto morir tantas criaturas, y sabía que la muerte era la consecuencia natural de la vida; pero la crueldad y inhumanidad de la ceremonia le enojó, y de pronto se sintió embargado por el deseo de frustrar a los autores de ello, en lugar de serlo por la humanitaria necesidad de rescatar a la muchacha. El

sacerdote se encontraba de espaldas a él cuando salió de un salto de su celda y le arrebató el cuchillo de la mano levantada; luego cogió en vilo al sacerdote y lo arrojó contra dos de los sacerdotes inferiores que sujetaban a la muchacha, que la soltaron y fueron a estrellarse en el suelo del templo. Derribó de un golpe a los otros dos sacerdotes con su palo de madera. La asombrosa actuación dejó atónitos y sin aliento a los espectadores, y ninguna mano se levantó para detenerle cuando cogió a la muchacha y la sacó del altar, se la colgó al hombro y cruzó de un salto la puerta del templo.

Tarzán recordaba la ruta por la que habían llegado al templo del palacio y la siguió, ahora en sentido inverso, para salir a la ciudad, pasando por delante de dos perplejos guardias apostados ante la puerta, pero casi de inmediato una multitud vociferante pasó corriendo por delante de ellos persiguiendo al extranjero que había profanado el templo y arrebatado un sacrificio del altar de su dios.

La ciudad se hallaba prácticamente desierta, pues todos los habitantes se habían reunido en la plaza del templo para presenciar el sacrificio, y de este modo pudo Tarzán correr sin que nadie le importunara ni le viera por la estrecha y sinuosa calle secundaria de Chichén Itzá. Corría velozmente, pues oía los aullidos de la multitud que le perseguía y no deseaba en modo alguno que le alcanzaran.

La muchacha que llevaba al hombro no forcejeó para escapar; estaba demasiado aterrorizada. Arrebatada de la muerte por aquel extraño gigante semidesnudo, solo podía temer qué terrible destino le esperaba. Había oído la historia que Thak Chan había contado, pues se había difundido por toda la ciudad; y pensó que tal vez sí se tratara de Che, Señor del Bosque. La menor sugerencia de semejante posibilidad habría aterrorizado tanto a la pequeña Itzl Cha que no se habría podido mover aunque hubiera querido, pues los dioses son criaturas terribles y no hay que enfrentarse a ellos. Si Che, Señor del Bosque, deseaba llevársela, oponerse a él significaría una muerte segura; eso Itzl Cha lo sabía, y por eso permanecía muy quieta en el ancho hombro de su salvador.

Tarzán pudo saber por el volumen cada vez menor de los ruidos de la persecución que había despistado a la multitud. Pronto llegó a la muralla de la ciudad, a cierta distancia de cualquier puerta. Solo habría podido subir sin dificultades a lo alto, pero cargado con la muchacha no podía; de manera que echó un rápido vistazo

alrededor en busca de algún medio para escalarla.

Justo al pasar la muralla había una callejuela, de unos cuatro metros y medio de ancho, en la que se alineaban edificios y cobertizos de diferentes alturas, y allí vio Tarzán su camino. Llegar al tejado de un cobertizo bajo cargado con la muchacha no era ninguna hazaña para el hombre mono, y desde este cobertizo saltó al tejado de una estructura más elevada y después a otra que se hallaba al nivel de lo alto de la muralla de la ciudad.

Itzl Cha, que había mantenido los ojos fuertemente cerrados la mayor parle del tiempo, los abrió entonces de nuevo. Vio que Che, Señor del Bosque, la había llevado al tejado de un edificio. Entonces corría velozmente por el tejado hacia la callejuela que se encontraba justo al franquear la muralla. No aflojó el paso cuando se acercó al borde del tejado; y esto hizo que Itzl Cha cerrara los ojos con fuerza otra vez, pues sabía que ambos iban a ser arrojados a la muerte y se estrellarían contra la calle.

En el borde del tejado, Tarzán dio un gran salto hacia delante y aterrizó en la parte superior de la muralla, al otro lado de la calle. Más abajo se hallaba el tejado de paja de la casa de un labriego, y saltó a él, y de allí al suelo. Un instante después, mientras Itzl Cha jadeaba para poder respirar, Tarzán corría por los campos cultivados hacia el bosque.

Capítulo XV

La vida en el campamento de los náufragos era ordenada y discurría en orden militar, pues el coronel Leigh había tomado el mando. Como carecía de cornetas, había instalado la campana del barco, que sonaba a las seis en punto cada mañana, una estruendosa imitación del despertador; así convocaba a todos para reunirse tres veces al día, y anunciaba retreta a las nueve y toque de silencio cada noche a las diez. Unos centinelas protegían el campamento las veinticuatro horas del día, y grupos de trabajo patrullaban, o cortaban madera, o recogían los alimentos naturales que la jungla les ofrecía. En realidad, era un campo modélico, del que a diario partían grupos de pesca remando por la laguna, y grupos de caza penetraban en la jungla en busca de carne, con el fin de variar la monotonía de su dieta de frutas y verduras. Era obligación de las mujeres mantener los alojamientos en orden y hacer algún remiendo cuando era preciso.

La misteriosa desaparición de Tarzán y su prolongada ausencia era tema de considerable conversación.

—Que se vaya con viento fresco —dijo Penelope Leigh—. Nunca, desde la primera vez que vi a esa terrible criatura, me he sentido segura hasta ahora.

—No sé cómo puedes decir eso —repuso su sobrina—; yo me sentiría mucho más segura si él estuviera aquí.

—Una nunca sabía cuándo podría meterte en su cabeza para comérsete —insistió *miss* Leigh.

—Estuve encerrada con él dos días en aquella jaula —dijo Janette Laon—, y nunca dio la más mínima muestra de no ser civilizado, y mucho menos de ser capaz de hacerme ningún daño.

—¡Brrr! —resolló Penelope, quien aún no había condescendido

en reconocer la existencia de Janette, y mucho menos hablarle. La primera vez que la vio había decidido que Janette era una chica ligera de cascos; y cuando Penelope Leigh decidía una cosa, ni siquiera un decreto del Parlamento podía hacerla cambiar.

—Antes de que se marchara, había estado confeccionando armas —recordó Patricia—, y supongo que fue al bosque a cazar; tal vez un león o un tigre le alcanzara.

—Le estaría bien empleado —espetó *miss* Leigh—. La simple idea de dejar libres a todas estas bestias en esta isla con nosotros… Será un milagro si no acabamos todos devorados.

—Se adentró en la jungla sin armas de fuego —masculló Janette Laon, casi para sí—; oí que el coronel Leigh decía que no faltaba ni una pistola. Imagínense: adentrarse en la selva donde sabía que estaban todas aquellas bestias feroces, y solo con un arpón y un arco y flechas de fabricación casera.

Miss Leigh detestaba demostrar interés por la conversación de Janette Laon, pero no pudo resistir la tentación de intervenir de nuevo:

—Probablemente está medio chiflado; la mayoría de estos salvajes lo están.

—No lo sé —dijo Janette Laon con dulzura—, nunca he tenido ocasión de estar con ninguno.

Miss Leigh sorbió por la nariz y Patricia se volvió para ocultar una sonrisa.

Algernon Wright-Smith, el capitán Bolton y el doctor Crouch estaban cazando. Se habían adentrado en la jungla en dirección norte con la esperanza de traer carne fresca al campamento. Seguían un estrecho sendero en cuya tierra húmeda podían identificar de vez en cuando las huellas de un cerdo, y estas les daban esperanzas y les impulsaban a seguir.

—Qué lugar tan desagradable para encontrarse con un elefante —comentó Crouch.

—Ya lo creo —coincidió Algy.

—¡Miren allí! —exclamó Bolton, que iba más adelante.

—¿De qué se trata? —preguntó Crouch.

—La huella de un tigre o de un león —respondió Bolton—; también es reciente; la bestia debe de acabar de cruzar el sendero.

Crouch y Algy examinaron la huella de la pata de la bestia en la

blanda tierra.

—Tigre —dijo Crouch—; no cabe duda; he visto demasiadas para confundirme.

—Mal lugar para tropezarse con un tigre —dijo Algy—; yo… — un rugido le interrumpió—. ¡Caray! —exclamó—. Ahí está el tipo.

—¿Dónde? —preguntó Bolton.

—Allí, a la izquierda —señaló Crouch.

—No veo nada —dijo Algy.

—Creo que deberíamos regresar —dijo Bolton—; aquí no tendríamos ninguna oportunidad si esa bestia atacara; uno de nosotros seguro que resultaría muerto… y tal vez más de uno.

—Creo que tiene razón —convino Crouch—; no me gusta la idea de tener ese tipo entre nosotros y el campamento.

De pronto se oyó el ruido de maleza que era aplastada, a poca distancia de ellos.

—¡Dios mío! —exclamó Algy—. ¡Ahí viene! —mientras arrojaba su rifle y se encaramaba a un árbol.

Los otros hombres siguieron el ejemplo de Algy, y no con calma, pues se hallaban apenas fuera de peligro cuando un gran tigre de Bengala irrumpió desde la maleza y salió al sendero. Se quedó unos instantes mirando alrededor y luego vio a los hombres en los árboles y rugió. Tenía sus terribles ojos verde amarillentos y su rugiente rostro vueltos hacia ellos.

Crouch se echó a reír, y los otros dos hombres le miraron con sorpresa.

—Me alegro de que no haya nadie aquí para ver esto —dijo—; sería un golpe terrible para el prestigio británico.

—¿Qué otra cosa podíamos hacer, diantres? —preguntó Bolton —. Sabe tan bien como yo que no teníamos ni la más mínima posibilidad contra él, ni siquiera con tres rifles.

—Claro que no —dijo Algy—; no hemos podido verle para disparar hasta que ha estado sobre nosotros. Hemos tenido suerte de que hubiera a mano algunos árboles para poder trepar enseguida; buenos árboles viejos; siempre me han gustado los árboles.

El tigre se acercó rugiendo, y cuando estuvo bajo el árbol en el que Algy se había refugiado, se agazapó y saltó.

—¡Por Júpiter! —exclamó Algy, trepando por el árbol para

alejarse—; ese bicho ha estado a punto de pillarme.

Otras dos veces saltó el tigre para alcanzar a alguno de ellos, y luego se alejó por el sendero y, a cierta distancia, se tumbó, paciente.

—Ese bicho nos tiene bien cogidos —dijo Bolton.

—No se quedará ahí eternamente —replicó Crouch.

Bolton meneó la cabeza.

—Espero que no —dijo—, pero tienen una cantidad de paciencia asombrosa; conozco a un tipo que tuvo que estar en un árbol toda la noche en Bengala.

—Oh, vaya, no podría hacer eso —objetó Algy—. ¿Por qué nos toma, por un puñado de tontos? ¿Cree que bajaremos para que se nos coma?

—Probablemente cree que cuando estemos maduros caeremos al suelo, como manzanas y otras cosas.

—Esto es endemoniadamente incómodo —dijo Algy al cabo de un rato—. Estoy bastante harto. Ojalá tuviera mi rifle.

—Está ahí abajo, al pie de tu árbol —indicó Crouch—; ¿por qué no bajas y lo coges?

—¡Caramba! —exclamó Algy—; acabo de tener una idea. Observad. —Se quitó la camisa, empezó a desgarrarla en tiras, que ató una con otra, y cuando tuvo una larga especie de cuerda, hizo un nudo corredizo en un extremo; entonces bajó a una rama más baja y dejó caer el extremo del nudo cerca de la boca del rifle, que por la forma en que el arma había caído se elevó unos cinco centímetros del suelo.

—Hábil, ¿verdad? —comentó Algy.

—Mucho —dijo Bolton—. El tigre está admirado de tu ingenuidad; ¿ves cómo te observa? —Si este nudo se agarra detrás de la mira, puedo subir esa maldita cosa hasta aquí arriba, y después el amigo con rayas sabrá lo que es bueno.

—Deberías haber sido ingeniero, Algy —bromeó Crouch.

—Mi madre quería que estudiara para la Iglesia —dijo Algy—, y mi padre quería que ingresara en el cuerpo diplomático; los dos me aburrían, así que me limitaba a jugar a tenis.

—Y eras un desastre —añadió Crouch, riendo.

—¡De acuerdo! —admitió Algy—. ¡Mirad! Ya lo tengo.

Después de mucho probar, el nudo corredizo se había deslizado

en el cañón del rifle, y mientras Algy tiraba hacia arriba con cuidado se tensó; entonces empezó a subir el arma hacia él.

La tenía a treinta centímetros de la mano cuando el tigre se puso en pie de un salto lanzando un rugido y atacó. Cuando la bestia saltó en el aire hacia Algy, este lo soltó todo y se encaramó al árbol para ponerse a salvo, mientras las garras del tigre arañaban ya a menos de tres centímetros de su pie.

—¡Uuuffff! —exclamó Algy cuando llegó a una rama más alta.

—Ahora has perdido hasta la camisa —dijo Crouch.

El tigre se quedó mirando hacia arriba unos instantes, rugiendo y dando coletazos, y luego dio media vuelta y se tumbó de nuevo.

—Creo que ese bicho nos hará estar aquí toda la noche —dijo Algy.

Capítulo XVI

Krause y sus compañeros no habían caminado dos días para alejarse del campamento de los náufragos, como Tarzán les había ordenado que hicieran. Solo habían recorrido unos seis o siete kilómetros costa arriba, donde habían acampado junto a otro riachuelo que iba a parar al océano. Formaban un grupo amargado y enojado cuando se sentaron en cuclillas desconsolados en la playa y comieron la fruta que habían hecho coger a los lascares. Estuvieron sudando y echando humo un par de días e hicieron planes y se pelearon. Krause y Schmidt querían mandar, y Schmidt ganó porque Krause era el mayor cobarde y tenía miedo de aquel loco. Abdullah Abu Néjm se sentó aparte; les odiaba a todos. Oubanovitch hablaba mucho en un tono de voz elevado y defendía que todos deberían ser camaradas y nadie debería mandar. Los mantenía juntos un solo hilo de interés común: su odio a Tarzán, porque les había echado sin armas ni munición.

—Podríamos regresar por la noche y robar lo que necesitamos —sugirió Oubanovitch.

—He estado pensando lo mismo —dijo Schmidt—. Regresa ahora, Oubanovitch, y haz un reconocimiento del terreno. Puedes ocultarte en la jungla justo fuera de su campamento y obtener un buen plano del terreno, para que sepamos exactamente dónde guardan los rifles.

—Ve tú mismo —replicó Oubanovitch—, no puedes darme órdenes.

—Yo estoy al mando —gritó Schmidt, poniéndose en pie de un salto.

Oubanovitch también se puso en pie. Era un bruto de una gran corpulencia, mucho más voluminoso que Schmidt.

—¡Y qué! —exclamó.

—No tiene sentido que discutamos entre nosotros —intervino Krause—. ¿Por qué no mandas a un lascar?

—Si tuviera un arma, este sucio comunista me obedecería —rezongó Schmidt, y luego llamó a uno de los marineros lascares—. Ven aquí, Chuldrup —ordenó.

El lascar se alejó cabizbajo, con expresión hosca y el entrecejo fruncido. Odiaba a Schmidt; pero toda su vida había recibido órdenes de hombres blancos y la costumbre estaba muy arraigada en él.

—Ve al otro campamento —le indicó Schmidt—; te escondes en la jungla, ves dónde están las armas, dónde guardan las balas.

—No, no —replicó Chuldrup—; en la jungla, tigre.

—¡Ya lo creo que irás! —gritó Schmidt, y dio un puñetazo al marinero que le hizo caer al suelo—. Yo te enseñaré. —El marinero se puso en pie; era un caldero de odio hirviendo. Quería matar al hombre blanco, pero todavía tenía miedo—. ¡Ahora vete de aquí, maldito perro! —le chilló Schmidt—; y procura no volver hasta que hayas descubierto lo que quiero saber.

Chuldrup se volvió y se alejó, y un momento después la jungla se cerró tras él.

* * *

—¡Vaya! —exclamó Algy—. ¿Qué está haciendo ahora ese bicho?

El tigre se había despertado y estaba de pie, con las orejas hacia delante, mirando atrás por el sendero. Ladeó la cabeza, para oír mejor.

—Oye que viene algo —sugirió Bolton.

—Allá va —dijo Crouch, cuando el tigre se metió en la maleza junto al sendero.

—Ahora es nuestra oportunidad —exclamó Algy.

—No ha ido lejos —dijo Bolton—; está ahí mismo, puedo verlo.

—Intenta engañarnos —añadió Crouch.

* * *

Chuldrup tenía muchísimo miedo; temía la jungla, pero temía aún más regresar a Schmidt sin la información que el hombre quería. Se detuvo un momento para reflexionar sobre el asunto; ¿podría volver y esconderse en la jungla un tiempo cerca del campamento de Schmidt y luego, cuando hubiera transcurrido tiempo suficiente para cumplir su misión, regresar a Schmidt e inventar una historia sobre la localización de las armas y las balas?

Chuldrup se rascó la cabeza, y se le encendió la luz de una gran idea: iría al campamento de los ingleses, les diría lo que Schmidt planeaba y les pediría que le dejaran quedarse con ellos. Esta, lo sabía, era una de las mejores ideas que había tenido en toda su vida; y por eso se volvió y trotó alegremente por el sendero.

—Viene algo —susurró Crouch—; puedo oírlo —y un instante después Chuldrup apareció trotando ante sus ojos.

Los tres hombres le avisaron a gritos simultáneamente, pero demasiado tarde. Cuando el lascar se detuvo, atónito, y levantó la mirada hacia ellos, sin entender nada por un instante, un gran tigre saltó desde la maleza y, poniéndose sobre las dos patas traseras, agarró al hombre por el hombro.

Chuldrup se puso a gritar; la gran bestia le zarandeó y luego se volvió y le arrastró, adentrándose en la maleza, mientras los tres ingleses, horrorizados, contemplaban la escena sin poder hacer nada.

Durante un rato oyeron los gritos del hombre mezclados con los rugidos del tigre y después los gritos cesaron.

—¡Dios mío! —exclamó Algy—; ha sido espantoso.

—Sí —dijo Bolton—, pero es nuestra oportunidad; ahora no molestará a nada que no se acerque a su presa.

Con cautela y en silencio, descendieron al suelo, cogieron sus rifles y echaron a andar de regreso al campamento; pero los tres estaban conmocionados por la tragedia que habían presenciado.

* * *

En el campamento el trabajo del día estaba hecho; ni siquiera el coronel Leigh pudo encontrar algo más para mantener ocupados a los hombres.

—Debo de estar haciéndome viejo —dijo a su esposa.

—¿Haciéndote viejo? —preguntó ella—. ¿Lo acabas de descubrir?

El coronel sonrió con indulgencia; siempre se alegraba cuando Penelope se comportaba como era ella. Cada vez que decía algo agradable o amable, se preocupaba.

—Sí —prosiguió él—. Debo de estar perdiendo facultades; no se me ocurre nada para que hagan estos hombres.

—Me parece que aquí hay mucho para hacer —dijo Penelope—. Yo siempre estoy ocupada.

—Creo que los hombres se merecen un poco de ocio —intervino Patricia—; han estado trabajando sin parar desde que hemos llegado aquí.

—No hay nada que alimente más el descontento que la ociosidad —dijo el coronel—; pero voy a dejarles libres el resto del día.

Hans de Groote y Janette Laon estaban sentados juntos en la playa, hablando.

—La vida es curiosa —dijo el hombre—. Solo unas semanas atrás me moría de ganas de ver Nueva York por primera vez. Joven, sin compromiso y con tres meses de paga en el bolsillo; ¡qué bien pensaba pasarlo allí! Y ahora estoy en algún lugar del océano Pacífico, en una isla de la que nadie ha oído hablar; y eso no es lo peor.

—¿Y qué es lo peor? —preguntó Janette.

—Que me gusta —respondió De Groote.

—¡Te gusta! —exclamó ella—. Pero ¿cómo puede ser que te guste?

—Porque estás tú aquí —confesó él.

La muchacha le miró con sorpresa.

—No lo entiendo —dijo ella—; estoy segura de que no puedes querer decir lo que parece.

—Pero así es —replicó él—; yo… —su moreno rostro se sonrojó —. ¿Por qué esas dos palabras cuestan tanto de decir cuando las dices de corazón?

Ella puso una mano sobre la de él.

—No debes pronunciarlas —dijo—; nunca debes… decírmelas a mí.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Sabes lo que he sido: yendo de aquí para allá en Singapur, Saigón, Batavia…

—Te quiero —dijo Hans de Groote, y entonces Janette Laon prorrumpió en lágrimas; hacía mucho tiempo desde la última vez que había llorado, salvo de rabia o desesperación.

—No te lo permitiré —dijo—. No te lo permitiré.

—¿No me… quieres un poquito, Janette? —preguntó él.

—No te lo diré —respondió ella—; jamás te lo diré.

De Groote le apretó la mano y sonrió.

—Ya me lo has dicho —dijo.

Y entonces fueron interrumpidos por la voz de Patricia, que gritaba:

—¡Eh, Algy!, ¿dónde está tu camisa?

Los cazadores habían regresado y los europeos se reunieron para oír su historia. Cuando hubieron terminado, el coronel gruñó.

—Eso es todo —dijo—; no habrá más caza en la jungla; nadie tendría ninguna posibilidad contra un tigre o un león en esa maraña de maleza.

—Todo es culpa tuya, William —espetó *miss* Leigh—; deberías haber tomado el mando absoluto; no deberías haber permitido que el salvaje soltara a esas bestias con nosotros.

—Todavía creo que fue una acción muy noble —replicó el coronel—, y no olvides que era tan peligroso para él como para nosotros. Que sepamos, es posible que a ese pobre diablo ya le haya matado una de ellas.

—Y le estará bien empleado —dijo *miss* Leigh—; cualquiera que vaya por ahí de la forma en que él lo hace, en presencia de damas, no tiene por qué vivir; al menos entre gente decente.

—Creo que ese tipo era muy correcto —dijo el coronel—, y no olvides, Penelope, que de no ser por él probablemente estaríamos en una situación mucho peor de la que estamos ahora.

—No olvides, tía Penelope, que él te rescató del *Saigón*.

—Hago todo lo posible por olvidarlo —concluyó *miss* Leigh.

Capítulo XVII

Cuando Itzl Cha se dio cuenta de que se la estaban llevando hacia la jungla, ya no estaba muy segura de cuáles eran sus sentimientos. En Chichén Itzá le esperaba una muerte segura, pues a los dioses no se les podía robar alegremente sus víctimas; y, en caso de que algún día regresara, sabía que volvería a ser ofrecida en sacrificio. Qué le esperaba, no podía ni adivinarlo siquiera, pero Itzl Cha era joven y la vida era dulce, y tal vez Che, Señor del Bosque, no la mataría.

Cuando llegaron a la jungla, Che hizo algo asombroso: saltó a una rama baja de un árbol y luego subió, levantándola a ella del suelo con un gesto veloz. Ahora estaba en verdad aterrada.

Después Che se detuvo y lanzó un largo grito: un grito horripilante que resonó en todo el bosque; luego prosiguió su camino.

La muchacha había reunido suficiente valor para mantener los ojos abiertos, pero después vio algo que le hizo desear volver a cerrarlos; sin embargo, fascinada, no lo hizo y vio a los dos dioses terrenales de los que Thak Chan había hablado. Cuando estos llegaron junto a Che, los tres se detuvieron y hablaron en aquella lengua que ella no podía entender. Fue entonces cuando Itzl Cha se atrevió a echar un vistazo abajo, al suelo, un pequeño claro en cuyo borde se encontraban, y allí vio el cuerpo de una bestia terrible; sabía que era la misma que Che había rescatado: Thak Chan, el cazador.

Deseaba que los escépticos de Chichén Itzá pudieran ver todo lo que ella había visto, pues entonces sabrían que en verdad se trataba de dioses; y lamentarían y tendrían miedo por la forma en que habían tratado al Señor del Bosque.

Su divino salvador la llevó a un sendero de montaña y allí la dejó en el suelo y le permitió caminar. Ahora ella podía verle bien; qué guapo era. Un dios, en verdad. Los dos dioses terrenales caminaban pesadamente con ellos, y de tener miedo Itzl Cha pasó a sentirse muy orgullosa al pensar en la compañía con la que estaba. ¿Qué otra muchacha de Chichén Itzá había jamás caminado junto a tres dioses?

Después llegaron a un lugar donde el sendero parecía terminar, desapareciendo en el borde de un espantoso precipicio, pero Che, Señor del Bosque, no vaciló. Se limitó a echarse al hombro a Itzl Cha otra vez y descendió la pendiente con la misma facilidad con que lo hicieron los dos dioses terrenales.

Sin embargo, Itzl Cha no podía por menos de sentir terror cuando miraba abajo; y por eso cerró los ojos con fuerza, contuvo el aliento y apretó su cuerpecillo al de Che, Dios del Bosque, que se había convertido para ella en algo así como un refugio.

Al fin llegaron abajo, y una vez más el Señor del Bosque alzó su voz. Lo que dijo le sonó a Itzl Cha como: «*¡Yud, Tantor, yud!*». Y eso era exactamente lo que había dicho: «¡Ven, *Tantor*, ven!».

Poco después oyó Itzl Cha un ruido como jamás hasta entonces había oído, un ruido que ningún otro maya había oído jamás: el barritar de un elefante.

Para entonces, Itzl Cha creía que había visto todos los milagros que se podían ver en el mundo, pero cuando un gran elefante macho irrumpió en la jungla, derribando los árboles que se interponían en su camino, la pequeña Itzl Cha lanzó un grito y se desmayó.

Cuando Itzl Cha recuperó el conocimiento, no abrió los ojos de inmediato. Era consciente de que un brazo la rodeaba, y de que su espalda se apoyaba en un cuerpo humano; pero ¿qué era lo que había causado aquel extraño movimiento, y qué era aquella superficie tosca sobre la que estaban sus piernas desnudas?

Temerosa, Itzl Cha abrió los ojos; pero inmediatamente lanzó un gritó y volvió a cerrarlos. ¡Estaba sentada en la cabeza de aquella terrible bestia que había visto!

El Señor del Bosque estaba sentado detrás de ella, y era su brazo el que la rodeaba, para impedir que cayera al suelo. Los dioses terrenales saltaban de árbol en árbol junto a ellos; parecían estar

discutiendo. Todo aquello era demasiado para la pequeña Itzl Cha; en un breve período de una o dos horas, había experimentado toda una vida de emociones y aventuras.

* * *

La tarde iba llegando a su fin. Lum Kip preparaba la cena para los europeos. No era una tarea difícil; había pescado para freír y algunos tubérculos para hervir. La fruta completaba el menú. Lum Kip estaba alegre y feliz; le gustaba trabajar para los diablos extranjeros; le trataban bien y el trabajo no era ni mucho menos tan arduo como cortar leña.

Las dos muchachas del grupo y la mayoría de los hombres estaban sentados en el suelo, hablando de los acontecimientos del día, en particular de la expedición de caza que había acabado en tragedia. Patricia se preguntó si volverían a ver a Tarzán alguna vez, y entonces se pusieron a hablar sobre el hombre salvaje y su probable destino. El coronel se encontraba en su choza afeitándose, y su esposa estaba sentada frente a ella remendando, cuando algo le llamó la atención, y, cuando miró hacia el bosque, lanzó un penetrante chillido y se desmayó. Al instante todos se hallaban en pie; el coronel, con la cara medio enjabonada, salió precipitadamente de la cabaña.

Patricia Leigh-Burden exclamó:

—¡Oh, Dios mío, mirad!

Procedente de la jungla se acercaba un gran elefante macho, y en su cuello iba sentado Tarzán sosteniendo a una muchacha semidesnuda frente a él; dos orangutanes caminaban pesadamente a una distancia prudente a cada lado. No era de extrañar que Penelope Leigh se hubiera desmayado. El elefante se detuvo a unos pasos del bosque. Ver a toda aquella gente era demasiado para él, y no quería ir más lejos. Tarzán, con la muchacha en brazos, se deslizó al suelo, y, sujetándole la mano, la condujo hacia el campamento.

Itzl Cha creyó que todos ellos debían de ser dioses, pero ahora había desaparecido gran parte de su miedo, pues el Señor del Bosque no le había hecho ningún daño, y tampoco los dioses terrenales, así como tampoco se lo había hecho la enorme bestia

sobre la cual había sido conducido a través de la jungla.

Patricia Leigh-Burden tenía una expresión interrogativa en el rostro y un poco recelosa ante la muchacha que caminaba al lado de Tarzán. Uno de los marineros que trabajaban cerca dijo a otro:

—Este tipo trabaja rápido.

Patricia oyó el comentario y apretó los labios.

Tarzán fue saludado con un silencio, pero era el silencio de la sorpresa. El coronel estaba ocupado con su esposa, y después ella abrió los ojos:

—¿Dónde está? —susurró—. ¡Esa criatura! Debes echarla del campamento inmediatamente, William, a él y a esa inmoral muchacha que va con él. Los dos juntos no tienen ropa suficiente ni para cubrir decentemente a un bebé. Supongo que se marchó a alguna parte y robó a una mujer, una mujer india.

—Oh, cállate ya, Penelope —dijo el coronel, un poco irritado—; no sabes nada de lo que ha pasado y yo tampoco.

—Bueno, pues será mejor que te ocupes de averiguarlo —replicó *miss* Leigh—. No tengo intención de permitir que Patricia permanezca en el mismo campamento que semejante gente, y tampoco yo me quedaré.

Tarzán se dirigió directamente hacia Patricia Leigh-Burden.

—Quiero que cuides de esta muchacha —le dijo.

—¿Yo? —preguntó Patricia con arrogancia.

—Sí, tú —respondió él.

—Vamos, vamos —intervino el coronel, con la cara todavía medio enjabonada—, ¿qué significa todo esto, señor?

—Hay una ciudad al sur de donde nos encontramos —explicó Tarzán—, una ciudad de buen tamaño, y tienen algunos ritos en los que sacrifican seres humanos; esta muchacha estaba a punto de ser sacrificada, cuando yo he tenido la suerte de poder llevármela. No puede regresar allí porque, como es de suponer, la matarían; por lo tanto, tendremos que cuidar de ella. Si su sobrina no lo hace, estoy seguro de que Janette lo hará.

—Claro que cuidaré de ella —dijo Patricia—; ¿quién ha dicho que no lo haría?

—Ponle algo de ropa —indicó *miss* Leigh—; esto es sumamente desagradable.

Tarzán la miró con aire de repugnancia.

—Es su mente perversa la que necesita ropa —dijo.

Penelope Leigh se quedó con la boca abierta. Permaneció así y sin decir palabra unos instantes; luego dio media vuelta y entró en su choza pisando fuerte.

—Y digo yo… —intervino Algy—, ¿cómo demonios has conseguido que el elefante te dejara montar en su cabeza? ¿Era uno de esos salvajes machos africanos?

—¿Cómo consigues tú que tus amigos te hagan un favor? —preguntó Tarzán.

—Pero, bueno, yo, verás, no tengo amigos de esa clase.

—Qué lástima —se limitó a decir el hombre mono. Entonces se volvió hacia el coronel—. Debemos tomar todas las precauciones posibles contra cualquier ataque —dijo—; en esa ciudad hay muchos guerreros, y no me cabe duda de que efectuarán una búsqueda de esa muchacha; al final encontrarán nuestro campamento. Por supuesto, no están acostumbrados a las armas de fuego, y si estamos siempre alerta, tenemos poco que temer; pero sugiero que solo se adentren en la jungla grupos muy fuertes.

—Acabo de dar la orden de que nadie penetre en la jungla —replicó el coronel—. El capitán Bolton, el doctor Crouch y míster Wright-Smith han sido atacados hoy por uno de sus tigres.

Capítulo XVIII

Durante seis semanas, la vida en el campamento transcurrió con monotonía y sin incidente alguno; y durante ese tiempo, Patricia Leigh-Burden enseñó a Itzl Cha a hablar y a comprender suficiente inglés para que la muchachita maya pudiera mantener al menos una mínima conversación con los otros, mientras Tarzan dedicaba gran parte de su tiempo a aprender la lengua maya de ella. De todo el grupo, solo Tarzán se aventuraba de vez en cuando a penetrar en la jungla; y a menudo regresaba de sus excursiones con un jabalí.

Su ausencia del campamento despertaba siempre la ira de Penelope Leigh.

—Es impúdico e insubordinado —se lamentaba a su esposo—. Tú diste órdenes estrictas de que nadie entrara en la jungla, y él te desobedece deliberadamente. Deberías escarmentarle.

—¿Qué sugieres que haga con él, querida? —preguntó el coronel —. ¿Debo matarle y descuartizarle, o solo dispararle al amanecer?

—No te hagas el gracioso, William; no te pega. Simplemente, deberías insistir en que obedezca las normas que tú has impuesto.

—¿Y quedarnos sin cerdo fresco? —preguntó el coronel.

—No me gusta el cerdo —espetó *miss* Leigh—. Además, no me gustan los tejemanejes en este campamento; míster De Groote ha intimado demasiado con esa mujer francesa; y el hombre salvaje siempre está rondando a la muchacha india. Mírales ahora; siempre están hablando; y ya puedes imaginar lo que le está diciendo.

—Está intentando aprender su lengua —explicó el coronel—; lo que puede resultarnos muy útil más adelante, si alguna vez tenemos que tratar con su gente.

—¡Mmm! —masculló *miss* Leigh—; bonita excusa. ¡Y el modo en que visten! Si puedo encontrar algún artículo en las provisiones del

barco la convertiré en una Madre Hubbar; y en cuanto a él…, deberías decirle algo al respecto. Y ahora mira: ahí va Patricia a hablar con ellos. William, debes poner fin a toda esta tontería; es indecente.

El coronel William Cecil Hugh Percival Leigh suspiró; la suya no era una existencia absolutamente feliz. Muchos de los hombres estaban empezando a dar muestras de inquietud e irritación, y había algunos que habían empezado a poner en duda su derecho a darles órdenes. Él mismo también se lo preguntaba, pero sabía que las condiciones se volverían insoportables si no había alguna autoridad. Por supuesto, Algy, Bolton, Tibbet y Crouch le apoyaban, igual que De Groote y Tarzán. De quien más dependía era de Tarzán, pues se daba cuenta de que era un hombre que no toleraría la más mínima tontería en caso de un motín. Y ahora su esposa quería que insistiera en que aquel hombre medio salvaje se pusiera pantalones. El coronel suspiró de nuevo.

Patricia se sentó junto a Tarzán e Itzl Cha.

—¿Cómo va la clase de maya? —preguntó ella.

—Itzl Cha dice que lo hago espléndidamente —respondió Tarzán.

—E Itzl Cha empieza a dominar el inglés, más o menos —dijo Patricia—; ella y yo casi podemos mantener una conversación inteligente. Me ha contado algunas cosas muy interesantes. ¿Sabes por qué iban a sacrificarla?

—A algún dios, supongo —respondió Tarzán.

—Sí, a un dios llamado Che, Señor del Bosque, para apaciguarle por la afrenta que le había hecho un hombre que afirmaba que tú eras Che, Señor del Bosque.

—Itzl Cha está segura, por supuesto, de que fue rescatada nada menos que por Che, Señor del Bosque; y dice que mucha de su gente también lo creerá. Dice que es la primera vez en la historia de su pueblo que ha venido un dios y se le ha visto vivo, por lo que le ofrecían el sacrificio. Eso le ha producido una profunda impresión y nadie puede convencerla de que tú no eres Che.

—Su propio padre la ofreció como sacrificio para ganarse el favor de los dioses —prosiguió Patricia—. Es sencillamente horrible, pero es su forma de vida; Itzl Cha dice que los padres lo hacen a menudo. Aunque las víctimas suelen ser esclavos y prisioneros de

guerra.

—A mí me ha contado un montón de cosas interesantes sobre su gente y sobre la isla —dijo Tarzán—. La isla se llama Uxmal, por una ciudad de Yucatán de la que su pueblo emigró hace cientos de años.

—Entonces tienen que ser mayas —observó Patricia.

—Es muy interesante —dijo el doctor Crouch, que se había reunido con ellos—. Por lo que nos has contado de tus experiencias en su ciudad, Y por lo que Itzl Cha nos ha contado, es evidente que han conservado su religión y su cultura casi intactas en el transcurso de los siglos desde que emigraron. Qué campo sería para un antropólogo y para un arqueólogo. Si pudieras establecer relaciones amistosas con ellos, tal vez podríamos resolver los enigmas de los jeroglíficos en sus estelas y templos de América Central y América del Sur.

—Como lo más probable es que permanezcamos aquí el resto de nuestra vida —le recordó Patricia—, nuestros conocimientos contribuirían muy poco al bien del mundo.

—No puedo creer que nunca nos rescatarán —dijo el doctor Crouch—. Por cierto, Tarzán, ¿esta aldea que visitaste es la única que hay en la isla?

—No lo sé —respondió el hombre mono—, pero estos mayas no son las únicas personas que están aquí. En el extremo norte de la isla hay un asentamiento de lo que Itzl Cha denomina «gente muy mala». La historia de la isla, transmitida en gran parte oralmente, indica que los supervivientes de un naufragio se casaron con los aborígenes de la isla, y sus descendientes son los que viven en este asentamiento; pero no confraternizan con los aborígenes que viven en la parte central de la isla.

—¿Quieres decir que aquí hay población nativa? —preguntó el doctor Crouch.

—Sí, y estamos acampados justo en el límite sudoeste de sus dominios. Nunca me he adentrado lo suficiente en su territorio para ver a ninguno, pero Itzl Cha dice que son caníbales muy salvajes.

—Qué agradable lugar eligió el destino para abandonarnos en una isla desierta —observó Patricia—, y luego, para hacerlo todo más agradable, tuviste que soltar un montón de leones y tigres.

Tarzán sonrió.

—Al menos no pereceremos de aburrimiento —comentó Janette Laon.

El coronel Leigh, Algy y Bolton se acercaron y luego De Groote se unió al grupo.

—Algunos de los hombres acaban de venir a mí —dijo el holandés— y querían preguntarle, coronel, si podrían intentar desguazar el *Saigón* y construir un bote para salir de aquí. Me han dicho que prefieren arriesgarse a morir en el mar que pasar aquí el resto de su vida.

—No puedo reprochárselo —dijo el coronel—. ¿Qué piensa usted de ello, Bolton?

—Podría hacerse —respondió el capitán.

—En cualquier caso, les mantendrá ocupados —añadió el coronel—, y si estuvieran haciendo algo que quieren hacer, no estarían todo el tiempo quejándose.

—No sé dónde lo construirían —dijo Bolton—. Sin duda, no pueden construirlo en el arrecife; y no serviría de nada hacerlo en la orilla, pues el agua de la laguna sería demasiado poco profunda para que flotara.

—Hay agua profunda en una ensenada situada cerca de una milla al norte de aquí —dijo Tarzán—, y ningún arrecife.

—Para cuando esos tipos hayan descuartizado al *Saigón* —dijo Algy— y lo hayan llevado a una milla por la costa, estarán demasiado agotados para construir un bote.

—O serán demasiado viejos —sugirió Patricia.

—¿Quién diseñará el bote? —preguntó el coronel.

—Los hombres me han pedido hacerlo ellos mismos —respondió De Groote—; mi padre es constructor de barcos y trabajé en su astillero antes de hacerme a la mar.

—No es mala idea —dijo Crouch—; ¿crees que podréis construir un bote lo bastante grande para que quepamos todos?

—Depende de qué cantidad de restos del *Saigón* podamos recuperar —respondió De Groote—. Si tuviéramos otra fuerte tormenta, pronto todo el barco podría quedar destrozado.

Algernon Wright-Smith hizo un gesto amplio con el brazo señalando hacia la jungla.

—Aquí tenemos mucha madera —dijo—, si nos falla el *Saigón*.

—Eso costaría muchísimo trabajo —replicó Bolton.

—Bueno, tenemos toda nuestra vida para hacerlo, amigo —le recordó Algy.

Capítulo XIX

Transcurridos dos días sin que Chuldrup hubiera regresado, Schmidt envió a otro lascar a la jungla con órdenes de ir al campamento de Tarzán y obtener información sobre las armas y la munición.

Los lascares habían montado un campamento separado, a poca distancia del que ocupaban Schmidt, Krause, Oubanovitch y el árabe. Habían estado muy ocupados, pero ninguno de los cuatro hombres del campamento menor les había prestado atención alguna, limitándose a llamar a alguno cuando querían dar alguna orden.

El segundo hombre al que Schmidt había enviado a la jungla jamás regresó. Schmidt estaba furioso, y al tercer día ordenó que fueran dos hombres. Estos permanecieron ante él con aire hosco, escuchándole. Cuando hubo terminado, se dieron la vuelta y regresaron a su campamento. Schmidt les observó; vio que se sentaban con sus compañeros. Esperó un momento para ver si se marchaban, pero no lo hicieron. Entonces se dirigió hacia su campamento rojo de ira.

—Ya les enseñaré yo —masculló—; les enseñaré quién es el jefe aquí…, esos pobres diablos morenos. —Pero cuando se aproximaba a ellos, quince lascares se pusieron en pie para hacerle frente, y vio que iban armados con arcos y flechas y lanzas de madera. He aquí el trabajo que les había mantenido tan ocupados durante tantos días.

Schmidt y los lascares se quedaron quietos frente a frente unos instantes; luego, uno de estos últimos dijo:

—¿Qué buscas aquí?

Eran quince, quince hombres hoscos y con el gesto torcido,

todos ellos bien armados.

—¿No sois vosotros dos los hombres que vais a ir a descubrir dónde están las armas y la munición para que podamos hacernos con ellas? —preguntó.

—No —respondió uno de los dos—. Si lo quieres saber, ve tú. Nadie recibe más órdenes. Vete. Vuelve a tu campamento.

—¡Esto es un motín! —bramó Schmidt.

—Vete —dijo un corpulento lascar, y puso una flecha en su arco.

Schmidt se dio la vuelta y se alejó pesadamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Krause, cuando Schmidt llegó a su campamento.

—Esos demonios se han amotinado —respondió Schmidt— y todos están armados; se han construido arcos, flechas y lanzas.

—¡El alzamiento del proletariado! —exclamó Oubanovitch—. Me uniré a ellos y les dirigiré. Es glorioso, glorioso; ¡la revolución mundial ha llegado incluso hasta aquí!

—¡Cierra el pico! —espetó Schmidt—; eres un pelmazo.

—Espera a que organice a mis gloriosos revolucionarios —exclamó Oubanovitch—, entonces no dirás lo mismo; entonces será el «camarada Oubanovitch eso», y el «camarada Oubanovitch aquello». Ahora voy a ver a mis camaradas que se han alzado con todo su poder y se arrancarán el yugo del capitalismo de sus cuellos.

Echó a andar jubiloso hacia el campamento de los lascares.

—¡Camaradas! —gritó—. Enhorabuena por vuestra gloriosa hazaña. He venido para dirigiros a victorias mayores. Marcharemos al campamento de los capitalistas que nos echaron. Los liquidaremos, y cogeremos todas sus armas y su munición y todas sus provisiones.

Quince hombres ceñudos le miraron en silencio unos instantes; luego, uno de ellos dijo:

—Vete.

—¡Pero…! —exclamó Oubanovitch—, he venido para unirme a vosotros; juntos iremos a la gloriosa…

—Vete —repitió el lascar.

Oubanovitch vaciló hasta que varios de los hombres empezaron a acercarse a él; entonces, dio media vuelta y regresó al otro campamento.

—Bueno, camarada —le recibió Schmidt, con una sonrisa irónica —, ¿ha terminado la revolución?

—Son unos estúpidos —respondió Oubanovitch.

Aquella noche los cuatro hombres tuvieron que ocuparse del fuego, que los lascares habían mantenido encendido para ellos en los días pasados para protegerse de las bestias salvajes; y también tuvieron que recoger leña. Ahora les tocó a ellos hacer turnos para montar guardia.

—Bien, camarada —dijo Schmidt a Oubanovitch—, ¿cómo te sientan las revoluciones ahora que estás al otro lado de una?

Los lascares, al no tener a ningún hombre blanco que les diera órdenes, se acostaron todos y dejaron que su fuego se extinguiera. Abdullah Abu Néjm estaba de guardia en el campamento menor cuando oyó una serie de feroces gruñidos procedentes de la dirección del campamento de los lascares, y luego un grito de dolor y de terror. Los otros tres hombres se despertaron y se pusieron en pie de un salto.

—¿Qué ocurre? —preguntó Schmidt.

—El *adrea*, Señor de la Ancha Cabeza —respondió el árabe.

—¿Qué es eso? —preguntó Oubanovitch.

—Un león —explicó Krause—; ha cogido a uno de ellos.

Los gritos de la infortunada víctima aún resonaban en el silencio de la noche, pero ahora venían de más lejos del campamento de los lascares, ya que el león había arrastrado a su presa lejos de la presencia de los otros hombres. Después cesaron los gritos, y entonces les llegó un ruido aún más horripilante y horroroso: el desgarrar y partir de carne y huesos mezclado con los gruñidos del carnívoro.

Krause añadió leña a la fogata.

—Ese maldito salvaje —se quejó—, dejar sueltas aquí a esas bestias…

—Te está bien empleado —dijo Schmidt—; no tenías que haber cogido a un hombre blanco y ponerlo en una jaula.

—Fue idea de Abdullah —se lamentó Krause—; a mí no se me habría ocurrido si él no me lo hubiera metido en la cabeza.

Aquella noche no se durmió más en el campamento. Estuvieron oyendo al león alimentándose hasta que se hizo de día, y entonces, con la menor oscuridad del amanecer, lo vieron alejarse de su presa

e ir al río a beber; después, desapareció en la jungla.

—Estará tumbado todo el día —dijo Abdullah—, pero volverá para alimentarse de nuevo.

Cuando Abdullah dejó de hablar, se oyó un sonido terrible procedente de la linde de la jungla, y aparecieron dos formas: las hienas habían percibido el olor de la presa del león y se pusieron a desgarrar lo que quedaba del lascar.

La noche siguiente los lascares no hicieron ninguna fogata; y desapareció otro.

—¡Qué tontos! —exclamó Krause—; ese león ya ha cogido la costumbre, y ninguno de nosotros volverá a estar jamás a salvo aquí.

—Son fatalistas —dijo Schmidt—; creen que todo lo que está ordenado de antemano que ocurra tiene que ocurrir, y que no pueden hacer nada para impedirlo.

—Bueno, yo no soy fatalista —replicó Krause—. Después de esto dormiré en un árbol —y se pasó el día siguiente construyendo una plataforma en un árbol en la linde del bosque, ejemplo que los otros tres hombres se apresuraron a seguir. Incluso los lascares se quedaron impresionados, y aquella noche llegó el león y rugió por los campamentos vacíos.

—He soportado todo lo que puedo —dijo Krause—; voy a ir atrás y ver a ese tipo, Tarzán. Prometeré cualquier cosa si nos deja quedarnos en su campamento.

—¿Cómo vas a llegar hasta allí? —preguntó Schmidt—. Yo no volvería a penetrar en esa jungla ni por veinte millones de marcos.

—No tengo intención de entrar en la jungla —explicó Krause—. Voy a seguir la playa. Siempre puedo escapar por el océano si encuentro algo desagradable.

—Creo que el *adrea* sería más bueno con nosotros que Tarzán de los Monos —dijo el árabe.

—Yo nunca le hice nada —adujo Oubanovitch—; debería dejarme volver.

—Probablemente tiene miedo de que empieces una revolución —bromeó Schmidt.

Pero finalmente decidieron intentarlo; y a la mañana siguiente, temprano, partieron por la playa hacia el otro campamento.

Capítulo XX

Chand, el lascar, observó a Krause y a sus tres compañeros echar a andar junto a la playa en dirección al Campamento Saigón.

—Van al otro campamento —dijo a sus compañeros—. Vamos, nosotros también iremos.

Y un momento después seguían por la playa a los otros.

En el Campamento Saigón, Tarzán estaba desayunando solo. Se había levantado temprano, pues tenía planeado un día completo de trabajo. Solo Lum Kip estaba en movimiento, preparando el desayuno en silencio. Después Patricia salió de su choza y se unió a Tarzán, sentándose a su lado.

—Te has levantado temprano esta mañana —dijo.

—Siempre me levanto más temprano que los demás —replicó él —, pero hoy tenía una razón especial; quiero empezar pronto.

—¿Adónde vas a ir? —le preguntó ella.

—A explorar —respondió él—. Quiero ver lo que hay al otro lado de la isla.

Patricia se inclinó hacia delante en gesto de interés, y puso un mano sobre la rodilla de Tarzán.

—Oh, ¿puedo ir contigo? —preguntó—. Me encantaría.

Desde el pequeño refugio que habían construido especialmente para ella, Itzl Cha les observaba. Entornó sus ojos negros, chasqueó la lengua, y se apretó con fuerza sus pequeñas manos.

—No lo conseguirías, Patricia —dijo Tarzán—; no de la forma en que yo viajo.

—En India atravesé junglas —explicó ella.

—No —insistió él con decisión—; viajar por tierra aquí es demasiado peligroso. Supongo que ya has oído mencionar que hay animales salvajes.

—Entonces, si es peligroso, no deberías ir —dijo ella— llevando solo un simple arco y algunas flechas. Déjame ir contigo con un rifle; soy buena tiradora, y en India cacé tigres.

Tarzán se puso en pie y Patricia se levantó de un salto, poniéndole las manos en los hombros.

—Por favor, no vayas —le rogó—; tengo miedo por ti —pero él se limitó a reír, se dio la vuelta y salió al trote hacia la jungla.

Patricia le observó hasta que se subió a un árbol y desapareció entre el follaje; entonces dio media vuelta, enojada, y se fue a su choza.

—Ya le enseñaré yo —dijo entre dientes.

Después salió con un rifle y munición. Itzl Cha la observó entrar en la jungla en el mismo lugar que Tarzán, justo en el borde del arroyo. La joven maya se mordió los labios y las lágrimas acudieron a sus ojos; lágrimas de frustración y de rabia. Lum Kip, que trabajaba junto al fuego de cocinar, se puso a tararear para sí.

* * *

Chal Yip Xiu, el sumo sacerdote, seguía furioso por el robo de Itzl Cha cuando estaba bajo el sagrado cuchillo del sacrificio.

—El templo ha sido profanado —gruñó—, y los dioses estarán furiosos.

—Tal vez no —dijo Cit Coh Xiu, el rey—; tal vez, después de todo, fuera en verdad Che, Señor del Bosque.

Chal Yip Xiu miró al rey con aire indignado:

—No era más que uno de los extranjeros que Xatl Din vio en la playa. Si no quieres despertar la ira de los dioses, deberías enviar una fuerza de guerreros al campamento de los extranjeros, para traer de vuelta a Itzl Cha, pues allí es donde la encontrarán.

—Quizá tengas razón —aceptó el rey—; al menos no causará ningún daño. —Y envió a por Xatl Din y le ordenó que cogiera a cien guerreros y fuera al campamento de los extranjeros y trajera de vuelta a Itzl Cha.

—Con un centenar de gu rreros debes ser capaz de matar a muchos de ellos y traerlos como prisioneros a Chichén Itzá.

* * *

Tibbet, con un bote cargado de marineros, remaba para salir del arrecife y proseguir el trabajo de rescatar madera del *Saigón*, mientras los otros miembros del grupo salían para tomar su desayuno. Itzl Cha estaba sentada en silencio y con expresión hosca, comiendo muy poco, pues había perdido el apetito. Janette Laon salió y se sentó al lado De Groote, y Penelope Leigh les miró a todos por encima del hombro.

—¿Patricia ya se ha levantando, Janette? —preguntó el coronel.

Janette miró alrededor.

—Pues sí —respondió—. ¿No está aquí? Se ha ido cuando me he despertado.

—¿Dónde diantres puede estar esa chica? —preguntó Penelope Leigh.

—Oh, debe de estar cerca —dijo el coronel, pero cuando la llamó con voz fuerte resultó evidente que esta perturbado.

—¡Y esa criatura también se ha ido! —exclamó *miss* Leigh—. Sabía que algo terrible como esto iba a ocurrir tarde o temprano, William, si permitías que ese hombre se quedara en el campamento.

—Bueno, ¿qué es exactamente lo que ha ocurrido, Penelope? —preguntó el coronel.

—La ha secuestrado, eso es lo que ha ocurrido.

Lum Kip, que estaba poniendo en la mesa una fuente de arroz, oyó sin querer la conversación y dijo:

—Tarzán, ella, han ido por allí —señaló hacía el nordeste—. Plateecie, él ha ido por allí —y señaló en la misma dirección.

—Tal vez Pat le ha secuestrado a él —sugirió Algy.

—No seas ridículo, Algernon —espetó *miss* Leigh—. Es evidente lo que ha ocurrido: esa criatura la ha engatusado para penetrar en la jungla.

—Han hablado mucho rato —dijo Itzl Cha, malhumorada—. Se han ido separados; se han encontrado en la jungla.

—¿Cómo puedes quedarte ahí sentado, William, y permitir que esa chica india insinúe que tu sobrina ha organizado una cita secreta en la jungla con esa criatura imposible?

—Bueno —dijo el coronel—, si Pat está en la jungla, ruego a los cielos que Tarzán esté con ella.

* * *

Pat siguió un riachuelo que discurría un breve trecho en dirección nordeste, y cuando giró hacia el sur, ella lo siguió también, sin saber que Tarzán se había subido a los árboles y estaba avanzando rápidamente saltando de uno a otro casi justo hacia el norte en dirección al otro lado de la isla. El terreno se elevaba ahora rápidamente, y el riachuelo corría con fuerza en dirección al océano. Pat se dio cuenta de que se estaba comportando como una terca boba, pero, como era terca, decidió subir la montaña un trecho para echar un vistazo a la isla. Le costó ascender, y los árboles constantemente le impedían ver, pero la muchacha prosiguió hasta que llegó a un saliente plano que daba la vuelta al lomo de la montaña. Como para entonces le faltaba bastante el aliento, se sentó a descansar.

* * *

—Pienso que algunos de vosotros deberíais salir en busca de Patricia —dijo *miss* Leigh.

—Iré yo —se ofreció Algy—, pero no sé dónde buscar a la muchacha.

—¿Qué es eso que viene por la playa? —preguntó el doctor Crouch.

—Vaya, son Krause y Schmidt —dijo Bolton—. Sí, y Oubanovitch y el árabe van con ellos.

Casi de forma automática, los hombres aflojaron las pistolas que llevaban en sus fundas y esperaron en silencio mientras los otros cuatro se iban acercando.

Los hombres que estaban a la mesa del desayuno se habían levantado y aguardaban expectantes. Krause fue al grano de inmediato.

—Hemos venido para pediros que nos dejéis regresar y acampar cerca de vosotros —dijo—. No tenemos armas de fuego ni protección alguna donde estamos. Dos de nuestros hombres han entrado en la jungla y no han regresado, y otros dos se los llevaron del campamento sendos leones por la noche. No cabe duda de que usted tiene corazón, coronel; sin duda, no someterá a ningún

compañero a semejantes peligros innecesariamente. Si nos permite volver, le prometemos obedecerle y no causar ningún problema.

—Me temo que causará muchos problemas cuando Tarzán regrese y os encuentre aquí —dijo el coronel.

—Deberías dejar que se quedaran, William —intervino *miss* Leigh—. Aquí estás tú al mando, no esa criatura llamada Tarzán.

—Realmente, creo que sería inhumano echarles —intervino el doctor Crouch.

—Ellos fueron inhumanos con nosotros —dijo Janette Laon con amargura.

—Jovencita —explotó Penelope—, debes aprender a estar en tu lugar; no tienes nada que decir sobre este asunto. El coronel decidirá.

Janette Laon meneó la cabeza para indicar que no había esperanza e hizo un guiño a De Groote. Penelope vio el guiño y explotó de nuevo:

—Eres una insolente —dijo—; tú y la muchacha india y esa criatura, Tarzán, jamás debería haberos permitido estar en el mismo campamento que gente de buena familia.

—Si me permites, Penelope —dijo tenso el coronel—, creo que puedo ocuparme de este asunto sin ayuda, o al menos sin recriminaciones.

—Bien, todo lo que tengo que decir —añadió Penelope— es que debes permitir que se queden.

—Supongamos —sugirió Crouch— que les dejamos quedarse hasta que regrese Tarzán; entonces podemos discutir el asunto con él; son más enemigos suyos que nuestros.

—Son enemigos de todos nosotros —estalló Janette.

—Pueden quedarse, Krause —dijo el coronel—, al menos hasta que regrese Tarzán; y procuren comportarse.

—No le quepa duda de que lo haremos, coronel —respondió Krause—, y gracias por permitir que nos quedemos.

* * *

Patricia veía el océano desde el saliente donde estaba sentada, pero no podía ver nada de la isla; y por lo tanto, después de descansar, fue un poco más lejos. Aquí el paisaje era mucho más abierto y muy

hermoso, con orquídeas que colgaban en espléndidos ramos en muchos árboles, y crecían en profusión jengibre e hibiscus; también había aves con plumaje amarillo y aves con alas de color escarlata que iban de árbol en árbol. Era un panorama idílico y pacífico que le tranquilizó los nervios y borró el último vestigio de su ira.

Se alegraba de haber encontrado aquel lugar tranquilo y se estaba felicitando a sí misma y planeando ir allí a menudo, cuando un gran tigre salió de la maleza y se detuvo frente a ella. Movía la punta de la cola con nerviosismo, y gruñendo había separado los labios para mostrar sus grandes colmillos amarillos.

Patricia Leigh-Burden rezó en silencio mientras se llevaba el rifle al hombro y disparaba dos veces en rápida sucesión.

Capítulo XXI

—Sin duda, no me gusta la idea de tener a esos hombres por aquí todo el tiempo —dijo Janette—. Me dan miedo, en especial Krause.

—Le vigilaré —aseguró De Groote—. Comunícame si alguna vez te hace algo.

—¡Y ahora mira! —exclamó Janette, señalando hacia la playa—. Ahí vienen también todos los lascares. Esos tipos me ponen la piel de gallina.

Cuando calló, llegó a su s oídos el ruido débil pero claro de dos disparos de rifle.

—¡Esa debe de ser Patricia! —exclamó el coronel—. Debe de tener problemas.

—Probablemente, ha tenido que matar a esa criatura —repuso Penelope esperanzada.

El coronel había corrido hasta su choza y cogido su rifle; y cuando echó a andar en la dirección de donde había procedido el ruido del disparo, De Groote, Algy, Crouch y Bolton le siguieron.

Cuando el follaje de la jungla se cerró tras la espalda de Bolton, Schmidt se volvió a Krause y sonrió:

—¿Qué es lo que te hace gracia? —preguntó este último.

—Veamos lo que podemos encontrar en cuanto a rifles y munición —dijo Schmidt a los otros tres hombres—. Parece que hoy es nuestro día de suerte.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Penelope Leigh—. No se atrevan a entrar en esas chozas.

Janette echó a correr hacia su choza para coger su rifle, pero Schmidt la alcanzó y la apartó de un golpe.

—Nada de bromas —le advirtió él.

Los cuatro hombres recogieron las cuatro armas de fuego que quedaban en el campamento y luego, a punta de pistola, obligaron a los lascares a cargar todas las provisiones que Schmidt deseara.

—Un buen botín —dijo a Krause—. Creo que ya tenemos todo lo que queremos.

—Tú quizá sí, pero yo no —respondió el coleccionista de animales; entonces se acercó a Janette—. Ven conmigo, cielo —dijo —; volveremos a empezar en el punto en que lo dejamos.

—Yo no —dijo Janette, retrocediendo.

Krause la agarró por uno de los brazos.

—Sí, tú; y si sabes lo que te conviene, es mejor que no des problemas.

La muchacha intentó liberarse y Krause la golpeó.

—Por el amor de Dios, vete con él —exclamó Penelope Leigh—. No montes una escena; detesto las escenas. De todos modos, le perteneces; sin duda, jamás has pertenecido a mi campamento.

Medio aturdida por el golpe, Janette fue arrastrada mientras se la llevaban; y la esposa del coronel les observó echar a andar de nuevo por la playa en la dirección de la que habían venido.

—El coronel se enterará de que nos habéis robado las provisiones, sinvergüenzas —les gritó.

* * *

Xatl Din y su centenar de guerreros se acercaban por el bosque dispersados en orden para no dejar un rastro bien señalado; y cuando se acercaban, oyeron dos ruidos fuertes y agudos que parecían proceder de poca distancia por delante de ellos. Ninguno de estos hombres había oído nunca el disparo de un arma de fuego, y por lo tanto no tenían ni idea de lo que era. Avanzaron con cautela, con los ojos y los oídos en constante alerta. Xatl Din iba a la cabeza, y cuando llegó a un lugar más abierto de la jungla, se paró de repente, pues sus ojos tropezaron con algo extraño y desacostumbrado.

En el suelo yacía una bestia enorme, de piel rayada, como jamás había visto. Era evidente que estaba muerta, y sobre ella se hallaba de pie una figura ataviada de un modo extraño, que sostenía una cosa larga, negra y reluciente que no era ni un arco, ni una flecha ni

una lanza.

Entonces Xatl Din se dio cuenta de que la criatura era una mujer; y, como era un hombre inteligente, supuso que el ruido que había oído procedía de aquel extraño objeto que ella sujetaba, y que con ello, sin duda alguna, había matado aquella enorme bestia que yacía a sus pies. Xatl Din también razonó que si había podido matar a un animal tan grande y evidentemente feroz, con mayor facilidad podría matar a un hombre; por lo tanto, no salió al claro, sino que se retiró y en susurros dio instrucciones a s u s hombres.

Entonces los mayas se deslizaron en silencio por la jungla hasta que hubieron rodeado a Patricia, y luego, mientras Xatl Din golpeaba un árbol con su espada para hacer un ruido que llamara la atención de la muchacha en su dirección, dos de sus hombres salieron de la jungla por detrás de ella y se le acercaron sin hacer ruido.

Mientras Patricia permanecía en pie mirando en la dirección de la que procedía el ruido, escuchando con atención, unos brazos la rodearon por detrás y le arrebataron el rifle de las manos; entonces un centenar de guerreros vestidos de forma extraña, con espléndidos tocados de plumas y taparrabos bordados, se acercaron corriendo desde la jungla y la rodearon.

Patricia reconoció de inmediato a aquellos hombres, no solo por las descripciones que le habían hecho Itzl Cha y Tarzán, sino también porque había leído mucho respecto a la antigua civilización maya. Estaba tan familiarizada con su civilización, su religión y su cultura como su intensa investigación de muchas expediciones arqueológicas le había permitido conocer. Le parecía que de pronto había retrocedido siglos hasta un pasado muerto, al que pertenecían aquellos hombrecillos morenos. Sabía lo que su captura significaba para ella, pues conocía el destino de los prisioneros mayas. Su única esperanza residía en la posibilidad de que los hombres de su grupo pudieran rescatarla, y esa esperanza era fuerte porque tenía fe en Tarzán.

—¿Qué vais a hacer conmigo? —preguntó en el escaso maya que había aprendido con Itzl Cha.

—Eso tiene que decidirlo Cit Coh Xiu —respondió el hombre—. Te enviaré a Chichén Itzá, al palacio del rey; después, él dará órdenes de que cuatro de sus guerreros lleven a la prisionera a Cit

Coh Xiu.

Mientras Patricia era conducida a su destino, Xatl Din y los guerreros restantes prosiguieron en dirección al Campamento Saigón. El noble estaba muy satisfecho consigo mismo. Aunque no consiguiera llevar a Itzl Cha de vuelta a Chichén Itzá, al menos había proporcionado otro sacrificio en su lugar, y sin duda sería alabado por el rey y por el sumo sacerdote.

* * *

El coronel Leigh y sus compañeros siguieron, en gran parte por casualidad, el mismo sendero por el que Patricia había ido. Ascendieron al saliente que daba la vuelta al lomo de la montaña; y, aunque estaban muy cansados, siguieron adelante casi a la carrera. Su progreso era ruidoso y no tomaban precauciones, pues el único pensamiento que les impulsaba era encontrar a Patricia lo antes posible; y cuando de pronto se tropezaron con una banda de guerreros emplumados, el hecho les pilló totalmente por sorpresa. Con salvajes gritos de guerra, los mayas atacaron lanzando piedras con sus hondas.

—¡Fuego a sus cabezas! —ordenó el coronel.

El aterrador ruido detuvo momentáneamente a los mayas, pero cuando Xatl Din se dio cuenta de que solo era ruido y que ninguno de sus hombres había resultado herido, les ordenó que cargaran otra vez; y una vez más, sus espantosos gritos de guerra resonaron en los oídos de los blancos.

—¡Disparen a matar! —ordenó el coronel—; tenemos que detener a esos tipos antes de que nos alcancen con sus espadas.

Los rifles volvieron a sonar, y cayeron cuatro guerreros. Los otros vacilaron, pero Xatl Din les instó a proseguir.

Aquellas cosas que mataban con un fuerte ruido desde lejos aterrorizaban a los mayas; y aunque algunos de ellos casi lucharon a brazo partido con los blancos, por fin dieron media vuelta y huyeron, llevándose consigo a los heridos. Siguiendo su estrategia, se dispersaron por la jungla para no dejar ningún rastro señalado hasta su ciudad; y los blancos, que se habían equivocado de dirección, se perdieron, pues es difícil orientarse en una densa jungla; y cuando llegaron a un declive pronunciado en la ladera de

una montaña, creyeron que habían cruzado la montaña y estaban descendiendo por la ladera contraria.

Después de avanzar a trompicones en la espesa maleza durante una hora, de pronto llegaron al final de la jungla, solo para quedarse paralizados mirándose atónitos uno a otro, pues ante ellos se hallaba la playa y su propio campamento.

—¡Maldita sea! —profirió el coronel.

Cuando se acercaban al campamento, Tibbet fue a reunirse con ellos, con expresión preocupada.

—¿Ha ocurrido algo, Tibbet? —preguntó el coronel.

—Ya lo creo, señor. Acababa de regresar del *Saigón* con un montón de tablones y me he encontrado con que Schmidt y su grupo nos han robado todas las armas de fuego y la munición que quedaban en el campamento, así como una parte considerable de nuestras provisiones.

—¡Qué canallas! —exclamó el coronel.

—Pero eso no es lo peor —prosiguió Tibbet—; se han llevado a *miss* Laon.

De Groote se quedó blanco.

—¿Por dónde se han ido, Tibbet? —preguntó.

—Playa arriba —respondió el segundo de a bordo—; probablemente han ido a su antiguo campamento.

De Groote, furioso y con el corazón partido, echó a andar.

—Espere —dijo el coronel—, ¿adónde va?

—Voy a buscarles —respondió.

—Van muy bien armados —explicó el coronel—. Usted solo no podrá hacer nada, y ahora no podemos prescindir de ningún hombre para que vaya con usted; es decir, no podríamos ir todos y dejar sola de nuevo a *miss* Leigh, con el riesgo de que esos diablos pintarrajeados puedan a tacar el campamento en cualquier momento.

—De todos modos, iré —replicó De Groote obstinado.

—Iré contigo —decidió Tibbet, y entonces otros dos marineros del *Naiad* también se ofrecieron voluntarios.

—Les deseo suerte —dijo el coronel—, pero por el amor de Dios, vayan con cuidado. Será mejor que entren a hurtadillas en el campamento desde el lado de la jungla y les disparen ocultos en la maleza.

—Sí, señor —contestó De Groote, y él y los tres que se habían ofrecido voluntarios para acompañarle echaron a andar playa arriba con paso rápido.

Capítulo XXII

Tarzán oyó de lejos los disparos durante el encuentro entre los blancos y los mayas, e inmediatamente se dio la vuelta y echó a andar en la dirección de la que creía que venían los ruidos; pero, debido a los ecos y reverberaciones causados por las montañas, no los ubicó correctamente y se equivocó de dirección. Asimismo, le confundió su suposición de que cualquier pelea que hubiera estaría, naturalmente, cerca del Campamento Saigón o el campamento de Schmidt.

Como sabía que estaba más cerca del campamento de Schmidt que del Campamento Saigón, decidió ir allí primero y seguir por la playa hacia el Campamento Saigón, si la pelea no era en el primer lugar.

Mientras se acercaba al final del bosque al otro lado del campamento de Schmidt, redujo el paso y fue con más cautela, y menos mal que lo hizo, pues cuando el campamento se halló a su vista, vio a los hombres que regresaban y que los cuatro blancos iban muy armados. Vio a Janette Laon arrastrada por Krause y a los lascares que iban cargados. Sabía lo que había ocurrido; pero cómo había ocurrido no podía adivinarlo. Naturalmente, supuso que los disparos que había oído se habían producido en un encuentro entre esos hombres y los del Campamento Saigón, y dedujo que el grupo de Schmidt había salido victorioso. Tal vez todos los demás blancos habían muerto, pero ¿dónde estaba Patricia? ¿Dónde estaba la pequeña Itzl Cha? El destino de Penelope Leigh no le preocupaba.

* * *

El coronel se enfrentaba a un dilema. El campamento ahora solo

podía alardear de cuatro hombres armados, apenas suficiente para defenderlo; y no podía ir en busca de Patricia y dejar a Penelope desprotegida, así como tampoco podía dividir su pequeña fuerza, pues incluso cuatro hombres resultaban insuficientes para repeler otro ataque por parte de Schmidt o de los mayas si venían en buena cantidad, ni cuatro hombres podían esperar atacar con éxito la ciudad de Chichén Itzá a la que estaba convencido de que habían llevado a Patricia. Y mientras el coronel buscaba en vano una solución a su problema, Patricia Leigh-Burden era conducida a la sala del trono de Cit Coh Xiu, rey de la isla de Uxmal, y el cabecilla de su escolta se dirigió al rey.

—El noble Xatl Din nos ordenó que trajéramos a esta prisionera a su rey y amo, mientras Xatl Din y sus guerreros seguían para atacar el campamento de los extranjeros. Ha habido una batalla, pues hemos oído los extraños ruidos con los que matan estos hombres blancos, pero no sabemos con qué resultado.

El rey hizo gestos de asentimiento.

—Xatl Din ha hecho bien —dijo.

—Lo ha hecho excelentemente —dijo Chal Yip Xiu, el sumo sacerdote—; esta mujer será una ofrenda muy adecuada para nuestros dioses.

Cit Coh Xiu miró de arriba abajo a la muchacha y la encontró bella. Era la primera mujer blanca que veía, y de pronto se le ocurrió que sería una vergüenza entregársela a algún dios que tal vez no la querría. No se atrevió a expresarlo en voz alta, pero pensó que la muchacha era demasiado hermosa para cualquier dios; y, en realidad, según los cánones de cualquier raza, Patricia Leigh-Burden era muy hermosa.

—Creo —dijo el rey— que me la quedaré un tiempo como criada personal.

Chal Yip Xiu, el sumo sacerdote, miró al rey con bien fingida sorpresa. En realidad, no le sorprendía en absoluto, pues conocía a su rey, quien ya había tomado en préstamo a los dioses varias bellas ofrendas.

—Si es elegida por los dioses —dijo—, los dioses se enojarán con Cit Coh Xiu si se la queda para sí mismo.

—Tal vez estaría bien —dijo el rey—, si pudieras ver que no ha sido elegida…, al menos de inmediato. De todos modos, no creo que

los dioses la quieran —añadió.

Patricia, que escuchaba con atención, había comprendido al menos de qué estaban hablando.

—Un dios ya me ha elegido —declaró—, y se enojará si me hacéis daño.

Cit Coh Xiu la miró con sorpresa.

—Habla la lengua de los mayas —dijo al sumo sacerdote.

—No muy bien —comentó Chal Yip Xiu.

—Los dioses hablan su propia lengua —dijo Patricia—; les sirve de poco el lenguaje de los mortales.

—¿Puede ser que se trate de una diosa? —preguntó el rey.

—Soy la compañera de Che, Señor del Bosque —anunció Patricia—. Él está ya muy enojado con vosotros por el modo en que le tratasteis cuando vino a Chichén Itzá. Si sois sensatos, me dejaréis regresar con él. Si no, sin duda alguna os destruirá.

El rey se rascó la cabeza y miró al sumo sacerdote con aire interrogador.

—Bueno —dijo—, tú deberías saberlo todo sobre los dioses, Chal Yip Xiu; ¿era realmente Che, Señor del Bosque, el que vino a Chichén Itzá? ¿Era un dios el que metiste en una caja de madera? ¿Era un dios el que robó la ofrenda del altar del sacrificio?

—No lo era —espetó el sumo sacerdote—; no era más que un mortal.

—No obstante, no debemos precipitarnos —dijo el rey—. Puedes retener a la muchacha temporalmente; que la lleven al Templo de las Vírgenes y ocúpate de que la traten bien.

Esto ordenó Chal Yip Xiu a dos sacerdotes inferiores, indicándoles que condujeran a la prisionera al Templo de las Vírgenes.

Patricia notó que si bien no había impresionado mucho al sumo sacerdote, sí había causado un gran efecto en el ánimo del rey, y que al menos había conseguido un aplazamiento que podría dar tiempo a Tarzán y a los demás para rescatarla; y mientras era conducida desde el palacio, tenía la mente suficientemente calmada para permitirle observar las maravillas de Chichén Itzá.

Ante ella se elevaba una imponente pirámide hecha de bloques de lava, y por los empinados escalones de un costado de esta, la condujeron a un templo ricamente decorado que se alzaba en la

cima: El Templo de las Vírgenes. Allí fue entregada a la suma sacerdotisa que se hallaba a cargo del templo, en el que se alojaban unas cincuenta muchachas, la mayoría de ellas de familias nobles; pues se consideraba un honor ofrecerse voluntaria para este servicio. Ellas mantenían encendidos los sagrados fuegos y barrían los suelos del templo. Cuando lo deseaban podían dejarlo y casarse; y siempre eran buscadas por guerreros y nobles.

Patricia se quedó parada en la columnata del templo y contempló la ciudad de Chichén Itzá. Vio sus palacios y templos agrupados al pie de la pirámide rodeándola y las chozas de techo de paja del pueblo común más allá de la muralla, y detrás de estas los campos que se extendían hasta la linde de la jungla; y se imaginó que había retrocedido muchos siglos en el tiempo hasta el antiguo Yucatán.

* * *

Mientras Tarzán observaba a través de la vegetación de la jungla que le ocultaba, se dio cuenta de la inutilidad de intentar salir al claro y hacer frente a cuatro hombres fuertemente armados, mientras que él solo llevaba un arco. Pero Tarzán tenía recursos propios, y estaba seguro de que podría rescatar a Janette de aquellos hombres sin necesidad de arriesgar su vida innecesariamente.

Esperó hasta que se hubieron acercado más y los lascares hubieron dejado sus cargas; luego, puso una flecha en su arco y, tras doblar este hasta que la punta de la flecha volvió a descansar contra su pulgar izquierdo, apuntó con cuidado. La cuerda del arco produjo un sonido agudo; y, un instante después, Krause lanzó un grito y cayó de bruces, con una flecha clavada en el corazón.

Los demás miraron alrededor consternados.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Oubanovitch—; ¿qué le ha pasado a Krause?

—Está muerto —dijo Schmidt—; alguien le ha disparado con un arco.

—El hombre mono —intervino Abdullah Abu Néjm—; ¿quién si no él habría podido hacerlo?

—¿Dónde está? —preguntó Schmidt.

—Aquí estoy —respondió Tarzán—, y tengo muchas más flechas. Dirígete hacia mi voz, Janette, y entra en la jungla; y si alguien intenta detenerte, recibirá lo mismo que Krause.

Jane se apresuró a encaminarse hacia la jungla, y ninguna mano se alzó para detenerla.

—¡Maldito salvaje! —exclamó Schmidt, y entonces prorrumpió en un torrente de obscenidades—. ¡Lo cogeré! ¡Lo cogeré! —gritó, y, alzando su rifle, disparó hacia la jungla en la dirección de la que proviniera la voz de Tarzán.

De nuevo sonó la cuerda del arco; y Schmidt, aferrando una flecha que tenía clavada en el pecho, cayó de rodillas y luego rodó y se quedó de costado, justo cuando Janette entraba en la jungla, y Tarzán saltó al suelo a su lado.

—¿Qué ha ocurrido en el campamento? —preguntó él, y ella se lo contó brevemente.

—De modo que dejaron regresar a Schmidt y a su pandilla —gruñó Tarzán—. Me sorprende por parte del coronel.

—Básicamente, fue culpa de esa horrible vieja —dijo Janette.

—Vamos —dijo Tarzán—, volveremos lo antes posible —y echándose a Janette al hombro, se subió a los árboles.

Mientras él y Janette se aproximaban al Campamento Saigón, De Groote, Tibbet y los dos marineros avistaron el campamento de Schmidt.

Recorrieron con la vista el campamento y no vieron a Janette, pero De Groote vio a dos hombres que yacían en el suelo, y los lascares acurrucados a un lado, aparentemente aterrorizados.

Abdullah fue el primero en ver a De Groote y su grupo, y como sabía que venían a vengarse y no tendrían clemencia, se llevó el rifle al hombro y disparó. Erró el tiro, y De Groote y Tibbet corrieron hacia delante, disparando, con los dos marineros, armados solo con arpones, pisándoles los talones.

Se intercambiaron varios disparos simultáneamente, y Oubanovitch y Abdullah Abu Néjm fueron abatidos.

De Groote y Tibbet siguieron corriendo, seguidos por los marineros, dispuestos a acabar con todos los hombres que aún presentaran pelea; pero el ruso, el árabe y Krause estaban muertos, y Schmidt se retorcía y gritaba agonizante, incapaz de hacerles ya ningún daño.

De Groote se inclinó sobre él.

—¿Dónde está *miss* Laon? —preguntó.

Gritando y profiriendo maldiciones, casi ininteligibles sus palabras, Schmidt murmuró:

—El salvaje, maldito sea, se la llevó —y entonces murió.

—¡Gracias a Dios! —exclamó De Groote—; ahora está a salvo.

Los cuatro cogieron las armas y la munición de los cuerpos de los muertos, y con la autoridad que estas les daban obligaron a los lascares a recoger los fardos y echar a andar de vuelta hacia el Campamento Saigón.

Capítulo XXIII

Cuando Tarzán y Janette salieron de la jungla y se aproximaban al campamento, fueron saludados por un grupo desesperado y descorazonado. Solo uno de sus miembros mostró su agradecimiento. Era Penelope Leigh. Cuando les vio, dijo a Algy:

—Al menos Patricia no estaba con esa criatura.

—Oh, vamos, tía Pen —dijo Algy con impaciencia—; supongo que ahora dirás que Tarzán y Janette organizaron todo esto para poder reunirse en la jungla.

—No me habría sorprendido nada —replicó *miss* Leigh—. Un hombre que se lía con una india es capaz de hacer cualquier cosa.

Tarzán estaba disgustado por todo lo que había su cedido durante su ausencia, en gran parte porque habían desobedecido sus órdenes, pero se limitó a decir:

—No se les debería haber permitido acercarse a este campamento a menos distancia de un tiro de pistola.

—Fue culpa mía —reconoció sin ambages el coronel Leigh—; lo hice en contra de mi mejor criterio, porque parecía inhumano hacerles volver allí sin armas, con una fiera devoradora de hombres merodeando por su campamento.

—No fue culpa del coronel —dijo Janette furiosa—; le obligaron. Esa odiosa vieja es la que tiene toda la culpa. Ella insistió; y ahora, por culpa de ella, puede que Hans resulte muerto. —En cuanto cesó de hablar oyeron los lejanos disparos de armas de fuego, procedentes de la dirección del campamento de Schmidt—. ¡Allí! —exclamó Janette; luego se volvió hacia *miss* Leigh—: ¡Si le ocurre algo a Hans, usted será la responsable! —gritó.

—Lo hecho, hecho está —dijo Tarzán—; lo importante ahora es encontrar a Patricia. ¿Estás seguro de que fue capturada por los

mayas?

—Oímos dos disparos —explicó el coronel—, y cuando fuimos a investigar tropezamos con un centenar de guerreros mayas. Los dispersamos, pero no fuimos capaces de seguirles el rastro; y aunque no vimos ni atisbo de Patricia, parece que lo más probable es que la hubieran capturado antes de que los encontráramos.

—Y ahora, William, espero que estés satisfecho —dijo *miss* Leigh —; todo es culpa tuya, por participar en esta estúpida expedición.

—Sí, Penelope —replicó el coronel con aire resignado—, supongo que todo es culpa mía, pero repetírmelo una y otra vez no contribuye para nada a resolver las cosas.

Tarzán llevó aparte a Itzl Cha para hablar con ella lejos de las interrupciones de los otros.

—Dime, Itzl Cha —dijo—, qué es lo que más probablemente hará tu gente a Patricia.

—Nada, dos, tres días, tal vez un mes —respondió la muchacha —; luego, la ofrecen a un dios.

—Mira ahora a esa criatura —dijo Penelope Leigh—, hablando con esa jovencita india en susurros. Puedo imaginar lo que le está diciendo.

—¿Pondrían a Patricia en la jaula donde me metieron a mí? —preguntó Tarzán.

—Creo que en el Templo de las Vírgenes, en la cima de la pirámide sagrada; el Templo de las Vírgenes es un lugar muy sagrado y muy bien protegido.

—Puedo llegar hasta allí —aseguró Tarzán.

—No irás allí, ¿verdad? —preguntó Itzl Cha.

—Esta noche —respondió Tarzán.

La muchacha le rodeó con los brazos.

—Por favor, no vayas —le rogó—; no puedes salvarla, y te matarán.

—¡Mira! —exclamó Penelope Leigh—; ¡es el mayor descaro que he visto en mi vida! William, debes poner fin a esto. No puedo soportarlo; jamás me había visto en la necesidad de tratar con gente tan disoluta —y lanzó una mirada venenosa a Janette.

Tarzán se soltó de los brazos de la muchacha.

—Vamos, vamos, Itzl Cha —dijo—; no me matarán.

—No vayas —suplicó ella—. Oh, Che, Señor del Bosque, te amo.

Llévame contigo a la jungla. No me gusta esta gente.

—Han sido muy buenos contigo —le recordó Tarzán.

—Lo sé —dijo Itzl Cha con gesto hosco—, pero no quiero su bondad; solo te quiero a ti, y no debes ir a Chichén Itzá esta noche ni nunca.

Tarzán sonrió y le dio unas palmadas en el hombro.

—Iré esta noche —dijo.

—La amas —gritó Itzl Cha—; esta es la razón por la que vas. Me dejas por ella.

—Eso será todo —atajó Tarzán con firmeza—; no digas nada más.

Entonces la dejó y se reunió con los demás, y Cha, furiosa de celos, entró en su choza y se echó al suelo, dando patadas con sus pies calzados con sandalias y puñetazos en el suelo. Luego se levantó y se asomó por la puerta, justo a tiempo de ver regresar a De Groote y su grupo, y mientras todos los demás centraban su atención en ellos, la pequeña Itzl Cha salió arrastrándose de su choza y echó a correr hacia la jungla.

Janette corrió y abrazó a De Groote, con lágrimas de alegría resbalándole por las mejillas.

—Creía que te habían matado, Hans —dijo entre sollozos—; creía que te habían matado.

—Pues estoy vivito y coleando —bromeó—, y ya no tienes nada más que temer de Schmidt y su pandilla; todos están muertos.

—Me alegro —dijo Tarzán—; eran hombres malos.

* * *

La pequeña Itzl Cha corrió por la jungla. Estaba aterrorizada, pues cada vez era más oscuro y por la noche en el bosque hay demonios y los espíritus de los muertos; pero siguió corriendo, espoleada por los celos, el odio y el deseo de venganza.

Llegó a Chichén Itzá después de anochecer, y el guardia apostado en la puerta no la dejó pasar hasta que ella le dijo quién era y que tenía que dar un recado importante a Chal Yip Xiu, el sumo sacerdote. La llevaron ante él y ella se hincó de rodillas.

—¿Quién eres? —preguntó el hombre, y entonces la reconoció —. Así que has vuelto —dijo—. ¿Por qué?

—He venido a decirte que el hombre que me robó del altar del sacrificio vendrá esta noche a llevarse a la muchacha blanca del templo.

—Por este hecho mereces mucho de los dioses —dijo Chal Yip Xiu—, y de nuevo serás honrada siendo ofrecida a ellos —y metieron a la pequeña Itzl Cha en una jaula de madera para esperar el sacrificio.

Tarzán avanzaba lentamente por la jungla camino de Chichén Itzá. No deseaba llegar antes de medianoche, cuando creía que la ciudad estaría silenciosa y la mayoría de sus habitantes dormiría. Un viento suave le acariciaba el rostro y llevó hasta su olfato un rastro de olor conocido: *Tantor*, el elefante, andaba cerca. Había encontrado un camino más fácil para ir a la meseta que el más corto que Tarzán empleaba, y asimismo en la meseta había encontrado un espléndido suministro de tiernos brotes que eran los que más le gustaban.

Tarzán no le llamó hasta que estuvo bastante cerca, y entonces habló en voz baja; y *Tantor*, que reconoció su voz, se acercó y comprobó si estaba en lo cierto pasando la trompa por el cuerpo del hombre mono.

A una orden levantó a Tarzán hasta su cruz, y el Señor de la Jungla cabalgó hasta la linde del bosque justo fuera de la ciudad de Chichén Itzá.

Deslizándose de la cabeza de Tantor, Tarzán cruzó los campos hasta la muralla de la ciudad. Antes de llegar allí, echó a correr y, cuando se cernía ante él, trepó por ella como lo hubiera hecho un gato. La ciudad estaba silenciosa y las calles estaban desiertas; de modo que Tarzán llegó al pie de la pirámide sin encontrarse con nadie.

En el interior del Templo de las Vírgenes, justo al entrar, una docena de guerreros se escondían en las sombras mientras Tarzán subía los escalones para llegar a la cima. Fuera del templo se detuvo y aguzó el oído; entonces dio la vuelta para ponerse a sotavento, de modo que la brisa que soplaba transportara a su sensible olfato la información que deseaba.

Permaneció allí unos instantes; y luego, satisfecho, dio la vuelta con cautela hasta la entrada. En el umbral se detuvo de nuevo y escuchó; luego entró, y en cuanto lo hizo le arrojaron una red y la

tensaron, y una docena de guerreros cayó sobre él y lo enredaron tanto en ella que Tarzán quedó indefenso.

Un sacerdote salió del templo y se llevó una trompeta a los labios, y lanzó tres largos trompetazos. Como por arte de magia, la ciudad despertó, aparecieron luces y la gente acudía como un torrente hacia la pirámide del templo.

Bajaron a Tarzán por el largo tramo de escalones y, abajo, le rodearon sacerdotes ataviados con largas capas bordadas y espléndidos tocados. Después trajeron a Patricia. Con una vanguardia de trompetas y tambores, Cit Coh Xiu, el rey, y Chal Yip Xiu, el sumo sacerdote, encabezaban una procesión que recorrió la ciudad y salió por la puerta del este.

Habían colocado a Tarzán en una litera que era transportada por cuatro sacerdotes; detrás de él iba Patricia, a pie, custodiada; y detrás de ella la pequeña Itzl Cha iba en su jaula de madera. Una luna llena arrojaba su suave luz sobre la bárbara procesión, que además estaba iluminada por centenares de antorchas que portaban los que marchaban detrás.

La procesión penetró en la jungla hasta el pie de una montaña, y ascendieron zigzagueando hasta llegar al borde del cráter de un volcán extinguido que estaba en la cima. Casi estaba amaneciendo cuando la procesión emprendió el camino por un estrecho sendero que descendía hasta el fondo del cráter y allí se detuvo en el borde de un gran agujero. Los sacerdotes entonaron un cántico con acompañamiento de flautas, tambores y trompetas; y, justo al amanecer, la bolsa de malla en la que estaba Tarzán fue cortada y a él le arrojaron al abismo, a pesar de las súplicas de Itzl Cha, quien se había arrepentido y había advertido a los sacerdotes que aquel hombre realmente era Che, Señor del Bosque. Les había rogado que no le mataran, pero Chal Yip Xiu la había hecho callar y pronunció la palabra que envió a Tarzán a su trágico destino.

Capítulo XXIV

Patricia Leigh-Burden no era el tipo de muchacha que se conmueve fácilmente y llora, pero ahora que se hallaba al borde de aquel terrible abismo, su cuerpo se convulsionaba a causa de los sollozos; y entonces, cuando el sol estuvo sobre el borde y arrojó su luz al cráter, vio a Tarzán nadando lentamente en una charca a unos veinte metros. Al instante acudieron a su mente las historias que había leído del sagrado *dnozot* de la antigua Chichén Itzá en Yucatán, y la esperanza volvió a arder en su pecho.

—Tarzán —gritó, y el hombre se giró y miró hacia arriba—. Escucha —prosiguió—. Conozco esta forma de pozo del sacrificio; lo practicaban los mayas en América Central hace cientos de años. La víctima era arrojada al pozo sagrado de Chichén Itzá al amanecer, si a mediodía seguía viva, la sacaban y la elevaban al rango más elevado; prácticamente, se convertía en un dios vivo en la tierra. Tienes que mantenerte a flote hasta mediodía, Tarzán; ¡tienes que hacerlo!, ¡tienes que hacerlo!

Tarzán le sonrió y la saludó con la mano. Los sacerdotes miraban a la muchacha con recelo, aunque no tenían ni idea de lo que le había dicho a su víctima.

—¿Crees que podrás. Tarzán? —preguntó ella—. Tienes que hacerlo, porque te amo.

Tarzán no respondió; se dio la vuelta y se puso a nadar lentamente alrededor del pozo, que tenía aproximadamente unos treinta metros de diámetro con los lados perpendiculares de liso vidrio volcánico.

El agua estaba fresca pero no fría, y Tarzán nadaba con la suficiente fuerza para evitar que su cuerpo se enfriase demasiado.

La gente había traído comida y bebida; y mientras observaban

durante las largas y lentas horas, convirtieron la ocasión en una fiesta.

Cuando el sol ascendía hacia el cénit, Chal Yip Xiu empezó a dar señales de tensión y nerviosismo, pues si la víctima vivía hasta el mediodía, podría resultar ser en verdad Che, Señor del Bosque, lo cual sería muy embarazoso para el ah kin mai. Todos los ojos que podían verlo estaban puestos en un tosco reloj de sol situado junto al borde del *dzonot*; y cuando señaló el mediodía, se alzó un gran grito, pues la víctima seguía viva.

El sumo sacerdote estaba furioso, pues la gente aclamaba a Tarzán como a Che, Señor del Bosque, y exigía que fuera sacado del agua. Le arrojaron una larga cuerda, con un nudo corredizo al final mediante el cual podría ser sacado del *dzonot*; pero Tarzán hizo caso omiso del nudo corredizo y trepó por la cuerda con las manos. Cuando salió por el borde, la gente se hincó de rodillas ante él y le suplicaron el perdón y favores.

El rey y el sumo sacerdote parecían de lo más incómodo cuando Tarzán les miró a la cara.

—Vine a la tierra en forma de mortal —dijo— para ver cómo gobernabais a mi gente de Chichén Itzá. No estoy satisfecho. Volveré otra vez algún día para ver si habéis mejorado. Ahora me voy, y me llevo a esta mujer —y puso una mano en el brazo de Patricia—. Os ordeno que dejéis libre a Itzl Cha, y procurad que ni ella ni nadie más sea sacrificado antes de mi regreso.

Cogió a Patricia de la mano y juntos descendieron el empinado sendero que conducía al borde del cráter y después la ladera del volcán, seguidos por la gente, que formaba una larga procesión, cantando mientras marchaban. Cuando llegaron a la ciudad, Tarzán se volvió y alzó una mano.

—No me sigáis más —dijo a la multitud, y luego se dirigió a Patricia—: Ahora les daré algo para que lo cuenten a sus nietos.

Ella le miró con aire interrogador y sonrió.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

Por toda respuesta, lanzó un largo y horripilante grito, y luego, en el lenguaje de los grandes simios, gritó:

—¡Ven, *Tantor*, ven! —y mientras él y Patricia cruzaban el campo y se acercaban al bosque, un gran elefante macho salió a recibirles, y un grito de asombro y de temor se alzó de la multitud

que se agolpaba tras ellos.

—¿No se nos comerá ni nos hará nada? —preguntó Patricia, mientras se acercaban al enorme animal.

—Es mi amigo —dijo Tarzán, poniendo una mano sobre la trompa de la gran bestia—. No tengas miedo —dijo a Patricia—; te subirá a su cruz —y a una orden, *Tantor* subió a la muchacha y después a Tarzán.

Cuando dio la vuelta para entrar en la jungla, Tarzán y Patricia miraron atrás y vieron a toda la gente de Chichén Itzá de rodillas, con la cara apretada contra el suelo.

—Sus tataranietos oirán contar esto —dijo Patricia.

* * *

En el Campamento Saigón, el desanimado grupo aguardaba desesperado el regreso de Tarzán. Muchos de ellos habían dormido muy poco la noche anterior, y las largas horas de la mañana transcurrían con lentitud. Llegó la hora del té y Tarzán no había regresado todavía; pero, siguiendo su costumbre, se prepararon té; y mientras estaban sentados en torno a la mesa, tomando la bebida a sorbitos y lánguidamente, todos debían de tener el mismo pensamiento en la mente: jamás volverían a ver a Patricia ni a Tarzán.

—No deberías haber dejado que esa criatura se marchara solo con Patricia —se quejó *miss* Leigh—; probablemente, la encontró en perfecto estado y vete a saber lo que le ha ocurrido desde entonces.

—¡Oh, Penelope! —exclamó el coronel en tono de desesperación —. ¿Por qué le tienes tanta manía a ese hombre? No ha hecho nada más que portarse como un amigo con nosotros.

—¡Bah! —exclamó Penelope—. Eres muy espeso, William; yo lo calé a primera vista: es un trepador; quiere congraciarse con nosotros y luego es muy probable que intente casarse con Patricia por el dinero que ella heredará.

—Señora —dijo De Groote en tono gélido—, «esa criatura», como usted la llama, es John Clayton, lord Greystoke, un vizconde inglés.

—¡Tonterías! —exclamó *miss* Leigh.

—No es ninguna tontería —replicó De Groote—; Krause me

contó quién era mientras estuvimos encerrados juntos en aquella jaula. Él lo supo por el árabe, que le conocía de muchos años.

Miss Leigh se quedó boquiabierta, y de pronto pareció deshincharse, pero rápidamente se recuperó.

—Casi lo esperaba —dijo tras una pausa—. Lo único que siempre he criticado de él ha sido su predilección por la desnudez. ¿Por qué no nos dijo esto antes, joven?

—No sé por qué se lo he dicho ahora —replicó De Groote—; no es asunto mío; si él hubiera querido que lo supiéramos, nos lo habría contado.

—¡Ahí viene! —exclamó Janette—, ¡y Patricia está con él!

—¡Qué maravilla! —exclamó Penelope—. Qué buena pareja hacen mi sobrina y lord Greystoke.

Desde la cruz del elefante Patricia podía ver mucho más allá del arrecife; y cuando ella y Ta rzán se deslizaron al suelo, corrió hacia el grupo que la aguardaba, señalando y gritando:

—¡Mirad! ¡Un barco! ¡Un barco!

Había un barco muy a lo lejos; y los hombres se apresuraron a hacer fuego en la playa, y cuando ardía, arrojaron hojas verdes y queroseno hasta que una gran nube de humo negro se elevó hacia el cielo.

De Groote y algunos marineros se metieron en un bote en un esfuerzo frenético, aunque potencialmente inútil, de llamar más la atención del barco.

—No nos ven —dijo Janette.

—Y puede que no pase otro barco en cien años —observó el doctor Crouch.

—Eso es demasiado tiempo para esperar cualquier cosa, ¿no? —dijo Algy.

—Han cambiado el rumbo —anunció Bolton—; creo que vienen hacia aquí.

El coronel había ido a su choza y salió con unos binoculares en la mano. Echó un largo vistazo con ellos; y cuando bajó las lentes, había lágrimas en sus ojos. Tardó un momento en poder hablar.

—Es el Naiad —explicó—, y se dirige hacia la costa.

Esa noche, bajo una luna llena del trópico, dos parejas holgazaneaban en cómodas tumbonas en la cubierta del *Naiad*. Tarzán puso una mano sobre una de Patricia.

—En tu excitación nerviosa de hoy en el *dzonot* has dicho algo, Patricia, que los dos debemos olvidar.

—Sé a qué te refieres —respondió ella—. Verás, entonces no sabía que era imposible, pero lo dije de corazón, y siempre será así.

—¡Tarzán! —llamó De Groote desde el otro lado del yate—. Janette trata de convencerme de que el capitán puede casarnos. Está en un error, ¿verdad?

—Estoy seguro de que es un error —sentenció el hombre mono.

TARZÁN Y EL CAMPEÓN

—¡Seis, siete, ocho, nueve… *diez*! —El árbitro se dirigió hacia un rincón neutral y levantó la mano derecha de Mullargan—. ¡El ganador y nuevo campeón! —gritó.

Durante unos instantes el público, que solo llenaba parcialmente Madison Square Garden, permaneció en su asiento en perplejo y estupefacto silencio; después hubo un estallido de aplausos, entre los cuales se mezclaba un volumen casi igual de abucheos. No es que los que abucheaban pusieran en duda que la decisión era correcta; solo que no les gustaba Mullargan, un luchador notoriamente sucio. También sin duda, muchos de ellos habían apostado su buena pasta por el campeón.

Joey Marks, el mánager de Mullargan, y el otro hombre que había estado en su rincón pasaron entre las cuerdas y dieron unas palmadas en la espalda a Mullargan; fotógrafos, reporteros de deportes, policía y parte del público se agolpó en el cuadrilátero; inquietos comentaristas de noticias berreaban las novedades que hacían época a un mundo que aguardaba.

El excampeón, reanimado pero aún un poco mareado, cruzó el cuadrilátero y le tendió la mano a Mullargan en gesto de felicitación. El nuevo campeón no la cogió.

—Mariquita… —dijo, y se dio la vuelta.

«Puñetazo Único» Mullargan había hecho una buena carrera en poco más de dos años: de aficionado pasó a semiprofesional y luego a campeón del mundo de pesos pesados; y por el camino se había ganado este apodo. En realidad, tenía un puñetazo único; y solo necesitaba ese: un derechazo letal en el punto preciso. A veces tenía que esperar varios *rounds* antes de encontrar una abertura, pero al final siempre la encontraba. El excampeón, favorito diez a uno en el cuadrilátero, había caído en el tercer *round*. Desde entonces, Puñetazo Único Mullargan solo había combatido siete *rounds*; sin embargo, había defendido con éxito su calidad de campeón seis veces, dejando a tres hombres con la mandíbula rota y a uno con el cráneo fracturado. Al fin y al cabo, ¿quién desea que le fracturen el cráneo?

Por eso Puñetazo Único Mullargan decidió tomarse unas vacaciones y hacer algo que siempre había deseado hacer, pero hasta entonces el destino siempre había intervenido para impedírselo. Varios años antes, había visto un cartel que decía:

INGRESA EN LA ARMADA y VERÁS MUNDO; siempre había recordado ese cartel, y ahora, con la posibilidad de hacer vacaciones, Mullargan decidió ir a ver mundo por sí mismo, sin ayuda de la Armada ni de los marines.

—Nunca he visto las cataratas del Niágara —dijo su mánager—. Sería un buen lugar para ir de vacaciones. Si fuéramos allí, también serviría para hacer mucha publicidad de las cataratas.

—¡Las cataratas del Niágara, por favor! —exclamó Mullargan—. Iremos a África.

—África… —masculló míster Marks—. Eso está lejísimos…, en algún lugar más allá de Suramérica. ¿Para qué quieres ir allí?

—A cazar. ¿Viste aquellas cabezas que tenía aquel tipo en su casa, donde estuvimos después del combate de la otra noche? Leones, búfalos, elefantes… ¡Dios! Eso sí que ha de ser deporte.

—No hemos perdido ningún león, muchacho —dijo Marks. Había un leve tono de súplica en su voz—. Oye, muchacho: quédate por aquí para otro par de combates; luego tendrás suficiente pasta para retirarte, y entonces puedes ir a África o a cualquier lugar que te plazca…, pero yo no.

—Voy a ir a África y tú vendrás conmigo. Si quieres hacer un poco de publicidad de ello, será mejor que llames a esos holgazanes de la prensa.

Diez días más tarde, reporteros de deportes y fotógrafos se agolpaban alrededor del campeón en la cubierta del barco. Destellaban los *flashes*, chasqueaban los obturadores; los reporteros lanzaban preguntas; los pasajeros se arremolinaban cerca estirando el cuello; una muchacha se abrió paso a codazos a través de la multitud con un álbum de autógrafos.

—¿Cuándo aprendió él a escribir? —preguntó uno del *Daily News*.

—Es un sabio —gruñó Mullargan.

—Dele recuerdos a Tarzán cuando llegue a África —dijo otro.

—Y no te pongas chulo con él o te destrozará —intervino el hombre del *Daily News*.

—He visto a ese tipo en fotos —dijo Mullargan—. No podría destrozar a nadie.

—Te apuesto diez a uno que podría dejarte K.O. en el primer *round* —se burló el hombre del *Daily News*.

—No tienes diez, amigo —replicó el campeón.

* * *

Un camión sumamente cargado avanzaba despacio por una vasta llanura bajo las armas del bosque que se habían detenido allí, enviando a diversos piquetes para reconocer el terreno en el que el enemigo resistía. Por qué el ejército de árboles nunca avanzaba, por qué la llanura siempre tenía lo suyo…, son misterios.

Y el camión era un misterio para el hombre que estaba lejos en la llanura, y que observaba su lento avance. Sabía que allí no había caminos, que tal vez desde la creación este era el primer vehículo con ruedas que pasaba por allí.

Un hombre blanco con un desaliñado casco de ala ancha conducía el camión; a su lado se sentaba un hombre negro; despatarrado sobre la carga iban otros varios negros. La sombra del bosque cada vez más larga se extendía mucho más allá del anacronismo que se arrastraba, señalando que se acercaba el breve crepúsculo ecuatorial.

El hombre que estaba fuera en la llanura puso su rumbo de modo que pudiera encontrarse con el camión. Se movía con fáciles y sinuosas zancadas, casi tan suaves como las de un felino. No iba vestido, aparte de un taparrabos; sus armas eran primitivas: un carcaj con flechas y un arco colgado a la espalda, un cuchillo de caza metido en una tosca funda en la cintura, una lanza corta y recia que llevaba en la mano. Enrollada en el hombro y bajo el brazo opuesto tenía un rollo de cuerda hecha con hierba. El hombre era muy moreno, pero no era un negro. Una vida entera bajo el sol africano era la razón de su bronceada piel.

Sobre un hombro iba sentado un monito, rodeándole con un brazo el moreno cuello.

—*Tarmangani, Nkima* —dijo el hombre, mirando en dirección al camión.

—*Tarmangani* —parloteó el mono—. *Nkima* y Tarzán matarán al *tarmangani*.

Se puso de pie e hinchó los carrillos; tenía un aspecto muy feroz. Cuando se hallaba a una gran distancia de un enemigo, o sobre el hombro de su amo, el pequeño *Nkima* tenía corazón de león. Su

valentía iba en proporción inversa a la distancia que le separaba de Tarzán y en proporción directa a lo que había entre él y el peligro. Si el pequeño *Nkima* hubiera sido un hombre, probablemente habría sido un gángster, y sin duda un matón; pero aun así, habría sido un cobarde. Como solo era un monito, resultaba divertido y nada más. Sin embargo, poseía una característica que, dada la ocasión, lo elevaba casi a alturas de sublimidad. Y esta era su abnegada lealtad a su amo, Tarzán.

Al fin el hombre del camión vio al hombre que iba a pie; vio que iban a encontrarse un poco más adelante. Colocó su pistola en una posición más accesible y la aflojó en su pistolera. Miró el rifle que el muchacho que iba a su lado sujetaba entre las rodillas y vio que le sería fácil cogerlo. Nunca había estado en aquella localidad, y no conocía el temperamento de los nativos. Era mejor tomar precauciones. A medida que la distancia entre ellos disminuía, trató de identificar al extranjero.

—*¿Mtu mweusi?* —preguntó al muchacho que estaba a su lado, que también observaba al extranjero que se acercaba.

—*Mzungu, bwana* —respondió el chiquillo.

—Supongo que tienes razón —admitió el hombre—. Supongo que es un hombre blanco, de acuerdo, pero va vestido como un nativo…

—*Menzi wazimo* —rio el muchacho.

—Ya tengo a dos hombres locos en mis manos —dijo el hombre —. No quiero otro.

Detuvo el camión cuando Tarzán se acercaba.

El pequeño *Nkima* parloteaba ferozmente, enseñando los dientes en lo que él sin duda creía que era una mueca aterradora. Nadie le prestaba ninguna a tención, pero él se mantuvo firme hasta que Tarzán se encontró a quince metros del camión; entonces, saltó al suelo y buscó la seguridad en un árbol cercano. Al fin y al cabo, ¿de qué servía tentar al destino? Tarzán se detuvo junto al camión y levantó la mirada hacia el rostro del hombre blanco.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

Melton, mirando a un hombre semidesnudo desde más arriba, sintió su propia superioridad y le molestó la impertinencia de la pregunta. Además, había advertido que el extraño no llevaba armas de fuego.

—Conduzco un camión, amigo —dijo.

—Responde a mi pregunta. —Esta vez el tono de Tarzán denotaba un poco de crispación.

Melton había tenido un día difícil. En realidad, había tenido muchos días difíciles. Estaba preocupado y tenía los nervios de punta. Se llevó la mano a la culata de su pistola mientras formulaba una cáustica réplica, pero no llegó a expresarla. El brazo de Tarzán la cortó; su mano agarraba la muñeca de Melton y sacó al hombre a la fuerza de la cabina del camión. Un instante después estaba desarmado.

Nkima danzaba arriba y abajo en la rama de su árbol y lanzaba improperios de la jungla al enemigo, gritando de vez en cuando a Tarzán que matara al tarmangani. Nadie le prestaba atención. Esta era una cruz que *Nkima* siempre llevaba encima: Era tan pequeño e insignificante que nadie jamás reparaba en él.

Los negros que iban en el camión permanecieron sentados con los ojos como platos, confusos. Aquello había ocurrido tan de repente que les había pillado desprevenidos. Vieron al extraño arrastrar a Melton lejos del camión, zarandeándole como un perro zarandea una rata. Tarzán sabía por experiencia que no hay modo más seguro de reducir a un hombre a la sumisión que zarandeándole. Tal vez no sabía nada del proceso psicológico que sustentaba esta verdad, pero conocía bien esta verdad.

El otro hombre era fuerte, pero estaba indefenso en manos del extraño; y además, tenía miedo. Había algo más aterrador todavía en esta criatura que su fuerza sobrehumana. Era la sensación de estar en las garras de una bestia salvaje, de modo que su reacciones fueron muy parecidas a las que había tenido años atrás cuando había sido atacado por un león: algo así como una fatalista resignación a lo inevitable.

Tarzán dejó de zarandear a Melton y volvió los ojos al muchacho que llevaba el rifle, que había bajado de un salto del camión.

—Tira el rifle —dijo Tarzán en swahili.

El muchacho vaciló.

—Tíralo —ordenó Melton; y luego, dirigiéndose a Tarzán, dijo —: ¿Qué quieres de mí?

—He preguntado qué haces aquí. Quiero una respuesta.

—Hago de guía de un par de prósperos yanquis.

—¿Dónde están?

Melton se encogió de hombros.

—Solo Dios lo sabe. Han partido esta mañana temprano en un coche ligero, y me han dicho que siguiera por la linde del bosque. Han dicho que volverían y que se reunirían conmigo más tarde. Probablemente se han perdido. Ambos están chiflados.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó Tarzán.

—Cazar.

—¿Por qué les trajiste aquí? Esto es territorio vedado.

—Yo no quería traerles aquí; ellos me trajeron a mí. A Mullargan no se le puede decir nada. Es uno de esos pájaros que todo lo saben. No necesita guía; lo que necesita es un cuidador. Es campeón mundial de pesos pesados, y eso se le ha subido a la cabeza. Si le dices algo, seguro que te pega un tortazo que te hace caer al suelo. Ha pegado a los muchachos de un modo terrible. Nunca había visto a nadie tan sinvergüenza como él. El otro no está tan mal. Es el mánager de Mullargan. Qué risa. ¡Mánager, por Dios! Lo único que dice es: «¡Sí, chico!», «de acuerdo, chico», y lo único que quiere es regresar cuanto antes a Nueva York. Está muerto de miedo todo el rato. Ojalá se marcharan los dos a Nueva York. Me gustaría deshacerme de ellos.

—¿Están ahí solos? —preguntó Tarzán.

—Sí.

—Entonces puedes deshacerte de ellos. Esta es una zona de leones. Nunca los he visto peores.

Mellen lanzó un silbido.

—Debo seguir adelante y tratar de encontrarles. No me gustan, pero soy responsable de ellos. Tú… —vaciló— no vas a intentar detenerme, ¿verdad?

—No —respondió Tarzán—. Ve a buscarles y diles que salgan de esta zona y se vayan lejos.

Entonces echó a andar hacia el bosque.

Cuando hubo recorrido una corta distancia, Melton le llamó.

—De todos modos, ¿quién eres? —preguntó el hombre.

Entonces el hombre mono se detuvo y dio media vuelta.

—Soy Tarzán —dijo. Melton volvió a lanzar un silbido. Subió a la cabina del camión y puso el motor en marcha; y mientras el

pesado vehículo seguía lentamente su camino, Tarzán desapareció en la jungla.

* * *

El sol estaba bajo en el oeste, y las sombras del bosque cada vez más largas se extendían lejos en la llanura. Un coche ligero avanzaba dando tumbos y brincando sobre aquel terreno irregular. En el coche iban dos hombres. Uno de ellos conducía y el otro se agarraba con fuerza, tenía los ojos enrojecidos y estornudaba casi sin cesar.

—Por el amor de Dios, chico, ¿no puedes ir más despacio? —se lamentó Marks—. ¿No tengo suficiente con esta fiebre del heno para que intentes que eche el hígado por la boca?

Por toda respuesta, Mullargan apretó el acelerador un poco más.

—Te vas a quedar sin muelles, o sin neumáticos o sin mánager, si no reduces un poco la velocidad.

—Ya no necesito ningún mánager. —Esto a Mullargan le pareció tan divertido que lo repitió—. Ya no necesito ningún mánager; así que voy a echarlo y dejarlo en África. ¡Caramba, eso haría reír mucho a los chicos!

—No te metas ideas estúpidas en la cabeza, chico. Necesitas un tipo como yo. Lo único que tienes está debajo de esas orejas deformadas por los golpes.

—¿Es eso cierto?

—Sí, es cierto.

Mullargan redujo un poco la velocidad, pues de pronto había oscurecido. Encendió las luces.

—Vaya, sí que anochece deprisa aquí —comentó—. Me preguntó por qué.

—Es por la altitud, bobo —explicó Marks.

Avanzaron un rato en silencio. Marks miraba nervioso a derecha e izquierda, pues al llegar la noche el aspecto del paisaje había cambiado tanto como si de pronto hubieran sido arrojados a un mundo extraño. La llanura apenas se veía en la luz fantasmal de las pálidas estrellas; la jungla era una negrura sólida, impenetrable.

—Aquí la calle Cuarenta y dos quedaría fenomenal ahora —bromeó Marks.

—Igual que un poco de comida —dijo Mullargan—; tengo el estómago en los pies. Me pregunto qué se habrá hecho de aquel fulano. Le he dicho que siguiera adelante hasta que nos encontraran. Los ingleses también son unos malditos engreídos; se creen que lo saben todo, diciéndome que no haga esto y que no haga aquello. Supongo que el campeón mundial sabe cuidarse solo.

—Lo has dicho tú, chico.

* * *

El silencio de la llanura se vio quebrado por el rugido de un león que estaba cazando. Se encontraba a bastante distancia, pero el sonido llegó nítidamente a los oídos de los dos hombres.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Mullargan.

—Un cerdo —dijo Marks.

—Si fuera de día podríamos dispararle —observó Mullargan—. Unas cuantas costillas de cerdo no nos irían mal, ahora mismo. ¿Sabes, Joey?, he estado pensado que tú y yo podríamos seguir adelante perfectamente sin ese fulano inglés.

—¿Quién conduciría el camión?

—Ese es el problema —admitió Mullargan—, pero tiene que dejar de tratarnos como si fuéramos un par de niños y él fuera nuestra niñera. En cualquier momento, me voy a enfadar y se me irá la mano.

—¡Mira! —exclamó Marks—. Allí hay una luz; tiene que ser el camión.

Cuando los dos coches se encontraron, los fatigados hombres se dejaron caer a tierra y estiraron sus miembros rígidos y sus músculos agarrotados.

—¿Dónde has estado? —preguntó Mullargan.

—Avanzando hacia aquí desde que hemos levantado el campamento —respondió Melton—. Sabes que este autobús no puede pasar por el mismo terreno que ese coche ligero vuestro, y hoy debéis de haber deseado tenerlo. ¿Habéis tenido suerte?

—No. Creo que por aquí no hay caza.

—Hay mucha. Si preparáis un campamento permanente en algún lugar, como os he estado diciendo, conseguiréis algo.

—Hemos visto algunos búfalos —contó Marks—, pero se han

escapado.

—Se han adentrado en la jungla —explicó Mullargan—. Les he seguido a pie, pero se han alejado.

—Qué suerte para ti —observó Melton.

—¿Qué quieres decir, suerte para mí?

—Si les hubieras disparado, probablemente estarías muerto. Preferiría enfrentarme a un león que a un búfalo herido.

—Tú tal vez —dijo Mullargan—, pero a mí no hay vaca que me dé miedo.

* * *

Melton se encogió de hombros, se dio la vuelta e hizo que los muchachos prepararan un campamento.

—Tenemos que acampar donde estamos —dijo a los otros dos blancos—. Ahora no podríamos encontrar agua; y de todos modos, tenemos suficiente. Bueno, mañana debemos regresar.

—¿Regresar? —exclamó Mullargan—. ¿Quién dice que vamos a volver? He venido a cazar, y voy a cazar.

—Cuando venía he conocido a un hombre que me ha dicho que es un territorio vedado. Me ha dicho que tenemos que salir de aquí.

—Ah, ha dicho eso, ¿eh? ¿Quién se cree que es para decirme que me marche? ¿Le has dicho quién era yo?

—Sí, pero no ha parecido que le impresionara mucho.

—Bueno, le impresionaré si le veo. ¿Quién era?

—Se llama Tarzán. —¿Ese tipejo? ¿Cree que puede echarme de África?

—Si él dice que tienes que abandonar esta parte de África, será mejor que le hagas caso —le aconsejó Melton.

—Me iré cuando me dé la gana —replicó Mullargan.

—Yo estoy dispuesto a marcharme ahora mismo —dijo Marks entre estornudos—. Este sitio, África, no es lugar para un tipo con fiebre del heno.

Los muchachos siguieron descargando el camión, apresurándose a montar el campamento. Uno estaba haciendo una fogata para cocinar la cena. Se oían muchas risas, y de vez en cuando un fragmento de alguna canción nativa. Uno de los chicos, que llevaba una pesada carga desde el camión, tropezó sin querer con

Mullargan y le hizo perder el equilibrio. El luchador le dio un fuerte golpe al negro con la mano abierta en el costado de la cabeza, lo que le hizo caer al suelo.

—La próxima vez mirarás adónde vas —gruñó. Melton se acercó a él.

—Esto se acabó —dijo—. He aguantado todo el tiempo que he podido. Jamás vuelvas a pegar a otro de esos muchachos.

—¿Así que tú también te la estás buscando, eh? —gritó Mullargan—. Pues de acuerdo, la tendrás.

Antes de que pudiera golpearle, Melton sacó su pistola y le apuntó.

—Vamos —le invitó—. Estoy esperando la oportunidad de matarte en defensa propia.

Mullargan se quedó quieto mirando fijamente el arma varios segundos; luego dio media vuelta. Más tarde confió a Marks:

—Estos ingleses no tienen sentido del humor. Podía haber comprendido que solo lo decía en broma…

La comida de la noche transcurrió con tranquilidad. No se podría decir exactamente que mantuvieran una conversación intermitente, ya que ni siquiera existió hasta que casi habían terminado de comer; entonces se oyó el rugido de un león cerca del campamento.

—Ahí está ese cerdo otra vez —dijo Mullargan—. Tal vez podemos cogerlo ahora.

—¿Qué cerdo? —preguntó Melton.

—Debes de estar sordo —dijo Mullargan—. ¿No lo oyes?

—¡Cáspita! —exclamó Marks—. Mirad cómo relucen sus ojos allí.

Melton se puso en pie y se dirigió hacia el camión, encendió el foco y lo dirigió hacia aquellos ojos. En el círculo de fuerte luz se hallaba un león adulto. Se quedó allí parado solo un instante; luego se volvió y se zambulló en la oscuridad.

—¡Cerdo! —exclamó Mullargan con indignación.

* * *

Los babangos son un pueblo del color del chocolate, con bonitas facciones y cabezas bien formadas. Sus dientes no son muy buenos;

sin embargo, son caníbales empedernidos. En su canibalismo no hay implicaciones religiosas ni supersticiones. Comen carne humana porque les gusta, porque la prefieren a cualquier otra comida; y como verdaderos gurmets, saben prepararla. Cazan al hombre como otros hombres cazan animales, y son odiados y temidos en todo el territorio que asaltan.

Recientemente, le había llegado a Tarzán el rumor de que los babangos habían invadido una parte remota de ese vasto dominio que, desde la infancia, había considerado propio; y Tarzán había ido, tras varias jornadas de marcha, a investigar. Detrás de él, avanzando más despacio, iba una pandilla de sus propios guerreros waziri, caracterizados por blancas plumas, dirigidos por Muviro, su famoso jefe.

Era la mañana siguiente al encuentro de Tarzán con Melton. El hombre mono iba por el interior de la jungla justo en la linde de la llanura, con todos los sentidos muy alerta. No había ni el más mínimo asomo de preocupación en sus zancadas y su conducta era la de quien está muy seguro de sí mismo; sin embargo, se movía con tanto silencio como una sombra. Vio la víbora en la hierba y la pitón aguardando en el árbol para coger su presa desde arriba, y las esquivó. Dio un pequeño rodeo, no fuera que pasara por debajo de un árbol trompeta desde el cual podían caer hormigas negras y picarle.

* * *

Después se detuvo y se giró, mirando atrás a lo largo de la linde de la jungla y la llanura. Ni usted ni yo habríamos podido oír lo que él oyó, porque nuestras vidas no han dependido en gran medida de la agudeza de nuestro oído. Hay bestias salvajes que tienen una vista notoriamente pobre, pero ninguna con mal oído o un sentido del olfato deficiente. Tarzán, como era un hombre, y por lo tanto estaba mal preparado por la naturaleza para sobrevivir en su mundo salvaje, había desarrollado todos sus sentidos en una medida extraordinaria; y por eso ahora oyó el ruido de pezuñas, muy a lo lejos, mucho antes de que usted o yo lo hubiéramos oído. Y oyó otro ruido: un ruido tan extraño para alguien de allí como lo sería el rugido de un león después de matar una presa en Park Avenue: el

tubo de escape de un motor.

Se estaban acercando; y se acercaban con rapidez. Y entonces le llegó otro ruido, que ahogó el primero: el staccato de una ametralladora. Luego pasaron de largo: una horda de cebras; y pegado a su flanco iba un coche ligero. Lo conducía un hombre, y el otro arrojaba plomo de una ametralladora hacia la horda que huía. Las cebras caían, algunas muertas, otras solo heridas; pero el coche seguía avanzando a toda velocidad, sin hacer caso sus ocupantes de las bestias que sufrían a su paso.

Tarzán, indefenso para impedirlo, contempló la matanza con fría ira. Había presenciado anteriormente la brutalidad de la caza de cerdos, pero nunca había visto nada parecido a esto. Su opinión del hombre, que jamás había sido demasiado buena, alcanzó el punto más bajo. Salió a la llanura y, misericordioso como era, acabó con el sufrimiento de los animales mortalmente heridos, siguiendo el rastro de la destrucción en la dirección que había tomado el coche. Al final encontraría de nuevo a los dos hombres, y entonces ajustarían las cuentas.

Lejos, más adelante, los supervivientes de la aterrada horda descendieron por una hondonada rocosa, y después de trepar por el lado opuesto desaparecieron por el borde mientras Mullargan detenía el coche cerca dél fondo.

—¡Caramba! —exclamó—. ¡Esto sí es diversión! Cuando tenga todas mis cabezas colgadas en una pared, aquel tipo de Park Avenue quedará como un pelagatos.

—Sin duda, has hecho una buena limpieza, chico —dijo Marks —. Aquello era disparar.

—Por algo fui un experto fusilero en el Cuerpo de los Marines, Joey. Ahora, si pudiera tropezarme con una manada de leones…, ¡caray!

La jungla llegaba hasta la parte superior del barranco, y los árboles crecían muy juntos a unos cien metros del coche. Hubo allí un movimiento entre los árboles, pero ninguno de los hombres de mente embotada se dio cuenta. Habían encendido cigarros y estaban disfrutando de unos momentos de descanso.

—Supongo que será mejor que regresemos y empecemos a recoger los animales —dijo Mullargan—. No quiero perder a ninguno de ellos. Bueno, a este paso me llevaré mil cabezas, si nos

quedamos un mes entero. Estoy seguro de que esos holgazanes de la prensa tendrán algo para escribir cuando regrese a casa. Haré que uno de esos pobres fotógrafos me saque una foto sobre mil cabezas, de toda clase. Saldrá en todos los periódicos de Estados Unidos.

—Estoy seguro, chico —entonces cogió con cautela la ametralladora.

—Chssst… —siseó—. Eso es un elefante. ¡Menuda suerte!

Levantó el arma y apretó el gatillo. Un elefante barritó y salió tambaleándose de la jungla. Le seguían otro y otro, hasta que siete de esas grandes bestias se dirigían hacia ellos; entonces el arma se atascó.

—¡Mierda! —exclamó Mullargan—. Se irán antes de que pueda arreglarlo.

—No van a marcharse —dijo Marks—. Vienen a por nosotros.

Los elefantes, que no tienen muy buena vista, localizaron por fin el coche. Levantaron sus trompas y sus grandes orejas, barritando, y atacaron; pero para entonces Mullargan había desatascado el arma y volvía a lanzarles plomo. Un elefante cayó. Otros se tambalearon y se desviaron. Era demasiado para ellos; demasiado para todos salvo para uno, un gran macho que, enloquecido por el dolor de varias heridas, se lanzó a un ataque desesperado.

El ruido de la ametralladora cesó. Mullargan arrojó el arma con indignación.

—¡Hagamos algo, Joey! —gritó—. El tambor está vacío.

Los dos hombres salieron rodando por el otro lado del coche cuando el elefante lo golpeó. El peso de su enorme cuerpo, el terrible impacto, empujó el coche, que se quedó con las ruedas hacia arriba. El elefante se tambaleó y se abalanzó hacia delante, chocó con el chasis y cayó.

Los dos hombres regresaron despacio.

—¡Caramba! —exclamó Mullargan—. ¡Mira lo que ha hecho a este cacharro! Henry, ahora, no lo reconocería. —Se puso a cuatro patas e intentó atisbar por debajo de los destrozos.

Marks temblaba como una hoja.

—Supongamos que no hubiera estirado la pata —dijo—; ¿dónde estaríamos en estos momentos? ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Tenemos que esperar hasta que llegue el camión. Nuestras armas están todas debajo de ese amasijo. Tal vez el camión pueda

arrastrar esa mole y apartarla. Tenemos que recuperar nuestras armas.

—Ojalá estuviera en Broadway —dijo Marks, estornudando—, donde no hay elefantes ni heno.

* * *

El pequeño *Nkima* estaba muy irritado. En primer lugar, la ráfaga de la ametralladora lo había alterado. Le había asustado tanto que había abandonado el santuario que era el hombro de su amo y señor y huyó al pináculo más elevado de un árbol próximo. Cuando Tarzán hubo salido a la llanura, le había seguido; y no le gustaba en absoluto la llanura, porque el intenso sol africano era implacable y no había protección alguna. Y estaba todavía más irritado porque había seguido oyendo de forma intermitente aquel ruido que destrozaba los nervios durante un buen rato, y procedía de la dirección hacia la que se dirigían. Mientras correteaba detrás de su amo, le regañó; porque el pequeño *Nkima* no le veía sentido a buscarse problemas en un mundo en el que ya había suficientes que te buscaban a ti.

Tarzán había oído el ruido de la ametralladora, los gritos de dolor de los elefantes y el barritar de elefantes enojados; visualizó la brutal tragedia con tanta claridad como si la estuviera viendo con sus propios ojos; y su ira se elevó tanto que olvidó la ley del hombre blanco, pues *Tantor* el elefante era su mejor amigo. Era una bestia salvaje, que mata, pero se dirigió al trote en la dirección de la que habían venido los ruidos.

Los ruidos que habían llegado a los oídos de Tarzán y a los oídos de *Nkima* también habían llegado a otros oídos en la densa jungla más allá del barranco. Sus propietarios se escabulleron por la penumbra con pies silenciosos y cautos para reconocer el terreno. Iban con cautela porque sabían que aquellos ruidos significaban hombres blancos; y muchos hombres blancos con armas eran una mala medicina. Esperaban que no fueran demasiados.

Cuando Tarzán llegó al borde del barranco, miró abajo y vio la escena, otros ojos miraban abajo desde el lado opuesto.

Estos otros ojos vieron a Tarzán; pero los árboles y la maleza se los ocultaban a él, y como el viento venía por detrás, su olor no le

llegaba.

De dos hombres que había en el barranco, Marks fue el primero en ver a Tarzán. Llamó la atención a Mullargan al respeto y los dos hombres observaron al hombre mono mientras descendía despacio hacia ellos. *Nkima*, que percibió que habría problemas, se quedó arriba, parloteando. Tarzán se acercó a los dos hombres en silencio.

—¿Qué quieres? —preguntó Mullargan, llevándose la mano a la pistola que llevaba a la cadera.

—¿Matado tú? —le preguntó Tarzán, señalando el elefante muerto, y en su ira pasó a expresarse con los gruñidos monosilábicos que eran reminiscencia de su introducción al inglés hacía ya muchos años.

—Sí, ¿qué pasa? —El tono de Mullargan fue desagradable.

—Tarzán mata —dijo el hombre mono, y dio unos pasos al frente. Se hallaba a un metro y medio de Mullargan cuando este sacó con gesto rápido la pistola de su funda y disparó. Pero por rápido que hubiera sido Mullargan, Tarzán lo había sido más. Dio un golpe al arma hacia arriba y la bala silbó en el aire sin hacer daño a nadie; entonces cogió el arma de la mano del otro y la arrojó lejos.

Mullargan sonrió, una sonrisa torcida, como una mueca. «Este pobre chiflado es un inocente —pensó—, divirtiéndose de este modo con el campeón mundial de los pesos pesados».

—Así que tú eres ese tal Tarzán —dijo; luego lanzó aquel derechazo letal directamente a la mandíbula de Tarzán.

Se quedó muy sorprendido cuando vio que había fallado. Se sorprendió todavía más cuando el hombre mono le asestó un golpe terrible en el costado de la cabeza con la palma de la mano, un golpe que le hizo caer al suelo, medio aturdido.

Marks danzaba alrededor, consternado y aterrorizado.

—Levántate, holgazán —gritó a Mullargan—; levántate y mátale.

* * *

Nkima daba saltos en el borde del precipicio, lanzando desafíos e insultos a los tarmangani. Mullargan se puso en pie muy despacio. De forma instintiva, había contado hasta nueve. Ahora había el

asesino en su corazón. Se precipitó hacia Tarzán y una vez más el hombre mono le hizo fallar; entonces Mullargan se agarró a él en un abrazo, inmovilizando el brazo derecho de Tarzán y asestándole golpes terribles sobre uno de sus riñones para debilitarle.

Con su mano libre, Tarzán levantó a Mullargan en vilo y lo arrojó pesadamente al suelo, para dejarse caer luego sobre él. Unos dedos de acero buscaron la garganta de Mullargan. Este forcejeó para liberarse, pero estaba indefenso. Un rugido bajo brotó de la garganta del hombre que tenía encima. Era el rugido de una bestia, y llenó al campeón de un terror desconocido hasta entonces para él.

—¡Ayúdame, Joey! ¡Ayúdame! —gritó—. Este fulano me está matando.

Marks era la personificación de la inutilidad. Solo podía ir dando saltos de un lado a otro gritando:

—¡Levántate, holgazán; levántate y mátale! *Nkima* también daba saltos y gritaba, pero saltaba y gritaba por un motivo muy diferente del que animaba a Marks, pues él veía algo que los tres hombres, centrada toda su atención en la pelea, no veían. Vio una horda de salvajes que descendían desde la jungla por el otro lado del barranco.

Los babangos, al darse cuenta de que los tres hombres de abajo estaban completamente absortos en su pelea y no habían advertido en absoluto su presencia, avanzaron en silencio, pues deseaban cogerlos vivos e ilesos. Llegaron veloces, un centenar de impecables guerreros, musculosos y duros, un centenar de espléndidas refutaciones de la teoría según la cual comer carne humana hace que los hombres sean sarnosos, sin pelo y sin dientes.

Marks fue el primero en verlos, y dio un grito de alerta; pero era demasiado tarde, pues ya estaban sobre él. Era tal la cantidad de hombres que los abrumó, pues enterraron a Tarzán y a Mullargan bajo una docena de impecables cuerpos oscuros; aun así, el hombre mono se levantó, sacudiéndoselos de encima por un instante. Mullargan le vio alzar un guerrero por encima de su cabeza y arrojarlo a la cara de sus compañeros, y el campeón se quedó sobrecogido ante esta demostración de fuerza física, mucho mayor que la suya.

Esta inversión de fuerzas fue breve; había demasiados babangos incluso para Tarzán. Dos de ellos le cogieron por los tobillos y otros

tres lo tumbaron al suelo; pero antes de que consiguieran atarle, había matado a uno con sus propias manos.

A Mullargan lo cogieron con menos dificultad; a Marks, sin ninguna. Los babangos les ataron las manos a la espalda, y pinchándoles por detrás con sus lanzas les hicieron subir el empinado barranco y penetrar en la jungla.

El pequeño *Nkima* observó unos instantes; luego huyó por la llanura.

* * *

La penumbra de la jungla les rodeó, deprimiendo aún más el ánimo de los dos estadounidenses. La multitud de árboles apretados, cuyas copas entrelazadas impedían ver el cielo y el sol, les sobrecogía. ¡Arboles, árboles, árboles! Árboles de todos los tamaños y alturas, algunos tenían ramas que se elevaban sesenta metros sobre la alfombra de apretados helechos, musgo y arbustos bajos que cubrían el terreno. Lazos y guirnaldas de lianas iban de árbol a árbol, o colgaban como enormes serpientes alrededor de sus troncos desde la base hasta el pináculo más alto; otras colgaban desde las ramas más elevadas casi hasta el suelo, sin que sus extremidades deshilachadas se movieran apenas en el aire muerto; y otras, colgaban como delgadas cuerdas formando borlas con los hilos abiertos en sus extremos, las raíces aéreas de los epifitos.

—¿Qué supones que van a hacer con nosotros? —preguntó Marks—. ¿Nos retendrán para obtener un rescate?

—Tal vez. No lo sé. ¿Cómo van a pedir un rescate? Marks meneó la cabeza.

—Entonces, ¿qué harán con nosotros?

—¿Por qué no se lo preguntas a ese fornido tipejo? —sugirió Mullargan, señalando con la cabeza en dirección a Tarzán.

—¿Tipejo? —Marks escupió la palabra con asco—. Te dejó a ti como un tipejo, muchacho. Ojalá yo tuviera a un tipejo como ese en Nueva York. Lo convertiría en un auténtico campeón. Casi te dejó K.O. con la mano abierta. ¡Menudo derechazo tiene!

—Solo ha tenido suerte —dijo Mullargan—. Podría ocurrirle a cualquiera.

—Te ha levantado como si fueras un peso mosca; pero cuando te

ha soltado has aterrizado como un peso pesado, de acuerdo. Supongo que solo ha sido suerte.

—Ese tipo no es humano. ¿Le has oído gruñir?

Igual que un león o algún otro animal.

—Ojalá supiera lo que van a hacer con nosotros —dijo Marks.

—Bueno, no van a matarnos. Si no, ya lo habrían hecho cuando nos han cogido. No tendría sentido llevarnos a cualquier otro sitio para matarnos. —Supongo que en esto tienes razón.

* * *

El sendero que seguían los babangos con sus cautivos daba vueltas de forma errática a través de la jungla. Apenas tenía más de cincuenta centímetros de anchura; era un estrecho surco que se había hecho profundo debido a los pies de incontables hombres y bestias que lo habían pisado durante incontables años. Al fin desembocó en un tosco campamento en la orilla de un riachuelo cerca de su confluencia con otro río más grande. Era la sede de una aldea abandonada en un claro del que la jungla todavía no se había apoderado por completo.

Cuando los tres hombres entraron en el campamento, fueron rodeados por mujeres y niños que chillaban. Las mujeres les escupían y los niños les arrojaban palos hasta que los guerreros los apartaron; luego, les pusieron una cuerda al cuello y los ataron a un arbolito.

Marks, agotado, se arrojó al suelo; Mullargan se quedó sentado con la espalda apoyada en el árbol; Tarzán se quedó de pie, examinando todos los detalles de lo que les rodeaba, centrada su mente en un solo objeto: escapar.

—Caramba —dijo Marks—. No puedo más.

—Nunca has utilizado lo suficiente tus músculos —le censuró Mullargan, poco comprensivo—. Siempre me has estado dando la lata para que caminara diez kilómetros cada día mientras tú ibas cómodamente en automóvil.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó de pronto Marks.

—¿Qué ha sido qué? —¿No lo oís…, sus rugidos?

El ruido procedía de la dirección del riachuelo, el cual no podían ver debido a la vegetación que había en medio.

—A algún tipo le duele el estómago —aventuró Mullargan.

—Suena horrible —dijo Marks—. Ojalá estuviera en tierra de Dios. Vaya brillante idea tuviste…, venir a África. Ojalá supiera qué es lo que van a hacer con nosotros.

Mullargan levantó la mirada hacia Tarzán.

—A él no le preocupa nada —dijo—, y debería saber lo que van a hacer con nosotros. Es un hombre salvaje.

Habían hablado en susurros, pero Tarzán había oído sus palabras.

—¿Queréis saber lo que van a hacer con vosotros? —preguntó.

—Claro que queremos —dijo Marks.

—Van a comeros.

Marks se incorporó de un salto. Notó que la garganta se le quedaba seca y se pasó la lengua por los labios.

—¿Se nos van a comer? —dijo con voz ronca—. Es una broma, ¿verdad?; ya no hay caníbales, solo en las películas y en los libros de aventuras.

—¿No? ¿Oyes ese gemido que procede del río?

—Chssst…

—Esa parte es peor que ser comido.

—Están preparando la carne, haciéndola tierna. Lo que oís son hombres, o mujeres, o niños pequeños, varios. Hace dos o tres días, tal vez, les rompieron los brazos y las piernas por tres o cuatro sitios con palos; después los hundieron en el río, atándoles la cabeza a un palo; de manera que no pueden ahogarse por accidente ni suicidarse. Los dejarán allí tres o cuatro días; después los descuartizarán y los cocinarán.

Mullargan se quedó pálido como la cera.

Marks puso los ojos en blanco y se mareó. Tarzán los miró sin sentir piedad alguna.

—Tenéis miedo —dijo Tarzán—. No queréis sufrir. En la llanura y en la jungla están las cebras y el elefante que vosotros dejasteis sufrir, tal vez durante muchos días.

—No son más que animales —replicó Mullargan—. Nosotros somos seres humanos.

—Sois animales —dijo el hombre mono—. No sufrís más que otros animales, cuando os hacen daño. Me alegro de que los babangos vayan a haceros sufrir antes de comeros. Sois peores que

los babangos. No teníais ningún motivo para cazar a la cebra y al elefante. No habríais podido comeros todo lo que habéis matado. Los babangos solo matan para comer, y matan solo lo que pueden comer. Son mejores personas que vosotros, que halláis placer en el acto de matar.

Durante un buen rato los tres permanecieron en silencio, cada uno de ellos absorto en sus propios pensamientos. Por encima de los ruidos del campamento se elevaban los gemidos procedentes del río. Marks se echó a llorar. Se estaba desmoronando. Mullargan también se estaba desmoronando, con una reacción diferente. Levantó la mirada hacia Tarzán, que seguía de pie, impasible.

—He estado pensando —dijo— sobre lo que has dicho de que heríamos a los animales y matábamos por placer. Yo nunca lo había pensado de esa manera hasta ahora. Ojalá no lo hubiera hecho.

* * *

Un monito huía a través de la calurosa llanura. Dio un rodeo para evitar el traqueteante camión que seguía a los cazadores. Poco después se subió a los árboles y fue saltando por ellos cerca de la linde de la llanura. Era un monito aterrorizado, constantemente alerta a las muchas criaturas para las que la carne de mono es una exquisitez especial. Era triste que tan ardiente amante de la jungla sintiera miedo en ella, pero esto era debido a que *Histah* la serpiente y *Sheeta* la pantera también eran arbóreas. Asimismo, había grandes monos con mala disposición, por lo que era sensato evitarlos; de manera que el pequeño Nkima se desplazaba procurando hacer el mínimo ruido posible y no molestar. Raras veces se desplazaba, ni hacía cualquier otra cosa, con este único propósito; pero ese día ni siquiera la más suculenta oruga, los frutos más tentadores o incluso un nido de huevos podría tentarle a entretenerse. El pequeño *Nkima* lo conseguía, deprisa.

Melton vio los cuerpos de las cebras que le señalaban el camino por el que habían pasado los cazadores. Estaba lleno de ira y de asco, y maldecía para sus adentros. Cuando llegó a la linde del precipicio, vio el automóvil destrozado bajo el cuerpo de un elefante macho; pero no vio señales de los dos hombres. Bajó del camión y descendió el barranco.

Melton era un rastreador experto. Sabía interpretar una historia en una brizna de hierba aplastada o una ramita partida. Un rápido examen del terreno que rodeaba el automóvil siniestrado le dio a conocer una historia que le llenó de preocupación: por sí mismo. Con el rifle preparado, trepó de nuevo por el barranco hacia el camión, volviendo los ojos a menudo hacia atrás, en dirección a la jungla, que se hallaba en el lado opuesto. Exhalando un suspiro de alivio, dio media vuelta con el camión y se dispuso a cruzar la llanura.

—Esos granujas se lo han buscado —pensó—. No puedo hacer más que informar de ello, y para entonces ya será demasiado tarde.

Aquella noche los babangos celebraron un festín, y Tarzán se enteró, por los fragmentos que oía de su conversación, de que estaban planeando iniciar su preparación y la de los dos estadounidenses la noche siguiente; pero Tarzán no tenía ninguna intención de que le rompieran los brazos y las piernas. Se tendió junto a Mullargan.

—Ponte de lado —susurró—. Voy a poner mi espalda contra la tuya. Intentaré desatar los nudos de tus muñecas; después tú puedes desatar las mías.

—De acuerdo —dijo Mullargan.

En la jungla, en la dirección de la llanura, rugió un león y la reacción instantánea de los babangos demostró su miedo al rey de las bestias. Avivaron sus fogatas contra las fieras e hicieron sonar sus tambores para ahuyentar al merodeador. No eran hombres de leones, esos cazadores de humanos; pero al cabo de un rato, al no volver a oír más el león, los salvajes se pusieron de nuevo a comer, bailar, beber y bajaron la guardia; y Tarzán pudo trabajar ininterrumpidamente durante horas. Era un trabajo lento, pues sus manos tenían tantas ataduras que solo podía utilizar un dedo; pero al menos el nudo cedió a su perseverancia. Después fue más fácil y al cabo de otra media hora Mullargan tenía las manos libres. Con dos manos, pudo trabajar con más rapidez; pero el tiempo volaba. Era pasada la medianoche. Notaron señales de que la orgía pronto terminaría; entonces, Tarzán lo sabía, les pondrían guardias para vigilarles. Al fin estuvo libre. Las ataduras de Marks fueron más fáciles de desatar.

—Arrastraos pegados al suelo detrás de mí —susurró Tarzán—.

No hagáis ningún ruido.

El hecho de que Mullargan admitiera que lamentaba la matanza de las cebras había decidido a Tarzán a dar a los dos hombres una oportunidad de escapar; eso, y el hecho de que Mullargan le había ayudado a liberarse. No sentía ninguna simpatía ni responsabilidad alguna por ellos. No les consideraba compañeros, sino criaturas mucho más alejadas de él que las bestias salvajes con las que había confraternizado desde su infancia: aquellos eran sus afines y sus compañeros.

* * *

Tarzán fue avanzando centímetro a centímetro por el claro hacia la jungla. De haber estado solo, llegar al refugio de los árboles por los senderos elevados que los simios de Kerchak le habían enseñado a atravesar, adonde los babangos no le hubieran seguido, habría dependido de su rapidez; pero la única oportunidad que tenían los dos que le seguían era la de llegar a la jungla sin ser vistos.

Habían recorrido apenas más de treinta metros cuando Marks estornudó. Asmático, algún polvo o polen que su movimiento había levantado del suelo le había hecho reaccionar. Estornudó, no una vez sino continuamente; y sus estornudos fueron respondidos por gritos procedentes del campamento.

—¡Levantaos y corred! —ordenó Tarzán, poniéndose en pie de un salto; y los tres corrieron hacia la jungla, seguidos por una horda de salvajes chillando.

Marks fue el primero en ser alcanzado por los babangos, consecuencia de no haber hecho ejercicio físico; pero también atraparon a Mullargan, precisamente cuando estaba a punto de llegar a la jungla. Le atraparon porque había vacilado un instante motivado por lo que posiblemente era la primera necesidad heroica de su vida: intentar rescatar a Marks. Cuando se abalanzaron sobre él, y tanto el rescate como la huida ya no eran posibles, Puñetazo Único Mullargan perdió los estribos.

—¡Vamos, imbéciles! —gritó, y plantó su famoso derechazo en la mandíbula de un negro. Otros le rodearon y fueron cayendo en rápida sucesión de golpes con la derecha y la izquierda—. ¡Yo os enseñaré —gritó Mullargan— a burlaros del campeón mundial de

pesos pesados!

Entonces un guerrero se arrastró por detrás de él y le dio un fuerte golpe en la cabeza con una lanza, y Puñetazo Único Mullargan se desplomó y perdió el conocimiento por primera vez en su vida.

Tarzán, posado en la rama de un árbol en la linde del claro, había observado la escena con interés, interpretando correctamente el acto de heroísmo de Mullargan. Era la segunda característica digna de admiración que había visto en algunos de estos tarmangani, y le movió a una contemplación más activa de su inminente destino. La muerte no significaba nada para él, a menos que se tratara de la muerte de un amigo, pues la muerte es corriente en la jungla; y la suya, con la psicología de la bestia salvaje que camina siempre con la muerte, no le impresionaba mucho.

Pero el heroísmo abnegado no es una característica común de las bestias salvajes. Pertenece casi en exclusiva al hombre, señalando a los que poseen más coraje de entre ellos. Era un atributo que Tarzán podía entender y admirar. Constituía un vínculo entre aquellos dos hombres tan distintos, elevando la estimación que Tarzán sentía por Mullargan por encima de la posición de los babangos, a los que consideraba sus enemigos naturales. Antes Mullargan estaba por debajo de los babangos, por debajo de *Ungo* el chacal, por debajo de *Dango* la hiena.

Tarzán seguía sin sentir responsabilidad alguna por aquellos hombres, a los que había estado a punto de abandonar a su destino; pero reflexionó sobre la idea de ayudarles, tal vez tanto para confundir y molestar a los babangos como para socorrer a Mullargan y a Marks.

* * *

Una vez más *Nkima* cruzó la llanura, esta vez sobre el ancho y moreno hombro de Muviro, jefe de los waziri de plumas blancas. Una vez más, no paraba de parlotear, y su corazón era como el corazón de *Numa* el león. Desde el hombro de Muviro, igual que desde el hombro de Tarzán, Nkima podía mandar el mundo al infierno; y lo hacía.

Desde su camión, que avanzaba con lentitud, Melton vio, a lo

lejos, lo que parecía ser un gran grupo de hombres que se aproximaban. Detuvo el camión y cogió sus prismáticos.

Cuando los hubo enfocado sobre el objeto de su interés lanzó un silbido. «Espero que sean amistosos», pensó. Uno de sus muchachos le había contado que los babangos estaban haciendo incursiones en algún lugar por aquel territorio, y las pruebas que había visto alrededor del automóvil siniestrado parecían dar consistencia al rumor. Vio que el muchacho que iba a su lado llevaba el rifle preparado, y puso el camión en marcha otra vez.

Cuando es tuvieron más cerca, vio que el grupo constaba de cerca de un centenar de guerreros con plumas blancas. Pensó en acelerar el camión y pasar por encima de ellos. La situación le parecía mala, pues era evidente que se trataba de un grupo de combate. Llamó a los muchachos que iban sobre la carga para que sacaran más rifles y empezaran a disparar si se lo ordenaba.

—No les dispare, bwana —dijo uno de los muchachos—. Nos matarían a todos si lo hiciera. Son muy buenos guerreros.

—¿Quiénes son? —preguntó Melton.

—Los waziris. No nos harán daño.

Muviro se detuvo en el camino del camión y alzó la mano.

Melton se detuvo.

—¿De dónde vienes? —preguntó el jefe waziri.

Melton le habló del barranco y de lo que había encontrado en el fondo.

—¿No has visto ningún otro hombre blanco más que tus dos amigos? —preguntó Muviro.

—Ayer vi a un hombre blanco que se hacía llamar Tarzán.

—¿Estaba con los otros cuando los capturaron?

—No lo sé.

—Síguenos —dijo Muviro—, y acampa en la linde del bosque. Si tus amigos están vivos, los traeremos.

* * *

Las acciones de *Nkima* habían indicado a Muviro que Tarzán estaba en apuros, y esta nueva prueba sugería que tal vez le había matado o capturado la misma tribu que había sorprendido a los otros hombres.

Melton observó a los waziri alejarse a un trote rápido que se tragaría los kilómetros con facilidad; luego puso en marcha el motor y siguió adelante.

* * *

En el campamento caníbal, los babangos, que dormían para disipar los efectos de su orgía, no se pusieron en movimiento hasta casi mediodía. Es ta b a n de muy mal humor. Habían perdido una víctima, y muchos de ellos tenían que cuidar de mandíbulas doloridas y narices rotas como consecuencia de su encuentro con Puñetazo Único Mullargan.

Los hombres blancos no se hallaban en mucho mejor forma: a Mullargan le dolía la cabeza, mientras que a Marks le dolía todo; y cada vez que pensaba en lo que le esperaba antes de que le mataran, se sentía desmayar.

—Te rompen los brazos y las piernas por cuatro sitios —murmuraba— y entonces te empapan durante tres días para que estés tierno. ¡Asquerosos canallas!

—¡Cierra el pico! —espetó Mullargan—. Yo trato de olvidarlo.

Tarzán, como sabía que los waziri no estaban lejos detrás de él, regresó a la linde de la llanura para verlos. Solo, y a plena luz del día, sabía que ni siquiera podía esperar rescatar a los estadounidenses del campamento de los babangos. Se pasó el día entreteniéndose por la linde de la llanura; y entonces, al ver que no había señales de los waziri, dio media vuelta y se dirigió a través de los árboles hacia el campamento caníbal mientras el breve crepúsculo ecuatorial dejaba paso a la impenetrable oscuridad de la noche en la jungla.

Se acercó al campamento desde otra dirección, descendiendo hasta el riachuelo en el que las víctimas restantes aún estaban sumergidas. Por encima del campamento, su olfato percibió el olor de *Numa* el león y *Sabor* la leona; y después distinguió sus formas abajo. Se deslizaban en silencio hacia el olor de carne humana, y estaban vorazmente hambrientos. El hombre mono lo sabía, pues el olor de un león con el estómago vacío es muy diferente al de uno con el estómago lleno. Todas las bestias salvajes lo saben; de modo que no es nada inusual ver leones que han comido recientemente

pasar por entre una horda de herbívoros paciendo sin llamar la atención más que de una manera despreocupada.

El silencio y el hambre de estos dos leones al acecho presagiaban algo malo para la presa que pretendían alcanzar.

Una docena de guerreros se aproximaron a Mullargan y a Marks. Les cortaron las ataduras y empujaron bruscamente a los dos hombres para que se pusieran de pie; luego les arrastraron hasta el centro del campamento, donde el jefe y el hechicero estaban sentados bajo un gran árbol. Los guerreros permanecían quietos formando un semicírculo frente al jefe, y detrás de ellos estaban las mujeres y los niños.

Los dos estadounidenses fueron empujados y arrojados al suelo boca arriba; y allí dos guerreros les separaron las piernas y los brazos, inmovilizándoles cada extremidad. Desde el follaje del árbol, un hombre blanco semidesnudo contemplaba la escena. Sopesaba mentalmente las posibilidades de llevar a cabo un rescate, pero no tenía intención de sacrificarse a sí mismo inútilmente por aquellos dos. Más allá de la fogata para las fieras, dos pares de ojos verde amarillentos observaban sin parpadear. Las puntas de dos sinuosas colas se agitaban de un lado a otro. Un lastimoso gemido llegó procedente del riachuelo próximo; y la leona volvió los ojos en aquella dirección, pero el macho de gran melena negra siguió mirando fijamente la multitud del campamento. El hechicero se levantó y se acercó a las dos víctimas. En una mano llevaba una cola de cebra, a la que habían pegado unas plumas; en la otra, un pesado palo. Marks le vio y se puso a gemir. Forcejeó y gritó:

—¡Sálvame, chico! ¡Sálvame! ¡No permitas que me hagan esto!

* * *

Mullargan masculló una plegaria que apenas recordaba. El hechicero se puso a danzar alrededor de ellos, agitando la cola de cebra sobre ellos y murmurando su galimatías ritual. De pronto saltó cerca de Mullargan e hizo oscilar su pesado palo sobre el hombre inmovilizado; entonces Mullargan, campeón mundial de los pesos pesados, se liberó de la garra de los guerreros y se puso en pie de un salto. Con toda la fuerza de sus músculos y el peso de su cuerpo, lanzó un golpe tan fuerte a la mandíbula del hechicero

como jamás lo había lanzado en ningún cuadrilátero; y el hechicero se desplomó y se desvaneció con la mandíbula rota. Se alzó un grito de rabia salvaje procedente de los guerreros allí reunidos, y un instante después Mullargan fue sumergido bajo una multitud de ellos.

* * *

Los leones se acercaron al borde del arroyuelo y estiraron una garra almohadillada hacia la cabeza de una de las pobres víctimas de los babangos, una mujer. La pobre criatura lanzó un grito de terror, y la leona rugió de un modo horrible y atacó. Los babangos, aterrados, volvieron la mirada hacia la dirección de donde habían venido los ruidos; y entonces el león cargó directamente hacia ellos, haciendo temblar la tierra con sus estruendosos rugidos. Los salvajes dieron media vuelta y huyeron despavoridos, dejando a sus dos víctimas y al hechicero en el camino del carnívoro.

Todo sucedió tan deprisa que el león estaba sobre Mullargan antes de que este pudiera ponerse en pie. Por un instante, la gran bestia se quedó quieta mirando fijamente con ojos relucientes al hombre que yacía en el suelo, paralizado por el miedo, devolviendo la mirada a aquellos ojos aterradores. Percibió el fétido aliento y vio los amarillentos colmillos y la babeante barbilla, y no vio nada más —algo que le llenó de asombro—, ya que Tarzán se lanzó desde el árbol sobre el lomo del gran felino.

Mullargan se puso en pie de un sallo y retrocedió, pero sintió un fascinado horror mientras esperaba que el león matara a aquel hombre. Marks se levantó con dificultad e intentó trepar al árbol, agarrándose al gran tronco en un frenesí de terror. La leona había arrastrado a la mujer lejos del arroyuelo y se la había llevado a la jungla, oyéndose sus gritos de agonía por encima de todos los demás ruidos.

Mullargan deseaba huir, pero no podía. Se había quedado como pegado al suelo, observando lo increíble. Tarzán rodeaba con las piernas la parte de atrás del lomo del león y con sus brazos de acero el cuello cubierto por la negra cabellera. El león se levantó sobre las patas traseras, sacudiéndose inútilmente para quitarse a la cosa-hombre que tenía encima; y junto con sus rugidos y gruñidos, se

oían los gruñidos del hombre. Esto último fue lo que heló la sangre a Mullargan.

Vio que el león se arrojaba al suelo y rodaba sobre el hombre en un frenético esfuerzo por deshacerse de él, pero cuando se puso en pie de nuevo el hombre seguía allí. Puñetazo Único Mullargan había presenciado muchas peleas que habían provocado gritos de aprobación por la fuerza o el valor de los contendientes, pero jamás había visto semejante fuerza y valor como la que estaba demostrando aquel hombre semidesnudo en un combate cuerpo a cuerpo con un león.

La resistencia de un león no es proporcional a su fuerza, y entonces el gran felino empezó a cansarse. Por un momento se quedó quieto sobre las cuatro patas, jadeando; y en aquella primera oportunidad, Tarzán soltó una mano y sacó su cu chillo de caza de su funda. Ante este movimiento el león se giró en redondo e intentó agarrar a su oponente. El cuchillo relució a la luz del fuego y la larga hoja se hundió profundamente detrás del hombro del león. Lanzando un horripilante rugido, la bestia se puso sobre las patas traseras y dio un salto, y de nuevo la hoja se hundió. En un paroxismo de dolor y de rabia, el gran felino dio un salto en el aire. De nuevo el cuchillo se hundió en el costado de la bestia. Tres veces había alcanzado la punta el corazón del león, y al fin este cayó de lado, tuvo unas convulsiones y quedó inmóvil.

Tarzán saltó al suelo y puso un pie sobre el cuerpo del animal muerto, y alzando el rostro al cielo lanzó el espantoso grito de victoria del simio macho. A Marks las rodillas le cedieron y de súbito se sentó en el suelo. Mullargan notó que se le erizaba el pelo. Los babangos, que habían huido a la jungla para escapar del león, siguieron corriendo para escapar del innombrable horror que les produjo aquel horripilante grito.

—¡Vamos! —ordenó Tarzán. Condujo a los dos hombres hacia la llanura, lejos de la cautividad y de la muerte y de los caníbales.

Al día siguiente, Marks y Mullargan se hallaban en el campamento con Melton. Tarzán y los waziri se estaban preparando para partir en persecución de los babangos, para castigarles y alejarles de aquella zona.

Antes de que el hombre mono se marchara, se enfrentó a los dos estadounidenses.

—Marchaos de África —les ordenó— y no volváis jamás.

—Jamás es demasiado pronto para mí —señaló Mullargan.

—Oiga, señor —dijo Marks—, le garantizo cien de los grandes si vuelve conmigo a Nueva York y pelea para mí.

* * *

Tarzán se dio media vuelta y se alejó para unirse a los waziri, que ya habían emprendido la marcha. *Nkima* iba sentado en su hombro y profirió graves insultos a los tarmangani. Marks extendió las manos, con las palmas hacia arriba.

—¿Puedes entenderlo, chico? —preguntó—. ¡Rechaza cien de los grandes como si nada! Pero es mejor para ti que lo haya hecho; te habría arrebatado el título de campeón en un solo asalto.

—¿Quién? —preguntó Puñetazo Único Mullargan—. ¿Ese tipejo?

TARZÁN
Y LOS ASESINOS DE LA JUNGLA

Capítulo I
La voz de la hiena

Un gigantesco hombre bronceado, desnudo salvo por un taparrabos, acechaba en silencio por un sendero de la jungla. Era Tarzán, que atravesaba sus dominios en la vasta jungla, en el vivificante frescor de primera hora de la mañana.

La jungla era más o menos abierta en esta zona, con algunos claros naturales de vez en cuando en los que solo crecían unos cuantos árboles. En consecuencia, Tarzán avanzaba rápido; es decir, rápido por ser movimiento de tierra.

Si la jungla hubiera sido densa se habría subido a los árboles, y habría avanzado pasando de uno a otro con la fuerza de un simio y la rapidez de un mono. Porque era Tarzán de los Monos, quien, a pesar de sus muchos contactos con la civilización desde los primeros días de su juventud, había conservado todas sus maneras de actuar y los poderes de la jungla.

Parecía indiferente a lo que le rodeaba, pero esta indiferencia era engañosa, consecuencia de lo familiarizado que estaba con lo que veía y oía en la jungla. En realidad, todos sus sentidos estaban alerta.

Tarzán sabía, por ejemplo, que había un león tumbado en unos arbustos a treinta metros a su izquierda y que el rey de las bestias yacía junto al cuerpo parcialmente comido de una cebra muerta. No veía ni al león ni a la cebra, pero sabía que estaban allí. *Usha*, el viento, transportaba esa información a su sensible olfato.

La larga experiencia había enseñado a este hombre de la jungla los olores característicos del león y de la cebra. El rastro de olor de un león cuando tiene el vientre lleno es diferente de un león hambriento, que está al acecho. Por eso Tarzán pasó de largo, sin

preocuparse, pues sabía que el león no le atacaría.

Tarzán prefería lo que su olfato le decía a cualquier otro modo de descubrir las cosas. Los ojos de un hombre podían engañarle en el crepúsculo y por la noche; el oído podía ser inducido a error por efecto de la imaginación. Pero el sentido del olfato nunca fallaba. Siempre acertaba; siempre le decía a un hombre qué era qué.

Por lo tanto, era lamentable que un hombre no pudiera viajar siempre de cara al viento; o el hombre mismo cambiaba su dirección o el viento la cambiaba.

Ahora Tarzán caminaba en la dirección del viento para evitar una corriente de agua que no tenía ganas de cruzar nadando. En consecuencia, su preternatural sentido del olfato, temporalmente menos útil, dejó paso a los otros sentidos que le proporcionaban información.

* * *

Y así, llegó a sus oídos algo que habría escapado a todos los oídos salvo al suyo: el lejano grito de *Dango*, la hiena.

A Tarzán se le erizó el vello, como siempre le ocurría cuando oía ese desagradable sonido. A todos los otros animales, exceptuando solo al cocodrilo, Tarzán podía respetarlos; pero a *Dango*, a la hiena, no podía sino despreciarla. Despreciaba las sucias costumbres de esa criatura y odiaba su olor. Debido sobre todo a este último solía evitar estar cerca de *Dango* siempre que podía; de lo contrario, se vería arrastrado a matar a un ser vivo por puro odio, lo cual no le parecía un buen motivo.

Mientras *Dango* no hiciera ningún daño, Tarzán la evitaba; al fin y al cabo, no podía matar a una bestia solo porque no le gustaba el olor del animal. Además, era la naturaleza de *Dango* lo que hacía que oliera de tal modo.

Tarzán estaba a punto de cambiar de dirección una vez más, ahora para evitar acercarse a *Dango*, cuando de pronto una nueva nota en la voz de *Dango* le hizo cambiar por completo de opinión. Era una nota extraña, le indicaba algo inusual, y despertó la curiosidad de Tarzán, por lo que decidió ir a investigar.

Aceleró el paso. Cuando la jungla le encerró se subió a los árboles, avanzando a través de ellos con grandes saltos con los que

se comía la distancia. Los monos le parloteaban a medida que pasaba, y él les respondía con los mismos rápidos sonidos, diciéndoles que no tenía tiempo para pararse. En cualquier otro momento tal vez se habría parado a divertirse con los monos bebés, mientras las madres miraban con aprobación o los padres trataban de inducirle a jugar con ellos a atrapar cocos; pero ahora tenía prisa por descubrir lo que había provocado aquella extraña nota en la voz de *Dango*.

No obstante, un simio particularmente travieso lanzó un coco sin avisar. No lo hizo por malicia, porque conocía la rapidez del ojo de Tarzán. Y no estaba en absoluto preparado para el veloz lanzamiento de vuelta. Tarzán cogió el proyectil y lo devolvió casi en un solo movimiento, y la pelota de béisbol de la jungla llegó al mono para rebotar con un ruido sordo en el peludo pecho.

Se alzó un coro de risas de monos, y el travieso mono se frotó el pecho con la otra mano y aire triste mientras se rascaba la cabeza con mansedumbre con la otra.

—Juega con tus hermanos —le gritó Tarzán—. Tarzán hoy no tiene tiempo para juegos.

Y aceleró todavía más el paso. Oía cada vez más fuertes las voces de *Dango* y sus compañeros, y su olor cada vez era más ofensivo. Escupió en el aire con asco, pero no cambió de rumbo. Y al fin, en la linde de un claro, miró abajo y vio lo que en verdad era extraño en aquella tierra salvaje africana.

En el suelo había un aeroplano, parcialmente destrozado. Y allí, merodeando alrededor del aparato accidentado, se hallaba la fuente del olor que Tarzán odiaba: media docena de babeantes hienas con la lengua fuera. Pisando con blandas patas almohadilladas, daban vueltas y más vueltas en movimiento constante, saltando de vez en cuando contra el costado del avión, en un evidente esfuerzo por alcanzar algo de lo que había dentro.

* * *

Superando su repulsión, Tarzán saltó ágilmente al suelo. Aunque el impacto fue suave, las hienas lo oyeron y se giraron en redondo. Gruñeron, luego se retiraron un poco. El primer impulso de la hiena siempre es retirarse, excepto de las cosas que ya están muertas.

Luego, al ver que Tarzán estaba solo, algunas de las más atrevidas avanzaron unos centímetros enseñando los colmillos. Existía una antigua y mutua enemistad entre aquel hombre y la estirpe de *Dango*.

Tarzán parecía no prestar atención a las hienas. No tocó el arco y el carcaj de flechas que llevaba a la espalda. Su cuchillo de caza permaneció en su funda. Ni siquiera levantó su lanza en gesto de amenaza. Demostró su desprecio. Pero estaba alerta. Conocía a la hiena desde hacía mucho tiempo. Era cobarde, sí, pero cuando estaba hambrienta era capaz de un súbito ataque atrevido con garras y colmillos. Ahora él olía su hambre, y mientras por fuera permanecía desdeñoso, interiormente estaba alerta.

Envalentonadas por la indiferencia exterior de Tarzán, las hienas se acercaron más a él. Entonces, con un rápido movimiento, ¡la más grande le saltó a la garganta!

Antes de que los afilados colmillos pudieran cerrarse en torno a su garganta, Tarzán alargó un bronceado brazo y agarró el cuello de la bestia. Hizo oscilar el cuerpo una vez sobre su cabeza y lo arrojó con una fuerza terrible sobre las otras hienas, derribando a tres. Las tres se pusieron en pie casi al instante, pero quedó una; y todas las hienas se lanzaron directas sobre el cuerpo destrozado de su jefe y lo devoraron. Ay, Tarzán de los Monos conocía la mejor manera de tratar a las hienas.

Mientras ellas estaban ocupadas con su repugnante alimentación, Tarzán examinó el avión y descubrió que no estaba completamente estropeado. Un ala estaba arrugada y el tren de aterrizaje estaba destrozado. Pero lo que era cierto de ese objeto de alambre y metal no era cierto de la carne y la sangre que lo había guiado: la carne y la sangre que las hienas habían sido incapaces de alcanzar. El piloto, encajado en su parte de la cabina, seguía sentado ante sus controles, pero su cuerpo estaba inclinado hacia delante, muerto, con la cabeza descansando sobre el tablero de mandos.

El avión era un aparato del ejército italiano. Tarzán tomó nota mentalmente del número y de la insignia. Luego se encaramó al ala para llegar a la cabina y apartó los restos de la tumba accidental del piloto para examinar al hombre más de cerca.

—Muerte hace… uno o dos días —murmuró—. Agujero de bala

en la garganta, un poco a la izquierda de la laringe. Bien, esto es extraño. Diría que este hombre fue herido mientras se hallaba en el aire. Vivió lo suficiente para llevar a cabo el aterrizaje. Iba acompañado, también. Pero ellos no le dispararon.

* * *

Tarzán no necesitó una imaginación especial para deducir que el hombre muerto no había estado solo. El suelo que rodeaba el aparato mostraba huellas humanas, no nativas, pues el pie estaba calzado con artículos civilizados. Asimismo, había numerosas colillas y un trozo de papel de celofán.

Pero la deducción de que el piloto no había recibido el disparo de sus compañeros precisó un razonamiento más atento. De entrada, era increíble que hubiera ocurrido de cualquier otro modo; si ellos no le habían disparado, ¿quién lo había hecho? Sin embargo, un disparo de sus compañeros habría tenido que entrar por el lado derecho o por detrás. No obstante, la bala había penetrado en la garganta a la izquierda de la laringe.

A Tarzán se le escapó en voz baja un juramento de la jungla.

—Por imposible que parezca —murmuró—, a este hombre le dispararon en el aire; y no fueron sus compañeros. ¿Quién lo hizo, entonces?

Una vez más, examinó la herida. Meneó la cabeza, con el entrecejo fruncido.

—La bala llegó desde arriba… Ahora, cómo podría ser…, a menos que…, a menos que procediera de otro avión. Eso es. ¡Tiene que ser esto! No pudo haber ocurrido de otro modo.

Extraño misterio, en verdad, en el corazón de África, lejos de todas las rutas aéreas. Tarzán interpretó esta señal como habría interpretado un rastro en los senderos de la jungla, y las conclusiones a las que llegó eran tan seguras, tan seguras que se preguntó a sí mismo:

—¿Adónde fue el otro avión?

Los sonidos que hacían las hienas —el desgarrar de la carne, los sorbidos, mordiscos y babeos, el rechinar de sus dientes mientras devoraban a uno de su propia especie— llegaban a Tarzán y este escupió con repugnancia. Casi estaba decidido a saltar con la lanza

y el cuchillo y acabar con ellas; preparar un festín para los buitres. Pero murmuró para sí:

—Aquí hay cosas más importantes. Cosas que tienen que ver con los seres humanos. Ellos están antes.

De manera que siguió con su investigación. Encontró un solo guante, un guante de la mano derecha. Lo recogió, lo abrió, olió el interior. Su nariz tembló. Entonces soltó el guante; pero tardaría en olvidar lo que había aprendido de él.

Saltó al suelo. Ahora, a la visión de las hienas realizando su espantoso trabajo se unieron los ruidos que hacían y aumentó su olor. Aquello era demasiado para Tarzán. Un estruendoso rugido salió de su gran pecho y se abalanzó hacia las hienas, blandiendo la espada en gesto amenazador.

Examinó el terreno minuciosamente.

—Dos hombres —dijo con voz queda—. Echaron a andar —señaló hacia abajo, aunque no hablaba con nadie más que consigo mismo— desde aquí. Y fueron —volvió a señalar— por aquí. El rastro tiene unos dos días, pero no es demasiado antiguo para seguirlo. Lo seguiré.

Varios motivos animaban la decisión de Tarzán. Si aún estaban vivos, los hombres que habían caído de los cielos y ahora se encontraban en la jungla eran seres humanos que podían necesitar ayuda. Además, aquellos hombres eran extranjeros, y era asunto de Tarzán descubrir quiénes eran y qué hacían en sus dominios.

De modo que echó a andar sin pensárselo más.

Tantor, el elefante, barritó en su camino y se quedó esperando con la trompa preparada para coger a Tarzán y dejarlo sobre su lomo, pero Tarzán no tenía tiempo para estos lujos. Podía seguir mejor el rastro si estaba cerca del suelo, así que gritó:

—¡Vuelve con tu manada, *Tantor*! Pero para que el elefante no se sintiera herido, Tarzán se subió a su lomo, hizo una rápida caricia a *Tantor* detrás de las orejas, bajó de un salto y se alejó de nuevo por el sendero. *Tantor*, satisfecho, se marchó avanzando pesadamente para reunirse con su manada, con la trompa elevada todo lo posible.

* * *

Fue *Usha*, el viento, el que provocó la siguiente interrupción a Tarzán. *Usha*, que varió ligeramente, transmitió al olfato de Tarzán un olor completamente nuevo, un olor absolutamente diferente de lo que cualquiera hubiera esperado en la vastedad de la jungla africana. Tarzán abandonó el sendero para seguir esta nueva señal.

El olor se hizo enseguida más pronunciado, hasta que al fin reconoció sin duda alguna que era olor a gasolina.

Otro misterio. La gasolina implicaba la presencia del hombre, pero Tarzán no detectaba en la brisa olor a hombre. Aun así, el olor a gasolina era una especie de prueba avanzada de que había estado en lo cierto al suponer la presencia de otro aeroplano.

La vista pronto comprobó la suposición. Allí estaba, la masa de restos chafados de lo que en otro tiempo había sido un pájaro construido por el hombre, un aparato sobrevolando África. Ahora estaba roto y retorcido, triste prueba de la tragedia.

Aquí se hallaba, Tarzán lo sabía, la segunda mitad del rompecabezas. Este era el otro avión, que había llevado al hombre que había disparado a la garganta del otro hombre y le había matado. La cola de este avión mostraba los estragos hechos por el fuego de la ametralladora. Sí, era evidente que se había producido una batalla en el aire, una batalla desigual, pues aparentemente el hombre de este segundo avión solo iba armado con un revólver.

Sin embargo, desigual o no, el Hombre Número Dos había logrado escapar al destino del Número Uno. Allí se veía hierba pisoteada. El Número Dos había regresado al avión. Y después se había marchado.

Tarzán siguió el rastro un breve trecho y llegó a una enmarañada masa de cuerdas y seda.

—Paracaídas —dijo—. El Número Dos saltó.

La mente de Tarzán estaba ocupada. Sus ojos sostenían la mirada a lo lejos mientras reconstruía lo que debió de suceder.

—El Avión Número Uno atacó al Avión Número Dos. Es evidente, puesto que el Número Uno tenía una ametralladora y el Número Dos no. El Piloto Número Dos tenía un revólver. Con él disparó al Piloto Número Uno, quien efectuó un aterrizaje forzoso, luego murió y fue abandonado por dos compañeros. Las balas de la ametralladora derribaron al Avión Número Dos. Su piloto saltó y aterrizó aquí, a varios kilómetros del Número Uno. En total, pues,

tres hombres salieron de dos aviones.

¿Estaban Vivos todavía?

—¿Y por qué ocurrió todo esto? —se preguntó Tarzán. Pero no tenía respuesta a esa pregunta. Podía imaginar lo que había sucedido; pero no podía imaginar por qué.

Y sabía que aquella jungla probablemente encerraría la respuesta con llave en la muerte. La jungla era muy dura para los que no la conocían. Los tres hombres que habían sido arrojados a ella tenían pocas probabilidades de sobrevivir, si no habían muerto todavía.

Tarzán meneó la cabeza. No le satisfacía que esta fuera la respuesta. Los impulsos humanitarios agitaron su pecho. El Avión Número Dos era inglés; probablemente su piloto también lo era, igual que los otros dos hombres eran con toda probabilidad italianos. Por las venas de Tarzán corría sangre inglesa.

Para Tarzán, la vida de un hombre no era mejor que la Vida de un antílope. Tarzán ayudaría a un antílope que estuviera en apuros, y ayudaría a un hombre que estuviera en apuros si el hombre lo mereciera. La única diferencia era que un antílope en apuros siempre merecía ayuda, mientras que el hombre, a veces, no. Tarzán no podía saber de ningún modo si estos hombres, y en particular el inglés, lo merecían.

—Inglés —dijo para sí—, primero tú. Esperemos que pueda encontrarte antes que los leones o los buiroos.

De manera que Tarzán emprendió la marcha siguiendo las huellas de un hombre al que no conocía. Tarzán siguió las huellas del teniente Cecil Giles-Burton.

Capítulo II
El hilo del destino

El destino es un hilo que conecta un acontecimiento con otro y un ser humano con otro. El hilo que tenía que conducir a Tarzán a la jungla africana empezó en el laboratorio de Horace Brown, en Chicago. De Tarzán iba al teniente Burton, de Burton iba a un hombre llamado Zubanev, en Londres, de Zubanev a Joseph Campbell, conocido también como «Joey el Chucho», de Campbell a Mary Graham, que hablaba demasiado, y finalmente de Mary Graham a Horace Brown, de quien era secretaria.

Es un hilo muy largo, que iba desde Chicago hasta África, y en él hay sangre y la promesa de que habrá más.

Horace Brown era un inventor estadounidense. Tenía una secretaria, Mary Graham, en quien depositaba toda su confianza y que hablaba demasiado. Horace Brown inventó algo, algo de extrema importancia militar. Mary lo sabía, y Mary fue a una fiesta. Fue en esta fiesta donde Mary habló en exceso.

No tenía mala intención, pero, ay, Mary no era bonita, y solía intentar contrarrestar su falta de belleza manteniendo animadas conversaciones. Esta vez, muy lamentablemente, tuvo una animada conversación con la persona equivocada: Joseph Campbell, alias Joey el Chucho.

Para Mary un hombre era un hombre, y aunque Campbell no era particularmente atractivo, se sintió adulada por su interés. Y confundió su interés por la conversación con el interés por ella.

El invento de Horace Brown era un aparato eléctrico diseñado para interrumpir el sistema de encendido de cualquier motor de combustión interna a cualquier distancia a tres mil pies de altura.

—Puedes comprender fácilmente lo que eso significaría en

tiempos de guerra —dijo Mary, brillante, gesticulando con la mano izquierda no tanto para dar énfasis como para demostrar que sus dedos de eficiente mecanógrafa no llevaban ningún anillo, ni de casada ni de compromiso—. Ningún tanque ni cualquier otro equipo motorizado del enemigo podría acercarse a menos de mil metros. Los aviones ametralladores los derribarían antes de que pudieran causar ningún daño grave en los aeródromos. Los bombarderos, equipados con estas máquinas, serían invulnerables al ataque de los aviones que les persiguieran…

Mary continuó y continuó hablando, ajena al teniente Cecil Giles-Burton, ajena a Zubanev, ajena a Tarzán de los Monos, ajena a todas estas personas que se hallaban en lugares lejanos y en cuyas vidas, inconscientemente, estaba influyendo. Solo era consciente del hecho de que había un hombre que mostraba interés por ella.

Joseph Campbell, cuyos ojos reflejaban admiración —admiración por la información que estaba obteniendo, que ella confundía con admiración por ella— escuchaba con ambos oídos, la cabeza atenta y el corazón de piedra. Veía posibilidades de obtener beneficios, tremendas posibilidades, pero todavía no estaba muy seguro de cómo podría hacerlo para conseguir esos beneficios.

—Me gustaría ver ese aparato —dijo con aire indiferente.

—No es posible —replicó Mary—. Nadie puede verlo, de momento. Ha sido desmontado como medida de precaución contra los ladrones. Míster Brown ha conservado solo algunos planos, un juego de ellos.

—Bueno, de todos modos, me gustaría hablar con él —insistió Campbell, y añadió con una mirada significativa—: Así tendríamos ocasión de vernos otra vez. Tal vez incluso podría financiar a míster Brown.

Mary negó con la cabeza con pesar.

—Me temo que eso también es imposible. Míster Brown se halla ahora de camino a Londres para negociar con el Gobierno Británico. Verá, tiene intención de que solo tengan el invento los dos países…

Así tejió inocentemente Mary Graham el primer largo hilo del destino.

Cuando Joseph Campbell se despidió de Mary Graham aquella noche, le prometió que la llamaría a la noche siguiente. Fue lo último que supo de él. Joseph Campbell desapareció de su vida,

igual que Mary Graham, en este punto, desaparece de esta narración.

* * *

Al otro lado del Atlántico, una semana más tarde, Horace Brown, tras haber llegado a un acuerdo satisfactorio con el Gobierno Británico, estaba montando su aparato en un pequeño taller de Londres. Como se suponía que nadie más que él y las autoridades conocían lo que estaba haciendo, no tomó precauciones especiales para protegerse. Dos mecánicos de confianza le ayudaban durante el día. Por la noche se llevaba los planos consigo a la pequeña pensión donde había encontrado una habitación cerca de su lugar de trabajo.

Nikolai Zubanev, exiliado ruso, también se alojaba allí. Era un hombrecillo misterioso, pero aparentemente inofensivo. Era evidente que el gobierno no le consideraba exento de peligro, pues como norma era objeto de seguimiento, solo que Zubanev no lo sabía. Ni lo sabía otro huésped, un hombre recién llegado de Estados Unidos que se había hecho amigo de Zubanev. Sin embargo, a pesar de la vigilancia del gobierno, una mañana hallaron asesinado a Horace Brown y sus planos habían desaparecido. También habían desaparecido Zubanev y su recién conocido, Campbell.

El gobierno llamó a sus muchas y variadas fuentes de información. Una semana más tarde, Campbell y Zubanev fueron localizados en Roma. Estaba claro lo que eso significaba: habían ido allí para vender los planos robados al Gobierno Italiano. Los agentes británicos en Roma se pusieron en marcha. Simultáneamente, el teniente Cecil Giles-Burton despegaba de Croydon en un rápido avión hacia la capital italiana. Los periódicos se limitaron a informar de que realizaba un vuelo a Ciudad del Cabo, África.

En Italia solo había un hombre a quien Campbell y Zubanev deseaban hacer su proposición, y no era fácil conseguir entrevistarse con él. Zubanev, que no confiaba en nadie, concibió un plan para salvaguardar los planos en el caso de que las autoridades italianas decidieran quitárselos por la fuerza. Los escondió en un falso fondo de una bolsa, y los dejó en su habitación

del hotel.

Durante la entrevista, el Gran Hombre se interesó vivamente. Acordaron un precio; este precio haría independientes a los dos hombres para toda la vida, siempre que, por supuesto, la máquina experimental que se iba a construir a partir de los planos pudiera hacer aquello para lo que fue ideada.

Campbell y Zubanev exudaban júbilo cuando regresaron a su apartamento.

Sin embargo, su júbilo se esfumó en el umbral de la puerta cuando abrieron la de la habitación de Zubanev. Alguien había estado allí durante su ausencia y había registrado el lugar, sin preocuparse por devolver las cosas a su sitio. Zubanev se precipitó a la bolsa con el falso fondo. La bolsa estaba allí, y también el falso fondo…, ¡pero los planos habían desaparecido!

Frenéticos, telefonearon al Gran Hombre, y en seguida empezaron a ocurrir cosas. Se dieron órdenes de registrar a todo el que abandonara Roma y de que se repitiera el registro en todas las fronteras. Sin embargo, cierto aeropuerto informó de que un inglés, el teniente Cecil Giles-Burton, había despegado veinticinco minutos antes de que se recibiera la orden de registro, presumiblemente con dirección a Ciudad del Cabo.

Una rápida investigación reveló además el hecho de que el susodicho aviador había parado en el mismo hotel que Campbell y Zubanev, y que se había marchado una media hora antes de que ellos regresaran y descubrieran su pérdida.

Al cabo de una hora, Campbell y Zubanev despegaban en un rápido avión militar de persecución pilotado por un tal teniente Torlini.

Capítulo III
Alas rotas

Las azules aguas del Mediterráneo se deslizaban por debajo del teniente Cecil Giles-Burton mientras volaba en dirección sur hacia la costa africana. Hasta ahora, la empresa había progresado con un éxito extraordinario, y habría sido muy sencillo dar la vuelta hacia el oeste ahora y regresar a Londres. Pero tenía razones para no hacerlo.

Sus órdenes eran seguir hacia el sur hasta Bangali, donde su padre era comisionado residente. Iba a dejar los planos robados con su padre y seguir hasta Ciudad del Cabo, como si realmente se tratara de un vuelo de recreo, tal como los periódicos habían anunciado.

Al Gobierno Británico le parecía poco prudente permitir que un poder amistoso sospechara que sus agentes habían robado los planos ante las narices del Gran Hombre, aun cuando en un principio les habían sido robados a ellos. Y como el padre del teniente Burton era comisionado residente en Bangali, el teniente había sido elegido para la misión. ¿Qué podía ser más natural que el que un hijo se detuviera a visitar a su padre en su vuelo a Ciudad del Cabo? En realidad, los archivos del gobierno demostrarían que había solicitado permiso para hacerlo.

Aunque Bangali disponía de un aeropuerto de emergencia, se hallaba lejos de la principal ruta aérea, y había dudas en cuanto a si un avión podría o no repostar combustible allí, así que Burton decidió aterrizar en Túnez y llenar sus depósitos.

Mientras estaba repostando en el aeropuerto de Túnez, una pequeña multitud de curiosos rodeó su aparato. Las formalidades del aeropuerto francés fueron atendidas rápida y agradablemente, y

mientras estaba charlando con un par de oficiales, un nativo se le acercó.

—Los italianos —dijo en un inglés excelente puede que lleguen antes a Ciudad del Cabo, si se queda aquí demasiado tiempo.

—Ah —dijo uno de los franceses—, una carrera. No lo sabía.

Burton pensó con rapidez. ¡Le estaban persiguiendo! Y el Gobierno Italiano pretendía dar la impresión de que se trataba simplemente de una carrera deportiva.

—En realidad, no es una competición oficial —dijo Burton, riendo—. Solo una apuesta particular con unos amigos italianos. Si no quiero perder, será mejor que me marche.

Cinco minutos más tarde, se hallaba en el aire otra vez y dirigiéndose hacia el sur a toda marcha, agradecido por el ingenio y la amabilidad de sus confederados en Roma y la habilidad de su agente, el «nativo» de Túnez.

Burton había perdido media hora en Túnez, pero pronto oscurecería y, si sus perseguidores no le veían pronto, esperaba perderlos durante la noche. Él utilizaba una ruta directa hasta Bangali, que le llevaría al este de una ruta de líneas aéreas hacia Ciudad del Cabo y al oeste de la ruta regular desde El Cairo hasta El Cabo, la ruta que era razonable esperar que él utilizara debido a su mayor seguridad.

De vez en cuando miraba hacia atrás, y por fin, en los últimos rayos del sol que se ponía, vio la reluciente plata reflejada desde la superficie inferior de las alas de un aeroplano muy lejos a su espalda.

Aquel avión le siguió toda la noche, guiado por los fogonazos de su tubo de escape.

Era un aparato rápido y se mantenía con tenacidad detrás de él.

* * *

Se preguntó cuáles eran los planes del enemigo. Sabía que no le querían a él; querían los papeles que llevaba. Si podía llegar a Bangali, los planos estarían a salvo, pues allí encontraría mucha protección.

Pero no sería así. Cuando rompió el alba, el avión que le perseguía se había puesto a su lado. Las puntas de las alas casi se

tocaban. Vio que era un avión de persecución militar italiano, pilotado por un oficial italiano. No reconoció a los dos pasajeros, aunque supuso que se trataba de Campbell y Zubanev, a los que nunca antes había visto.

Abajo se extendía campo abierto, y el oficial italiano le hacía señas de que descendiera. Creía que Bangali no se hallaba a más de ochenta kilómetros. Cuando les hizo gestos de negación con la cabeza, le dispararon con la ametralladora. Él se ladeó y bajó en picado, y volvió a ladearse, poniéndose bajo la cola del otro aparato.

Su única arma era una pistola de servicio. La sacó y disparó al vientre del aparato, esperando tener suficiente suerte para estropear alguno de los mecanismos de control. Cuando el otro avión se ladeó y giró, él se elevó a toda velocidad.

Ahora venían por detrás, y venían deprisa. Se giró y disparó otras cuatro veces, y a continuación una ráfaga de ametralladora le destrozó el timón y el estabilizador. Descontrolado, su aparato empezó a dar vueltas. Había hecho todo lo que había podido, pero había fracasado. Paró el motor, saltó con el paracaídas y flotó suavemente hasta el suelo. Mientras descendía observaba al otro avión. Se movía de forma errática, y se preguntó si alguna de sus balas habría alcanzado al piloto o estropeado los controles. Lo último que vio fue que desaparecía sobre una jungla unos kilómetros al sur.

Así pues, los dos aviones aterrizaron en diferentes lugares, donde Tarzán de los Monos después iba a encontrarlos y a preguntarse por ellos.

Burton se puso en pie enseguida y se desabrochó el arnés del paracaídas. Miró alrededor. No se veía ninguna criatura viva. Se hallaba en plena selva virgen africana, con solo una confusa noción de la distancia que le separaba de Bangali, que según él creía se encontraba un poco al sureste.

Su avión era un amasijo de hierros, y estaba a unos centenares de metros. Se alegraba de haber parado el motor y de que su aparato no hubiera ardido, pues llevaba un poco de comida y algunas balas de repuesto. Pensó que se encontraba en un buen apuro, y así era: mucho peor de lo que se imaginaba.

Sin embargo, los planos por los que había arriesgado su vida se

hallaban a salvo en un bolsillo interior de su camisa. Los palpó para asegurarse de que seguían allí. Satisfecho, se dirigió hacia el avión siniestrado y cogió munición y comida.

Emprendió la marcha de inmediato en la dirección en la que creía que se encontraba Bangali, pues sabía que si sus perseguidores habían aterrizado a salvo le estarían buscando. Si Bangali se encontraba tan solo a unos noventa kilómetros, como esperaba, y en la dirección que él creía, le parecía razonable esperar llegar allí el tercer día. Rogó para que no fuera una zona de leones, y, si había nativos, que fueran amistosos.

Pero se hallaba en una zona de leones y los nativos que había no eran amistosos…; y Bangali se encontraba a casi quinientos kilómetros de distancia.

Capítulo IV
Llamada de la jungla

Tendrían que transcurrir dos días hasta que el hilo que empezó con Horace Brown en Chicago, y ya estaba empapado en un punto con la sangre de Horace Brown, se alargara y fuera a parar a Tarzán, que odiaba las hienas, en África. El tercer día encontró a Tarzán de los Monos siguiendo el rastro fresco del inglés, Cecil Giles-Burton. Entonces el destino jugó una extraña baza.

Cecil Giles-Burton, que hasta entonces jamás había puesto un pie en África, cruzó sin sufrir daño alguno el país de los salvajes buiroos; pero Tarzán de los Monos, nacido y criado en esta tierra y que la conocía a la perfección, fue objeto de una emboscada, resultó herido y lo capturaron.

Sucedió así: Tarzán se estaba aproximando a la jungla en la dirección del viento; por lo tanto, el rastro de olor de cualquier vida que hubiera por delante de él no podía llegar a su sensible olfato. De este modo, no pudo saber que una veintena de guerreros buiroo avanzaban por la jungla en su dirección. Estaban cazando, se movían en silencio, de forma que Tarzán ni les oyó ni les olió mientras se le acercaban.

En este momento fue cuando un león irrumpió de pronto desde la jungla un poco a su izquierda. Brotaba sangre de una herida en el costado del león, y estaba de muy mal humor. La bestia pasó unos metros por delante de él, luego se volvió bruscamente y echó a correr hacia él.

Tarzán, con absoluta calma, levantó su corta y pesada lanza por encima de su hombro derecho y esperó. Y entonces…, se encontraba de espaldas a la jungla.

Fue entonces cuando los buiroos se lanzaron sobre él por detrás.

Su sorpresa fue grande, pero no detuvo su acción. Chemungo, hijo de Mpingu, el jefe, reconoció al hombre blanco, reconoció a Tarzán —Tarzán, que una vez había robado de la aldea a un cautivo que iba a ser torturado y sacrificado—, Tarzán, que de paso había dejado en ridículo a Chemungo.

Chemungo no perdió el tiempo. Arrojó su lanza y el hombre blanco cayó con el arma temblando en su espalda. Pero los otros guerreros no se olvidaron del león. Con fuertes gritos se precipitaron sobre él, sosteniendo sus grandes escudos delante.

La bestia se abalanzó sobre el primer guerrero, golpeando el escudo y arrojando al hombre al suelo donde el escudo le protegía, mientras sus compañeros rodeaban al león y le atacaban con sus armas.

El león atacó una vez más, y un guerrero cayó al suelo bajo el escudo una vez más, pero ahora una lanza encontró el corazón salvaje y la batalla terminó.

Hubo gran regocijo en la aldea del jefe Mpingu cuando los guerreros regresaron con un prisionero blanco y un león muerto. Sin embargo, su regocijo se vio un poco mermado por algunos recelos cuando descubrieron que su prisionero era el temible Tarzán.

Algunos, incitados por el hechicero, abogaban por matar al prisionero enseguida, no fuera que invocara sus poderes mágicos para causarles daño. Pero otros aconsejaban dejarle libre, argumentando que el espíritu de Tarzán asesinado podría causarles mucho más daño que Tarzán vivo.

Dividido entre dos ideas opuestas, Mpingu llegó a un acuerdo. Ordenó que el prisionero fuera atado y vigilado, y que restañaran sus heridas. Si para cuando se pusiera bien, no había ocurrido nada adverso, le tratarían como a los demás prisioneros; y habría baile… ¡y comida! Tarzán había dejado de sangrar. La herida habría matado a un hombre corriente, pero Tarzán no era un hombre corriente. Ya estaba planeando su huida.

Le ataron con fuerza, y sus captores tenían que hacer grandes esfuerzos para evitar que se le aflojaran las ataduras. Cada noche se las apretaban de nuevo, maravillándose de la gran fuerza que permitía a aquel hombre aflojarlas al menos lo suficiente para que la sangre de los brazos y las piernas fluyera menos lentamente.

Eso de que le apretaran las ataduras cada noche se convirtió en un grave problema para Tarzán. Era más que eso; era un insulto a su dignidad natural.

«Un hombre que no utiliza sus brazos —pensó— solo es medio hombre. Un hombre que no utiliza sus brazos y piernas no es un hombre en absoluto. Es un niño, que debe ser alimentado como un niño, tal como los buiroos me están alimentado a mí».

Y el corazón de Tarzán se hinchó de indignación, una indignación multiplicada por tres porque le daba de comer un pueblo degenerado como los buiroos. Sin embargo, ¿de qué servía que el corazón de Tarzán se hinchara, si sus muñecas y sus tobillos no podían hincharse también, hincharse y romper sus ataduras?

El gran corazón de Tarzán ardía en su pecho, pero su mente permanecía fría.

«Me alimentan para engordarme —le dijo su mente—. Un hombre musculoso sería demasiado duro para comérselo. Así que intentan crearme una capa de suculenta grasa. ¿Es este un final adecuado para Tarzán… acabar en los vientres de los buiroos? No, no es un final adecuado para Tarzán, ¡ni será su final! A Tarzán seguro que se le ocurriría algo».

De modo que Tarzán pensó en varias cosas, y desechó cada pensamiento por inútil. Aun así, sus cinco sentidos, más desarrollados que los de cualquier otro hombre, permanecían aguzados.

Tres de estos sentidos no importaban mucho en su situación actual. Podía ver, pero ¿de qué le servía la vista si un hombre solo tenía las paredes de una mísera choza para mirar? ¿Qué importaba tener buen gusto cuando significaba probar comida no adquirida por sus propias fuertes manos, sino dada por los buiroos, para que en sus músculos se formara una capa de grasa que se derritiera en sus lenguas y satisficiera sus paladares?

No, solo dos sentidos —el oído y el olfato— significaban todavía algo. Y sobre todo y por encima de todos los demás, el misterioso sexto sentido que Tarzán poseía en una medida desconocida para los otros hombres.

Así transcurrían los días y las noches, pensando Tarzán en las horas en que estaba despierto e incluso en sus sueños. Estaba más alerta que nunca a todos los ruidos y todos los olores; pero más

importante todavía era que su sexto sentido estaba alerta a la jungla y a cualquier mensaje que esta pudiera transmitirle.

Mensajes había muchos, pero él esperaba el que le daría esperanza. Oía a *Sheetah* el leopardo. En él no había esperanzas. Oyó a *Dango* de nuevo, y olió a la bestia con su repugnancia de siempre. *Numa*, el león, anunció su hambre con sus rugidos desde muy lejos. El aguzado oído de Tarzán lo oyó, pero ese ruido no servía para nada excepto para introducir el pasajero pensamiento de que era más noble ser comido por un león que por los buiroos.

Entonces Tarzán —o más bien el sexto sentido de Tarzán— recibió otro mensaje. Un leve destello de sorpresa apareció en sus ojos; las ventanas de la nariz le temblaron.

Poco después, Tarzán empezó a balancear su torso hacia delante y hacia atrás, suavemente, y un sonido como un cántico bajo empezó a brotar de sus labios. El guardia que estaba ante la abertura de la choza atisbó dentro, vio los movimientos de Tarzán y le preguntó:

—¿Qué estás haciendo?

Tarzán interrumpió su movimiento y su cántico solo el tiempo suficiente para decir:

—Rezo.

Luego reanudó su actividad.

El guardia informó a Mpingu de lo que había visto. Mpingu gruñó y dijo que los dioses de los buiroos eran más poderosos que los de Tarzán.

—Déjale que rece —dijo Mpingu—. Eso no le salvará. Pronto nuestros dientes y nuestras lenguas le conocerán.

El guardia volvió a la choza y retomo su puesto. Tarzán seguía balanceándose y cantando, solo que ahora lo hacía en voz un poco más alta. Esperaba que el guardia le dijera que no lo hiciera, pero el guardia no dijo nada, por lo que Tarzán supo que su plan estaba funcionando.

El mensaje le llegó, pero ahora fue algo más que un mensaje recibido por su sexto sentido. El mensaje acudía ahora a su olfato, ¡era inconfundible!

Pero Tarzán actuó con cautela. Estaba enviando una llamada, pero aumentó el volumen gradualmente, para que en la mente de los buiroos permaneciera la ilusión de la plegaria. Y así, los sonidos

que emitía aumentaban de volumen tan gradualmente que de un minuto al siguiente el cambio era apenas perceptible. Ocurrió de repente que los buiroos se dieron cuenta de que la voz de Tarzán era muy alta, y durante otro minuto se lo explicaron con la suposición de que Tarzán no conseguía que sus dioses le escucharan. Entonces oyeron, rompiéndoles los tímpanos, como el trueno cuando los cielos están negros y enojados, el gran bramido de Tarzán.

De pronto se hizo el silencio.

* * *

En las profundidades de la jungla, *Tantor*, el elefante, alzó la cabeza hacia la brisa nocturna y la parte delantera de la trompa se enroscó de forma espasmódica. Movió las orejas como si fueran alas. Se dio casi media vuelta para ponerse plenamente de cara a la brisa. Una vez más oliscó; y luego barritó.

Barritó, convocando a su manada. Esta llegó, todos los elefantes se quedaron de cara al viento con él, escucharon, oyeron lo que oyeron. Habían estado vagando lejos, fuera de sus terrenos habituales, siguiendo a su jefe sumisamente, pues su jefe había estado muy inquieto los últimos días, como si buscara algo, y habían temido contrariar su voluntad.

Ahora sabían qué era lo que le había hecho sentirse inquieto y qué le había llevado hasta allí, y ahora también ellos agitaron el aire con sus trompas, pisotearon el suelo con impaciencia, aguardando solo que su jefe diera la señal de emprender la marcha.

Tantor dio la esperada señal… ¡y la manada partió!

Caminaba rápida, de forma regular, sin remordimientos, directa hacia su meta. Marchaba sin desviarse, salvo de los grandes árboles. Pasaba por encima de los arbolitos como si fueran cerillas. Directa y firmemente marchó la gran manada hacia la aldea de los buiroos.

Tarzán, cautivo en su choza, fue el primero en oír el estruendo de la manada que se acercaba. Sus ojos se iluminaron y sus labios esbozaron una sonrisa. ¡Sus «plegarias» habían sido escuchadas! ¡Su liberación llegaba deprisa —cada vez más rápida—, cada vez estaba más cerca!

En el aire, fuera de la choza, se alzaron gritos de pánico. Tarzán

oyó el ruido que hacían los elefantes al arañar y golpear la valla de madera que rodeaba la aldea. Oyó los crujidos. Una parte completa de la valla cayó destrozada. ¡Los elefantes entraron!

—*¡Tantor! ¡Tantor!* —gritó la potente voz de Tarzán—. *¡Tantor! ¡Tantor!* —vociferaba—. ¡Ven a buscarme!

Pero *Tantor* no necesitaba ninguna invitación para acudir a Tarzán. El olor de su amigo-hombre era suficiente, y la voz de Tarzán solo confirmaba a *Tantor* su presencia allí.

Tarzán oyó el ruido de la trompa de *Tantor* sobre él. Todo el tejado de paja de la choza en la que se encontraba fue barrido y apartado. Al levantar la mirada, Tarzán contempló el bulto tremendo de *Tantor*, y más allá las estrellas del firmamento. Al instante siguiente *Tantor* bajó la trompa, rodeó con ella a Tarzán, lo levantó y se lo puso sobre el lomo.

Tantor levantó la trompa, esperó. Entonces Tarzán, y no *Tantor*, se hallaba al mando de la manada.

Y fue Tarzán, con su fuerte voz, quien dio la señal de que era hora de partir. La aldea era ahora un montón de escombros, no quedaba en pie ni una sola choza, y los buiroos se habían retirado con terror y escondido entre los arbustos. Triunfante, la manada dejó atrás la aldea.

Rompía el alba. Tantor y la manada habían hecho su trabajo. Fueron los monos y no los elefantes los que aflojaron las ataduras de Tarzán, saltando a su alrededor, parloteando de placer por verle de nuevo. Tarzán rascó a *Tantor* detrás de las orejas, y *Tantor* supo que le estaba dando las gracias.

Luego, al despedirse de sus amigos de la jungla, Tarzán se subió a los árboles y desapareció de la vista.

Ya no servía para nada seguir el rastro del aviador inglés. Era muy probable que el pobre tipo ya estuviera muerto, de hambre o entre los colmillos y las garras de uno de los grandes carnívoros. No, el destino de Tarzán se encontraba ahora en otra parte, específicamente en Bangali.

Noches antes, mientras yacía cautivo, había oído tambores africanos nativos que transmitían un mensaje desde el comisionado residente en Bangali a su amigo Tarzán de los Monos: el mensaje de que Tarzán acudiera a Bangali.

Capítulo V
El safari

Cómo sobrevivió el teniente Cecil Giles-Burton a sus caminatas sin rumbo por la jungla fue uno de esos milagros que a veces ocurren en África. El Continente Oscuro, cruel para los que no lo conocían, no le hizo nada a este hombre. Y la parte del hilo del Destino que le unía indirectamente a una joven parlanchina en el lejano Chicago todavía no estaba humedecido con su propia sangre.

En dos ocasiones se encontró Burton con leones. En ambos casos, por fortuna, había un árbol cerca y se encaramó a él. Uno de esos leones estaba vorazmente hambriento e iba de caza. Burton estuvo en el árbol un día entero. Llegó a pensar que moriría de sed.

Pero al fin la propia hambre del león acabó con su paciencia y se marchó tras una presa menos difícil.

Por el otro león Burton no tuvo que preocuparse. Tenía el vientre lleno y no le habría prestado atención ni a una gorda cebra, su comida favorita. Pero Burton, a diferencia de Tarzán, no sabía distinguir la diferencia entre un león hambriento y uno saciado. Asimismo, como la mayoría de personas que desconocen la jungla, tenía la idea de que todos los leones eran carnívoros y mataban a todo ser vivo que pudieran alcanzar.

El principal problema de Burton era obtener comida. Pronto perdió peso. Comía muchas cosas extrañas, como langostas, y comprendió que un hombre hambriento se come cualquier cosa.

Los días transcurrían rápidamente, y él todavía buscaba Bangali; pero buscaba en una dirección equivocada.

Su ropa estaba hecha jirones. El pelo y la barba le habían crecido mucho. Pero no había perdido el coraje. Delgado como un fideo, todavía conservaba la esperanza, mientras una mañana

estaba sentado en la ladera de una montaña contemplando un pequeño valle.

Se le había aguzado el oído desde su estancia en la jungla, y ahora, de pronto, oyó ruidos procedentes del extremo superior del valle. Miró… y vio hombres.

¡Hombres! ¡Seres humanos! ¡Los primeros que veía en días y días! El corazón le latía con fuerza, se le hinchó en el ahora huesudo pecho. Su primer impulso fue levantarse de un salto y correr colina abajo hacia ellos, dando gritos de alegría. Luego se contuvo. África le había enseñado a ser cauto. En lugar de precipitarse hacia ellos, se escondió detrás de un arbusto y observó. Antes de saltar observaría.

Se trataba de una larga hilera de hombres. A medida que se acercaban, vio que algunos llevaban sombrero para el sol. Pero la mayoría de ellos no llevaban gran cosa. Se fijó en que los que llevaban menos ropa transportaban los fardos más pesados.

Entonces supo lo que estaba viendo. Era un safari, un safari de hombres blancos y negros. Después ya no vaciló más. Se precipitó hacia abajo para reunirse con ellos.

A la cabeza de la columna iba un guía nativo y un grupo de blancos. Entre los blancos había dos mujeres. Detrás de ellos marchaba la larga fila de porteadores y *askaris*.

—¡Hola! ¡Hola! —gritó Burton con voz ronca. Las lágrimas acudieron a sus ojos y se atragantó, tropezando mientras corría hacia ellos con los brazos extendidos.

* * *

El safari se detuvo y esperó a que les alcanzara. No le devolvieron los gritos de saludo. Redujo el paso. Algo de su habitual reserva inglesa acudió a él. Se preguntó a qué se debía su falta de entusiasmo.

—¡Qué espantoso! —exclamó una de las mujeres, no más que una muchacha, al verle tan sucio. Pero la exclamación fue menos de lástima que de maleducada consternación por su apariencia de espantajo.

El teniente Burton se puso rígido y sus labios cortados se torcieron esbozando una sonrisa que contenía un poco de amargura.

¿Era esta la manera de recibir a uno de los suyos? El teniente Burton, mirando a la muchacha, dijo con calma:

—Lamento, *lady* Barbara, que con la impresión que le causan mis sucios harapos, no sepa ver que los lleva un ser humano.

La muchacha le miró fijamente, asustada. Se ruborizó.

—¿Me conoce? —preguntó, incrédula.

—Bastante bien. Es usted *lady* Barbara Ramsgate. Aquel caballero…, ¿o estoy empleando mal esta palabra?, es su hermano, lord John. A los demás no les conozco.

—Debe de haber oído rumores de nuestro safari —dijo uno de los otros hombres—. Por eso conoce los nombres. Bueno, amigo, ¿cuál es su historia? Supongo que su safari le abandonó, y está perdido y hambriento, y quiere unirse a nuestro safari. No es usted el primer hombre abandonado que recogemos…

—Calla, Gault —espetó John Ramsgate con voz enojada—. Deja que cuente su historia.

El teniente Burton meneó la cabeza. Miró a cada uno de ellos echando fuego por los ojos.

—Tan esnob en África como en Londres —dijo con suavidad—. Uno de sus porteadores, si me encontrara en este estado, no me habría hecho preguntas, me habría dado comida y agua, aunque eso hubiera significado quedarse él sin nada.

Gault abrió la boca para replicar con vehemencia, pero la muchacha le detuvo. Parecía avergonzada.

—Lo siento —dijo—. Hemos estado sometidos a mucha tensión y me temo que nuestra fachada se ha resquebrajado un poco y ha revelado que no somos tan agradables como pensamos ser por dentro. Ordenaré que le den comida y agua inmediatamente.

—Ahora no hay prisa —dijo Burton—. Responderé primero a las preguntas que se están haciendo. Volaba de Londres a Ciudad del Cabo y me vi obligado a aterrizar. Desde entonces he estado caminando, intentando encontrar Bangali. Son ustedes los primeros seres humanos que veo. Permítanme que me presente. Me llamo Burton; soy el teniente Cecil Giles-Burton, de las Reales Fuerzas Aéreas.

—¡Imposible! —exclamó *lady* Barbara—. No puede ser cierto.

—Conocemos a Burton —dijo Lord John—. Usted no se parece en nada a él.

—Échenle a África la culpa de eso. Creo que si miran lo bastante de cerca, reconocerán a su invitado de fin de semana en Ramsgate Castle.

Lord John, mirándole más de cerca, murmuró al fin:

—Dios mío, sí —y le tendió la mano—. Le pido mis disculpas, amigo.

* * *

Burton no le estrechó la mano. Tenía los hombros encorvados. Estaba avergonzado de aquella gente.

—Esta mano que ahora ofrece al teniente Burton debería haberla ofrecido al extraño abandonado —dijo con calma—. Me temo que no puedo estrechársela con sinceridad.

—Tiene razón —dijo lord John a su hermana, y ella hizo gestos de asentimiento con aire sumiso—. Lo lamentamos terriblemente, Burton. Me sentiría muy honrado si aceptara mi mano, teniente.

Entonces Burton le estrechó la mano y todos se sintieron mejor. *Lady* Barbara le presentó al hombre que estaba a su lado, Duncan Trent.

Después de comer, Burton conoció a los otros miembros del safari. Había un hombre alto, de anchos hombros, que se llamaba míster Romanoff, y fue Romanoff quien dio a Burton la asombrosa información de que Bangali se hallaba a casi cuatrocientos kilómetros de allí. Romanoff le dio esta información mientras su criado, Pierre, le afeitaba. Era evidente que aquel expatriado ruso viajaba con estilo.

Burton también se enteró de que aquel safari eran en realidad dos safaris.

—Nos tropezamos con el safari de Romanoff hace dos semanas, y como los dos íbamos en la misma dirección, hacia Bangali, unimos nuestras fuerzas. La diferencia es que el safari de Romanoff caza con armas, mientras que nosotros cazamos solo con cámaras.

—Una idea boba —dijo Trent, quien a todas luces estaba interesado en *lady* Barbara—. John podría haber ido al zoo y tomar sus bobas fotografías sin tener que andar tanto y tener que soportar las picaduras de los insectos.

Burton también se enteró de que Gerald Gault, el hombre que al

principio le había hablado con desprecio, era el guía de Romanoff. Había otro ruso en el safari, Sergei Godensky, fotógrafo profesional.

El interés de Burton se dirigió a otros dos hombres blancos. Eran los otros hombres perdidos que habían mencionado. Se llamaban Smith y Peterson. Habían contado la historia de que sus nativos les habían abandonado.

—No parecen muy alegres —dijo Burton.

—No les gusta hacer su parte del trabajo —espetó John Ramsgate—. Burton, no nos reproche mucho nuestra conducta cuando sepa más sobre este safari tan variopinto. El hombre de Romanoff, Gault, es dominante y sarcástico. Todo el mundo le odia. Pierre y mi criado, Tomlin, están enamorados de Violet, la doncella de Barbara. Y yo creo que no hay amor perdido entre Godensky y Romanoff. Dicho todo esto, no lo llamaría una familia muy feliz.

Siguieron a la cena café y cigarrillos. Burton se desperezó e inhaló profundamente.

—Pensar —dijo— que esta misma mañana esperaba morirme de hambre. Uno nunca sabe lo que el Destino le tiene reservado.

De forma inconsciente se dio unas palmadas en el corazón, donde descansaban los planos del invento de Horace Brown.

—Tal vez sea mejor no poder ver el futuro —dijo *lady* Barbara.

Era sin duda mejor, en lo que a la paz mental de Burton se refería.

Transcurrieron los días. Burton le cogió mucho apego a John Ramsgate y especial cariño a Barbara. Duncan Trent empezó a poner ceño. Detectó un rival en Burton.

* * *

El problema mayor se desató en el safari por la doncella, Violet, cuando Godensky le hizo proposiciones que ella dejó claro que no aceptaría. Burton, que por casualidad se acercaba a ellos, le dio un puñetazo a Godensky, que cayó al suelo. Godensky, en un ataque de furia, sacó el cuchillo. Entonces *lady* Barbara apareció de pronto en escena. Godensky se guardó el cuchillo y se alejó con aire hosco.

—Se ha ganado un enemigo —le previno Barbara. Burton se encogió de hombros. Había soportado ya tantas cosas que un enemigo más no importaba.

Sin embargo, se había creado más de un enemigo. Trent se dirigió a él en términos claros e inequívocos para que se mantuviera alejado de *lady* Barbara.

—Creo que podemos dejar que *lady* Barbara elija qué compañía desea tener —dijo Burton con calma.

Tomlin, atraído por la conversación, salió de su tienda. Vio a Trent dar un puñetazo a Burton, vio a Burton derribar a Trent.

—Métase en su tienda y cálmese —espetó Burton a Trent, y entró en su propia tienda.

A la mañana siguiente, Ramsgate notificó a Godensky que no necesitaría sus servicios cuando llegaran a Bangali. Todos los demás hacían caso omiso a Godensky, incluso los dos a los que habían recogido, Smith y Peterson, y él caminaba solo todo el día, alimentando su rabia. Duncan Trent cerraba la columna, sombrío y meditabundo.

Todos parecían estar de mal humor, y la larga caminata bajo el ardiente e implacable sol no ayudaba a apaciguar los nervios crispados. Los porteadores se rezagaban, y Gault pasaba la mayor parte del tiempo yendo arriba y abajo de la fila maldiciéndoles e insultándoles. Por fin perdió los estribos y golpeó a uno y le hizo caer al suelo. Cu ando el hombre se levantó, Gault lo derribó otra vez. Burton, que se hallaba cerca, intervino.

—Basta ya —ordenó.

—Ocúpese de sus malditos asuntos. Yo soy quien dirige este safari —replicó Gault.

—No me importa qué safari dirija. No va a insultar a estos hombres.

Gault hizo ademán de pegarle. Burton detuvo el golpe, y al instante siguiente Gault fue arrojado al suelo con un izquierdazo en la mandíbula. Era la tercera pelea de Burton desde que se había unido al safari. Tres puñetazos; tres enemigos.

—Lo siento, Ramsgate —dijo Burton más tarde—. Al parecer, estoy teniendo problemas con todo el mundo.

—Ha hecho lo correcto —aprobó Ramsgate.

—Me temo que ahora se ha ganado un auténtico enemigo, Cecil —dijo *lady* Barbara—. Tengo entendido que Gault tiene muy mala reputación.

—Un enemigo más ya no me importa. Mañana estaremos en

Bangali.

Charlaron unos minutos más y luego se desearon buenas noches y se fueron cada uno a su tienda. Burton estaba contento. Sabía que nunca había estado tan feliz en su vida. Al día siguiente vería a su padre. Al día siguiente cumpliría su misión; y estaba enamorado. Una serena quietud se apoderó del campamento, en el que hacía guardia un *askari* adormilado. De muy lejos llegó el rugido de un león que iba de caza, y el hombre arrojó más leña al fuego.

Capítulo VI
La llegada de Tarzán

Fue justo antes del amanecer, y hacía mucho frío. El *askari* de guardia estaba todavía más adormilado que el hombre al que había relevado. Debido al frío, se sentó muy cerca del fuego con la espalda apoyada en un tronco, y sentado allí se quedó dormido.

Cuando despertó, se quedó tan perplejo y desconcertado por lo que vieron sus ojos que por un momento fue incapaz de reaccionar. Se quedó allí sentado, con los ojos como platos, mirando a un hombre blanco semidesnudo que estaba sentado en cuclillas cerca de él, calentándose las manos ante el fuego. ¿De dónde había salido aquella aparición? No estaba allí un momento antes. El *askari* pensó que quizás estaba soñando. Pero no. El visitante era demasiado real, de un físico inmenso.

Los labios del extraño se separaron.

—¿De quién es este safari? —preguntó en swahili.

El *askari* logró que le saliera la voz.

—¿Quién eres? ¿De dónde has salido? —De pronto sus ojos se abrieron todavía más y se quedó boquiabierto—. Si eres un demonio —dijo—, te traeré comida, si no nos haces daño.

—Soy Tarzán —dijo el extranjero—. ¿De quién es este safari?

—Son dos —respondió el *askari*, con mirada sobrecogida—. Uno es el safari del *bwana* Romanoff, y el otro es el safari del *bwana* Ramsgate.

—¿Van a Bangali? —preguntó Tarzán.

—Sí. Mañana estaremos en Bangali.

—¿Están cazando?

—*Bwana* Romanoff caza. *Bwana* Ramsgate hace fotografiás.

Tarzán estuvo observando un buen rato antes de hablar de

nuevo, y entonces dijo:

—Deberían azotarte por quedarte dormido cuando estás de guardia.

—Pero no estaba dormido, Tarzán —se excusó el *askari*—. Solo he cerrado los ojos porque con la luz del fuego me duelen.

—El fuego estaba casi extinguido cuando he llegado —dijo Tarzán—. He puesto más madera. He estado aquí mucho rato y tú estabas dormido. Podía haber venido *Simba* al campamento y llevarse a alguien. Ahora está por ahí, observándote.

El *askari* se puso en pie de un salto y amartilló el rifle.

—¿Dónde? ¿Dónde está *Simba*? —preguntó.

—¿No ves sus ojos reluciendo allí?

—Sí, Tarzán, ahora los veo.

Se llevó el rifle al hombro.

—No dispares. Puede ser que, por casualidad, solo le hieras, y entonces atacaría. Espera.

Tarzán cogió un palo, uno de cuyos extremos estaba ardiendo, y lo lanzó a la oscuridad. Los ojos desaparecieron.

—Si vuelve, dispárale por encima de la cabeza. Eso puede que lo asuste y se marche.

El *askari* se quedó muy alerta, pero observaba al extraño tanto como observaba por si el león regresaba. Tarzán se calentó junto al fuego. Al cabo de un rato el viento refrescó y cambió de dirección. Tarzán levantó la cabeza y oliscó el aire.

—¿Quién es el hombre muerto? —preguntó.

El *askari* se apresuró a mirar alrededor, pero no vio a nadie. La voz le temblaba un poco cuando respondió.

—No hay ningún hombre muerto, *bwana* —protestó el *askari*.

—Hay un hombre muerto en aquella parte del campamento —y Tarzán señaló hacia las tiendas de los blancos.

—No hay ningún hombre muerto, y me gustaría que te marcharas con tu charla sobre la muerte.

El otro no respondió. Siguió sentado en cuclillas, calentándose las manos.

—Tengo que ir a despertar a los cocineros —dijo el *askari* entonces—. Es la hora.

Tarzán no dijo nada, y el *askari* fue a despertar a los cocineros. Les dijo que había un demonio en el campamento, y cuando

miraron y vieron al hombre blanco en cuclillas junto al fuego, también ellos se asustaron intensamente. Todavía se asustaron más cuando el *askari* les dijo que el demonio le había dicho que había un hombre muerto en el campamento. Despertaron a los otros muchachos, porque en cantidad se tiene una mayor sensación de seguridad.

El capataz de Ramsgate fue a la tienda de su amo y le despertó.

—Hay un demonio en el campamento, *bwana* —dijo—, y dice que aquí hay un hombre muerto. No hay ningún hombre muerto en el campamento, ¿verdad, *bwana*?

—Claro que no; y tampoco hay demonios. Estaré fuera dentro de un momento.

Ramsgate se vistió con premura y salió unos minutos más tarde. Vio entonces a los hombres formando un apretado grupo, muertos de miedo, mirando hacia el fuego, donde el gigantesco hombre blanco semidesnudo se hallaba acuclillado. Ramsgate se dirigió hacia él y, mientras se aproximaba, el otro hombre se levantó, cortés.

—¿Puedo preguntar —dijo Ramsgate— quién eres y a qué debemos el placer de esta visita? Ramsgate había aprendido la lección de Burton sobre cómo tratar a los extraños.

El otro señaló el fuego.

—Esa es la razón de mi visita —dijo—. Esta noche hace un frío inusual en la jungla.

—¿Quién eres y qué estás haciendo corriendo desnudo en la jungla por la noche?

—Soy Tarzán —respondió el extraño—. ¿Cómo te llamas tú?

—Ramsgate. ¿Qué historia has estado contando a nuestros muchachos de que hay un hombre muerto en el campamento?

—Es cierto. Hay un hombre muerto en una de esas tiendas. No hace mucho que ha muerto.

—Pero ¿cómo lo sabes? ¿Qué te hace pensar eso?

—Lo huelo —respondió Tarzán.

Ramsgate se estremeció y recorrió el campamento con la mirada. Los muchachos seguían apretujados a poca distancia, observándoles; pero, por lo demás, todo parecía estar en orden.

Volvió a mirar al extranjero, esta vez un poco más de cerca, y vio que era apuesto y tenía aspecto de ser inteligente. Sin embargo,

sin duda aquel hombre estaba loco; probablemente era uno de esos humanos que se pierden y que de vez en cuando se encuentran incluso en lugares civilizados, vagando desnudos por los bosques. En general se les llamaba hombres salvajes, pero la mayoría eran inofensivos medio chiflados. Aun así, Ramsgate pensó, recordando la lección de Burton, que lo mejor que podía hacer era tratar bien a aquel hombre y darle de comer.

* * *

Se volvió y llamó a los muchachos.

—Daos prisa con esa comida. Hoy queremos partir temprano.

Varios blancos se habían despertado con el ruido que había en el campamento y fueron saliendo de sus tiendas. Gault se encontraba entre ellos. Se dirigió hacia la fogata, seguido por los demás.

—¿Qué ocurre aquí, señor?

—Este pobre diablo tenía frío y se ha acercado al fuego —dijo Ramsgate—. Todo va bien, es bien recibido. ¿Se ocupará de que le den desayuno, Gault?

—Sí, señor. —La mansedumbre de Gault sorprendió a Ramsgate.

—Y por cierto, Gault, ¿hará que los muchachos despierten a los demás? Me gustaría salir pronto esta mañana.

Gault se volvió hacia los muchachos y gritó algunas instrucciones en swahili. Varios muchachos se separaron y fueron a las tiendas de sus amos a despertarles. Tarzán había vuelto a ocupar su lugar junto al fuego, y Ramsgate había ido a hablar con el *askari* que había estado de guardia.

Acababa de empezar a interrogar al hombre cuando fue interrumpido por un grito procedente de las tiendas de los blancos y vio al criado de Burton corriendo con gran excitación hacia él.

—Venga enseguida, *bwana* —gritó el muchacho—. ¡Rápido!

—¿Qué ocurre? ¿Qué te pasa? —preguntó Ramsgate.

—Entro en la tienda. Encuentro a *bwana* Burton en el suelo, ¡muerto!

Ramsgate se precipitó hacia la tienda de Burton, con Tarzán junto a él. Gault llegó detrás de ellos.

El cuerpo de Burton, vestido solo con pijama, yacía boca abajo en el suelo. Había una silla volcada y otras pruebas de una feroz

pelea.

Mientras los tres hombres estaban ocupados examinando el cuerpo, Romanoff y Trent entraron en la tienda.

—Esto es terrible —exclamó Romanoff, sintiendo un escalofrío —. ¿Quién puede haberlo hecho?

Trent no dijo nada. Se quedó allí quieto, mirando fijamente el cadáver.

Burton había sido apuñalado por la espalda, le habían clavado el cuchillo por debajo del omóplato izquierdo hasta llegar al corazón. Tenía señales negras y azules en la garganta, lo que demostraba que el asesino le había asfixiado para impedir que gritara.

—Quienquiera que haya hecho esto tiene que ser un hombre muy fuerte —dijo Romanoff. El propio teniente Romanoff era muy fuerte.

Vieron entonces con asombro que el blanco extraño tomaba el mando de la situación.

Tarzán llevó el cadáver al catre y lo cubrió con una manta. Luego se inclinó y examinó las señales en la garganta de Burton. Salió y los demás le siguieron, extasiados y asustados.

Cuando salían de la tienda, ante la cual se había congregado prácticamente todos los miembros del safari, Ramsgate vio a su hermana que salía de su tienda y se dirigía hacia ellos.

—¿Qué sucede? —preguntó—. ¿Qué ha pasado?

Ramsgate se puso a su lado.

—Ha ocurrido algo terrible, Babs —dijo, evitando su mirada interrogadora. Luego la acompañó de nuevo a su tienda y se lo contó.

Gault ordenó bruscamente a los hombres que volvieran a sus obligaciones, convocó a todos los *askaris* que habían estado de guardia durante la noche y les interrogó. Los otros blancos estaban reunidos a su alrededor, pero solo Tarzán entendió las preguntas y las respuestas, que eran en swahili.

Cuatro *askaris* habían estado de guardia durante la noche, y todos insistían en que no habían visto ni oído nada inusual, con excepción del último, que informó del extraño hombre blanco que había entrado en el campamento justo antes del amanecer para calentarse ante el fuego.

—¿Has visto si estaba todo el rato en el campamento? —

preguntó Gault.

El hombre vaciló.

—Me dolían los ojos a causa del fuego, *bwana*, y los cerré. Pero solo un momento. Todo el resto del tiempo le vi sentado en cuclillas junto al fuego, calentándose.

—Mientes —dijo Gault—. Estabas dormido.

—Tal vez dormí un poco, *bwana*. —Entonces ¿podría este hombre haber tenido tiempo de ir a la tienda y asesinar al *bwana* Burton?

Gault habló claramente porque no sabía que Tarzán entendía swahili.

—Sí, bwana —respondió el negro—. Podría haberlo hecho. No lo sé. Pero él sabía que había un hombre muerto allí antes que nadie lo supiera.

—¿Cómo lo sabes?

—Él me lo dijo, *bwana*.

—El hombre estaba muerto antes de que yo entrara en el campamento —dijo Tarzán con calma.

Gault se sobresaltó.

—¿Entiendes swahili? —preguntó.

—Sí.

—Nadie sabe cuánto tiempo estuviste en el campamento. ¿Tú…?

—¿De qué va todo esto? —interrumpió Romanoff—. No entiendo una sola palabra. Espere, ahí viene lord John. Él debería ponerse al mando de esta investigación. El teniente Burton era su compatriota.

Ramsgate y Romanoff escuchaban con atención mientras Gault traducía lo que el *askari* le había contado. Tarzán permaneció apoyado en su lanza, con el rostro impasible. Cuando Gault hubo terminado, Ramsgate le estrechó la mano.

—No veo ninguna razón para sospechar de este hombre —dijo —. ¿Qué motivos podía tener? Sin duda no se trataba de robar, pues Burton no tenía nada de valor. Y no podía ser una venganza, pues ni siquiera se conocían.

—Tal vez esté chiflado —sugirió Smith—. Nadie más que un loco iría rondando por la jungla desnudo. Y nunca se sabe lo que los locos pueden hacer.

Trent asintió.

—*Dementia praecox* —dijo—, con manía homicida. *Lady* Barbara, con los ojos secos y serena, se acercó y se quedó al lado de su hermano. Violet estaba con ella, los ojos enrojecidos y sorbiendo por la nariz.

—¿Habéis averiguado alguna cosa? —preguntó *lady* Barbara a su hermano.

Ramsgate negó con la cabeza.

—Gault cree que este hombre habría podido hacerlo.

Lady Barbara levantó la mirada.

—¿Quién es? —preguntó.

—Dice llamarse Tarzán. Entró en el campamento en algún momento durante la noche. Al parecer, nadie sabe cuándo. Pero no veo razón alguna para sospechar de él. No puede tener ningún motivo.

—Aquí hay varios que podrían tener algún motivo —dijo *lady* Barbara con amargura. Miró sin ambages a Trent.

—¡Barbara! —exclamó Trent—. ¿No pensarás ni por un instante que yo lo hice…?

—Estuvo dispuesto a matarle una vez, señor —dijo Tomlin a Ramsgate—. Yo estaba allí, señor. Vi a Burton derribarle de un puñetazo. Discutían por la señorita.

Trent parecía incómodo.

—Es ridículo —protestó—. Admito que perdí los estribos, pero después me calmé y lo lamenté.

Violet señaló con un dedo acusador a Godensky.

—¡También él intentó matarle! Dijo que le mataría. Yo le oí.

—En lo que a eso se refiere, Gault, aquí presente, también le amenazó —dijo Romanoff—. No todos le mataron. Creo que lo que tenemos que hacer es presentarnos a las autoridades de Bangali, y dejar que ellos se ocupen del asunto.

—Estoy de acuerdo —dijo Gault—. Yo no le maté, y no sé si este tipo lo hizo. Pero lo que sin duda es terriblemente curioso es que él era el único en el campamento que sabía que el teniente Burton estaba muerto.

—Había otra persona que también lo sabía —sentenció Tarzán.

—¿Quién era? —preguntó Gault.

—El hombre que le mató.

—Todavía me gustaría saber cómo sabías que estaba muerto —

dijo Gault.

—A mí también —dijo Ramsgate—. Debo decir que parece un poco sospechoso.

—Es muy sencillo —dijo Tarzán—, pero me temo que ninguno de ustedes lo entendería. Soy Tarzán de los Monos. He vivido aquí casi toda mi vida, exactamente en las mismas condiciones que los otros animales. Los animales dependen de ciertos sentidos mucho más que el hombre civilizado. Tienen un oído excepcionalmente aguzado. La vista de otros es notable. Pero el sentido más desarrollado es el del olfato.

»Si no se tiene al menos uno de estos sentidos muy desarrollado no se podría sobrevivir mucho tiempo. Como hombre, que por naturaleza se encuentra entre los animales más indefensos, me vi obligado a desarrollarlos todos. La muerte tiene un olor peculiar. Es perceptible casi de inmediato después de que la vida haya cesado. Mientras me estaba calentando al fuego y hablando con el *askari*, el viento se hizo más fresco y cambió. Trajo a mi olfato la prueba de que había un hombre muerto a poca distancia, probablemente en una de las tiendas.

—Tonterías —dijo Smith con indignación.

Godensky se rio nervioso.

—Debe de pensar que también estamos locos, para creernos semejante historia.

—Creo que tenemos a nuestro hombre —dijo Trent—. Un loco no necesita un motivo para matar.

—Míster Trent tiene razón —coincidió Gault—. Será mejor que le atemos y nos lo llevemos a Bangali con nosotros.

* * *

Ninguno de aquellos hombres conocía a Tarzán. Ninguno de ellos podía interpretar la extraña expresión que de pronto acudió a sus ojos grises. Cuando Gault se acercaba hacia él, Tarzán retrocedió. Entonces Trent sacó su pistola y le apuntó.

—Haz un movimiento en falso y te mato —amenazó Trent.

Tal vez las intenciones de Trent fueran muy buenas, pero su técnica era errónea. Era culpable, entre otras cosas, de dos errores crasos. Estaba demasiado cerca de Tarzán y no disparó en el

instante en que sacó el arma.

Tarzán alargó el brazo y le agarró la muñeca. Trent apretó el gatillo, pero la bala se hundió inofensiva en el suelo. Luego lanzó un grito de angustia y dejó caer el arma cuando el hombre mono aplicó más presión. Todo esto ocurrió muy deprisa, y entonces Tarzán empezó a retroceder sujetando a Trent como escudo frente a él.

Nadie se atrevió a disparar por temor a herir a Trent. Gault y Ramsgate avanzaron. Tarzán, sujetando al hombre con una mano, sacó su cuchillo de caza.

—Quédate donde estás —dijo— o le mato.

Su tono era tranquilo y sin inflexión, pero era cortante como un afilado cuchillo. Los dos hombres se detuvieron, y entonces Tarzán retrocedió hacia la jungla que llegaba hasta la linde del campamento.

—¿No vais a hacer nada? —gritó Trent—. ¿Vais a dejar que este loco se me lleve a la jungla y me descuartice?

—¿Qué quieres que hagamos? —gritó Romanoff a nadie en particular.

—No podemos hacer nada —dijo Ramsgate—. Si vamos detrás de él, seguro que matará a Trent. Si no lo hacemos, puede que le deje libre.

—Yo creo que deberíamos ir tras ellos —dijo Gault, pero nadie se ofreció voluntario, y un instante después Tarzán desapareció en la jungla arrastrando a Trent con él.

El safari sin duda no salió temprano aquella mañana, y mucho antes de que emprendieran el camino Trent salió de la jungla y se reunió con ellos. Todavía temblaba de miedo.

—Dame un poco de *brandy*, John —pidió a Ramsgate—. Creo que ese demonio me ha roto la muñeca. Dios mío, estoy que no me tengo en pie. Ese tipo no es humano. Me ha zarandeado como si fuera un bebé. Cuando estaba seguro de que nadie nos seguía, me ha soltado. Y entonces se ha subido a los árboles igual que un mono. Os lo aseguro, es muy extraño.

—¿Te ha hecho daño después de sacarte del campamento? —quiso saber Ramsgate.

—No. Solo me ha arrastrado consigo. No me ha hablado ni una sola vez, no ha pronunciado ni una palabra. Era como…, bueno, era

como ser arrastrado por un león.

—Espero que no volvamos a verle —dijo Ramsgate esperanzado.

—Bueno, no cabe ninguna duda —señaló Trent—. Mató al pobre Burton, bien, y ha huido limpiamente.

El safari avanzaba muy despacio; cuatro porteadores llevaban el cuerpo de Burton en una camilla improvisada. Iba a la retaguardia de la columna, y Barbara iba al frente con su hermano para no tener que verlo.

No llegaron a Bangali aquel día, y tuvieron que montar otro campamento. Todos estaban deprimidos. No hubo risas ni cantos entre los nativos, y muy poco después de la cena todos se retiraron para pasar la noche.

Hacia medianoche, unos gritos salvajes y un disparo despertaron a los miembros del campamento. Smith salió corriendo de su tienda, que compartía con Peterson. Ramsgate saltó de su catre, se precipitó fuera en pijama y a punto estuvo de chocar con Smith.

—¿Qué ocurre, amigo? Por el amor de Dios, ¿qué ha pasado?

—Ese gigante loco —gritó Smith—. Ha estado aquí de nuevo. Esta vez ha matado a Peterson. Le he disparado. Creo que le he dado, pero no lo sé. No puedo estar seguro.

—¿Adónde ha ido? —espetó Ramsgate.

—Se ha metido en la jungla, por ahí —señaló Smith jadeando.

Ramsgate meneó la cabeza.

—Es inútil seguirle —dijo—. Jamás le encontraríamos. Fueron a la tienda de Peterson y le encontraron tumbado en su catre, apuñalado en el corazón mientras dormía. Aquella noche nadie volvió a dormir en el campamento, y tanto los blancos como los askaris hicieron guardia.

Capítulo VII
El asesinato se descubrirá

En Bangali, Tarzán estaba sentado en el bungaló del coronel Gerald Giles-Burton.

—La impresión que me ha producido su noticia no ha sido tan grande como habría podido ser —dijo el coronel Burton—. Hacía tiempo que daba por muerto a mi chico. Sin embargo, saber que estaba vivo y cerca de aquí…, eso era duro de soportar. ¿Tienen alguna idea de quién le mató?

—Ellos están seguros de que lo hice yo.

—Qué tontería —dijo Burton.

—En el safari hay tres hombres con los que tuvo problemas. Todos amenazaron con matarle. Pero por lo que oí, todas las amenazas las hacían en el calor de la ira, y probablemente no significaban nada. Solo uno de ellos podía pensar que tenía motivos para matarle.

—¿Quién era? —preguntó Burton.

—Un tipo llamado Trent, que estaba enamorado de *lady* Barbara. Ese era el único motivo real, por lo que pude saber.

—A veces es un motivo muy extraño —dijo Burton.

—Sin embargo —prosiguió Tarzán—, Trent no mató a su hijo. No pudo hacerlo. Si el asesino estaba en el campamento, yo le habría encontrado si ellos no me hubieran hecho marchar.

—¿Se quedará aquí y me ayudará a encontrarle cuando llegue el safari?

—Por supuesto. No tenía ni que preguntarlo.

—Hay otra cosa que creo que debería saber. En la época en que se perdió, mi hijo llevaba unos papeles muy importantes para el gobierno. Hizo ostentación de que iba a volar de Londres a Ciudad

del Cabo, pero sus instrucciones eran hacer escala aquí y dejarme a mí los papeles.

—Y fue perseguido por tres hombres en un avión militar italiano —dijo Tarzán.

—¡Dios mío, amigo! ¿Cómo lo sabía? —preguntó Burton.

—Me tropecé con los dos aviones. El avión de su hijo fue abatido, pero él había saltado y se hallaba a salvo. Encontré su paracaídas cerca del avión. Antes de saltar disparó al piloto del otro avión. El tipo hizo un aterrizaje forzoso antes de morir. Cuando le encontré todavía estaba sentado ante los controles. Los dos hombres que iban con él se marcharon. Uno de ellos es posible que estuviera herido levemente, pues observé que cojeaba, pero tal vez ya fuera cojo antes. Por supuesto, eso no lo sé.

—¿Les vio? —preguntó Burton.

—No. Seguí sus huellas un rato hasta que me encontré con el avión de su hijo. Entonces, como sabía que se trataba de un inglés, o eso creí puesto que pilotaba un avión inglés, fui tras él. Verá, cayó en una zona de leones. Ya sabe, el país de los buiroos.

—Sí; y los buiroos son peores que los leones.

—Sí —dijo Tarzán, recordando—. He tenido problemas con ellos en otras ocasiones. Esta vez casi acaban conmigo. Después de escapar de ellos, volví a dirigir mis pasos hacia Bangali y a primera hora de esta mañana he tropezado con este safari.

—¿Cree que esos dos hombres han tenido oportunidad de coger los papeles de mi hijo?

—No. Seguían caminos diferentes. Probablemente ya están muertos. Fueron a parar a una zona muy mala. Supongo que eran un par de italianos.

El coronel Hurtan meneó la cabeza.

—No. Uno era estadounidense y el otro ruso. Se llamaban Campbell y Zubanev. Tengo un informe completo que me enviaron de Londres. Allí se les buscaba por espionaje y asesinato.

—Bueno, no creo que vuelvan a molestar a nadie nunca más —dijo Tarzán—. Y mañana por la mañana tendrá usted los papeles.

—Sí, tendré los papeles —dijo Burton con aire triste—. Es extraño, Tarzán, lo poco que apreciamos la felicidad hasta que la perdemos. No soy vengativo, pero me gustaría saber quién mató a mi hijo.

—África es un lugar grande, Burton —dijo el hombre mono—, pero si el hombre que asesinó a su hijo todavía está vivo, yo le cogeré antes de que salga de África. Se lo prometo.

—Si usted no le puede encontrar, nadie podrá hacerlo —dijo Burton—. Gracias, Tarzán.

Tarzán estrechó la mano de Burton efusivamente.

* * *

Ocho portadores de camilla, que llevaban los cadáveres de Cecil Burton y Peterson, cerraban el safari cuando se detuvo justo en las afueras de Bangali y se prepararon para montar un campamento.

Ramsgate y Romanoff fueron de inmediato a dar parte al coronel Burton. Le encontraron sentado en su despacho, un porche con tela mosquitera a lo largo de un costado de su bungaló. El hombre se levantó cuando entraron y le tendió la mano al joven inglés.

—Lord John Ramsgate, supongo —dijo; luego se volvió al ruso y añadió—: y míster Romanoff. Estaba esperándoles, caballeros.

—Venimos en una misión muy triste, coronel Burton —anunció Ramsgate con la voz entrecortada.

—Sí, lo sé —dijo Burton.

Ambos, Ramsgate y Romanoff, pusieron cara de asombro.

—¿Lo sabe? —exclamó Romanoff.

—Sí. Anoche me dieron la noticia.

—Pero es imposible —dijo Ramsgate—. Debe de referirse a otra cosa.

—No. Los dos nos estamos refiriendo al asesinato de mi hijo.

—¡Es extraordinario! —exclamó Ramsgate—. No lo entiendo. Pero, coronel, estamos seguros de quién es el asesino. Anoche se cometió otro asesinato similar en nuestro campamento, y uno de los miembros de nuestro safari vio al asesino mientras cometía el crimen. Le disparó, y cree que le dio.

En aquel momento se abrió la puerta del bungaló y de pronto Tarzán salió al porche.

Ramsgate y Romanoff se pusieron en pie de un salto.

—¡Ese es el hombre! ¡Es el asesino! —gritó Ramsgate.

El coronel Burton hizo gestos de negación con la cabeza.

—No, caballeros —dijo con calma—. Tarzán de los Monos no

habría asesinado a mi hijo, y no pudo asesinar al otro hombre porque ¡anoche se encontraba aquí, en mi bungaló!

—Pero —dijo Romanoff— Smith dijo que vio a este hombre y le reconoció cuando anoche asesinaron a Peterson.

—Bueno, en un momento de excitación como ese —dijo Burton — y en la oscuridad, es fácil que un hombre cometa un error. Supongo que vamos a ir a su campamento a interrogar a algunas de las personas implicadas. Tengo entendido que tres de ellos habían atacado o amenazado a mi hijo.

—Sí —dijo Ramsgate—. Mi hermana y yo deseamos que se lleve a cabo una investigación a fondo, y estoy seguro de que míster Romanoff está de acuerdo.

Romanoff hizo una inclinación de cabeza en gesto de asentimiento.

—¿Vendrá usted con nosotros, Tarzán? —preguntó Burton.

—Si lo desea —respondió Tarzán.

Con emociones diversas, los miembros del safari vieron a Tarzán entrar en el campamento con Ramsgate, Romanoff y el coronel Burton, acompañados de un destacamento de la policía nativa.

—Le han cogido —dijo Gault a Trent—. Eso es trabajar rápido.

—Deberían esposarle —dijo Trent— o escapará como hizo antes. Ni siquiera le han quitado las armas.

A sugerencia del coronel Burton, todos los blancos del grupo fueron reunidos para ser interrogados. Mientras les llamaban, Tarzán examinó con atención el cuerpo de Peterson. Miró en particular las manos y los pies del cadáver. Después escudriñó la herida en el corazón. Por un instante se inclinó sobre el cuerpo, con el rostro cerca de la manga de la túnica del hombre. Luego regresó a donde estaban todos reunidos frente al coronel Burton.

Uno a uno el oficial inglés les fue interrogando. Escuchó con atención a Violet, Tomlin y a *lady* Barbara. Interrogó a Godensky, a Gault y a Trent. Interrogó a Smith sobre el asesino de Peterson.

—Tengo entendido que usted vio a este hombre matar a Peterson —dijo señalando a Tarzán.

—Creí que era él —dijo Smith—, pero podría haberme confundido. Estaba muy oscuro.

—Bueno, ahora, en cuanto a mi hijo —dijo Burton—, ¿hay alguien aquí presente que quiera presentar un cargo directo de

asesinato contra algún individuo?

Lady Barbara Ramsgate se puso rígida.

—Sí, coronel —dijo—. Acuso a Duncan Trent del asesinato de Cecil Giles-Burton.

Trent palideció considerablemente, pero no dijo nada. Todos los ojos estaban puestos en él. Tarzán se inclinó y susurró algo al oído de Burton. Este asintió.

—Tarzán desea hacerles unas preguntas —dijo Burton—. Tengan la bondad de responderle como si se las hiciera yo.

—¿Puedo ver su cuchillo? —preguntó Tarzán, señalando a Pierre.

—No llevo cuchillo, señor.

—¿Y el suyo? —preguntó señalando a Gault.

Gault sacó su cuchillo de la funda y se lo entregó al hombre mono y luego se lo devolvió. Después pidió el cuchillo a Tomlin; pero Tomlin no llevaba. En rápida sucesión, pidió y examinó los cuchillos de Smith, Godensky y Trent. Luego se volvió a Smith.

—Smith —dijo—, usted estaba en la tienda después de que asesinaran a Peterson. ¿Puede decirme en qué postura estaba en su catre?

—Estaba boca arriba —respondió Smith.

—¿Qué lado de su catre quedaba adosado al costado de la tienda?

—El lado izquierdo.

Tarzán se volvió a Ramsgate.

—¿Cuánto tiempo hace que conoce a este tal Smith? —preguntó.

—Solo hace unas semanas —respondió Ramsgate—. Les encontramos a él y a Peterson vagando perdidos por la jungla. Dijeron que sus muchachos les habían abandonado.

—¿Cojeaba cuando le encontró?

John Ramsgate puso cara de asombro.

—Sí —respondió—. Nos dijo que se había torcido el tobillo.

—¿Qué tiene esto que ver? —preguntó Smith—. ¿No les dije que este tipo estaba chiflado?

Tarzán se acercó a Smith.

—Déjeme ver su arma —dijo.

—No tengo ningún arma —gruñó Smith.

—¿Qué es ese bulto que tiene debajo del lado izquierdo de su

camisa?

Mientras hablaba, Tarzán, con gesto rápido, puso su mano allí.

Smith hizo una mueca.

—No eres tan listo como te crees —dijo.

Tarzán se volvió a *lady* Barbara.

—Míster Trent no mató a Burton —anunció con gran convicción —. Smith le mató. Y Smith mató también a Peterson.

—¡Eso es mentira! —gritó Smith—. ¡Tú mismo les mataste! ¡Me has tendido una trampa! ¿No lo veis todos?

—¿Qué le hace pensar que Smith es el asesino? —preguntó el coronel Burton.

—Bueno, haré un cambio en mi afirmación —dijo Tarzán—. Quien les mató fue *Campbell*. El verdadero nombre del hombre al que anoche mataron no era Peterson, sino Zubanev.

—¡Les digo que es una maldita mentira! —gritó Smith—. ¡No tienen nada contra mí! ¡No pueden demostrar nada!

Tarzán sobresalía por encima del resto del grupo. Se hizo el silencio. Incluso Smith quedó en silencio.

—Un hombre muy fuerte, zurdo, al que le falta el segundo dedo de la mano derecha mató al teniente Burton —dijo Tarzán—. La herida que mató a Burton solo la podía haber infligido si el cuchillo era sujetado con la mano izquierda. En su garganta había las huellas de un pulgar, un dedo índice, un dedo corazón y un meñique.

»Observarán todos ustedes que a Smith le falta el dedo anular, o más bien que le falta a la mano derecha de Campbell. Asimismo, he observado que cuando he pedido a los hombres que me dieran su cuchillo, Campbell era el único hombre que me pasaba el arma con la mano izquierda. La herida de cuchillo en el pecho de Zubanev fue hecha con un cuchillo sujetado con la mano izquierda.

—Pero el motivo de estos asesinatos… —exclamó Romanoff.

—El coronel Burton lo encontrará en el interior de la camisa de Campbell. Son los papeles que el teniente Burton llevaba encima cuando fue abatido por el avión de persecución que llevaba a Campbell y a Zubanev. Sé que ese tal Peterson, o mejor dicho Zubanev, estaba en aquel avión. El otro hombre que iba con él cojeaba cuando se alejó del avión. Ese hombre era Campbell, que se hace llamar Smith.

—Pero ¿por qué Smith o Campbell, o comoquiera que se llame, quería matar a Burton y a Peterson? —preguntó John Ramsgate.

—Él y Zubanev querían los papeles que Burton llevaba encima —explicó Tarzán—. Nadie más conocía la existencia de esos papeles. Campbell sabía que si le robaba los papeles y dejaba vivo a Burton, este último se lanzaría de inmediato a una intensa búsqueda en el safari. Tenía que matar a Burton. Mató a Zubanev para no tener que compartir con él el dinero que esperaba conseguir por los papeles, que ya habían vendido provisionalmente al Gobierno Italiano. ¡Aquí están —Tarzán desgarró la camisa de Campbell— los papeles!

* * *

La policía nativa se llevó a Joseph Campbell, alias Joey el Chucho.

—¿Cómo supiste que Zubanev iba en ese avión italiano? —preguntó Ramsgate con curiosidad.

—Encontré su guante en la cabina —respondió el hombre mono.

Ramsgate meneó la cabeza con perplejidad.

—Sigo sin entenderlo —dijo.

Tarzán sonrió.

—Porque eres un hombre civilizado —dijo—. *Numa*, el león, o *Sheeta*, el leopardo, lo entenderían. Cuando encontré ese guante capté su olor. Por lo tanto, llevaba en mi memoria el olor de Zubanev. De ahí que pensara que Smith tenía que ser Campbell. Y ahora… Tarzán se interrumpió; les miró a todos uno a uno.

—Ahora me voy a casa —dijo—. Adiós, amigos míos. Me ha gustado ver a alguien de los míos otra vez, pero la llamada de la jungla es más fuerte. Adiós.

Y Tarzán de los Monos regresó a la jungla.

EDGAR RICE BURROUGHS (Chicago, 1 de septiembre de 1875 – Encino, California, 19 de marzo de 1950)

Cuando Edgar Rice Burroughs murió en 1950 dejó tras de sí una colección de algunas de las aventuras de ficción más notables de todos los tiempos. Su obra incluye novelas históricas junto a algunas de las experiencias más imaginativas jamás concebidas por la mente del hombre; desde la prehistoria hasta el futuro lejano; del núcleo de la Tierra a las estrellas más distantes en el universo.

El primero de los libros de Burroughs, *Tarzán de los Monos*, sorprendió como uno de los más vendidos del año. Desde entonces publicó un enorme cúmulo de historias de aventuras que su público esperaba con impaciencia. En el momento de su muerte en 1950, se habían publicado un total de cincuenta y nueve libros, la última, *Llana de Gathol*, en marzo de 1948. La lista podría haber sido más amplia si no hubiera sido por la escasez de papel durante la Segunda Guerra Mundial. Al morir tenía quince relatos inéditos sin finalizar.

La biografía de Edgar Rice Burroughs es la típica historia americana de éxito desde la pobreza a la riqueza. Hijo de una familia adinerada venida a menos, dejó la universidad y finalmente estuvo

cinco años en la Academia Militar de Michigan donde se quedó como asistente instructor. Este iba a ser el primero de una larga lista de puestos de trabajo en el oeste (incluidos soldado en el 7.º de Caballería, arriero de ganado en Idaho, agente de policía del ferrocarril, etc.) que probó sin éxito hasta que finalmente descubrió su talento para la escritura.

Su suerte empezó a cambiar en 1911. Estaba trabajando revisando los anuncios que aparecían en las revistas *pulp* (muy populares en su época, dedicadas a la publicación de relatos por entregas) y pensó que por qué no probar y enviar sus propias historias. Su primer cuento se tituló *Dejah Thoris, Princesa de Marte*, lo publicó la revista *All-Story* y recibió $ 400 por ella. Como no quería que sus amigos supieran de su autoría, se publicó con el pseudónimo Norman Bean. Apareció en febrero con el titulo *Bajo las lunas de Marte*. El éxito que obtuvo le hizo ver que él era lo suficientemente bueno para usar su propio nombre y abandonó el pseudónimo.

Para su siguiente relato pasó mucho tiempo investigando sobre la historia de Inglaterra, a la que se acercó con una historia sobre la época de la Guerra de las Rosas, (*The Outlaw of Torne*), que fue rechazada de inmediato por su editor. Burroughs volvió a las historias de acción y se dedicó a una historia sobre la lucha entre la herencia y el medio ambiente a la que llamó *Tarzán de los Monos*. La historia inició su publicación en el número de octubre del *pulp All-Story*. Edgar recibió $700 por ella y entonces supo que estaba en el camino correcto. Renunció a su puesto de trabajo y dedicó todo su tiempo en la escritura. Comenzó a hacer tanto dinero que podía darse el lujo de llevar a su esposa y sus tres hijos a pasar el invierno en California.

Tarzán se convertiría en un gran éxito en los Estados Unidos y en todo el mundo, pero en esa época no resultó fácil de aceptar. El cuento era popular entre el público de las revistas *pulp*, pero ninguna de editorial estaba dispuesta a publicar el libro completo, ya que no lo encontraban de buen gusto y pensaban que a su público no le gustaría. Después de tratar de vender la idea a barios editores sin éxito, su éxito como folletín creó una demanda para su edición en forma de libro. En 1914 apostó por su publicación la editorial AC McClurg & Company, que la había rechazado

previamente, y resultó ser uno de los libros más exitosos del año. A partir de ese momento fue seguido por varios libros más en rápida sucesión: *El regreso de Tarzán* en 1915, *Las fieras de Tarzán* en 1916; *Una princesa de Marte*, (la primera historia que había escrito) en 1917, *El hijo de Tarzán* en 1918, etc. Edgar Rice Burroughs se convirtió en el escritor más rico de su época. En el año 1931, decide crear su propia editorial e incrementar así sus ganancias, comenzando con *Tarzán el Invencible*.

En 1941, Burroughs estaba de vacaciones en Hawai y fue testigo del bombardeo japonés de Pearl Harbor el 7 de diciembre. Durante los siguientes cuatro años realizaría una gira por las zonas de guerra del Pacífico con las Fuerzas Armadas como corresponsal de prensa para la Associated Press. En el último año de la guerra sufrió un par de ataques al corazón y tuvo que abandonar el frente, lo que le dejó el suficiente tiempo libre para volver a escribir durante este período volvió a su personaje favorito y escribió *Tarzán y la Legión extranjera*.

Después de la guerra, regresó a su país. Cuando murió, como consecuencia de sus problemas con el corazón, el 19 de marzo de 1950, todos los fans sabían que el maestro les había dejado su huella en el recuerdo, pero también sabían que sus héroes, Tarzán, John Carter, Napier Carson, David Innes y muchos otros seguirían entreteniendo a las generaciones futuras de lectores.